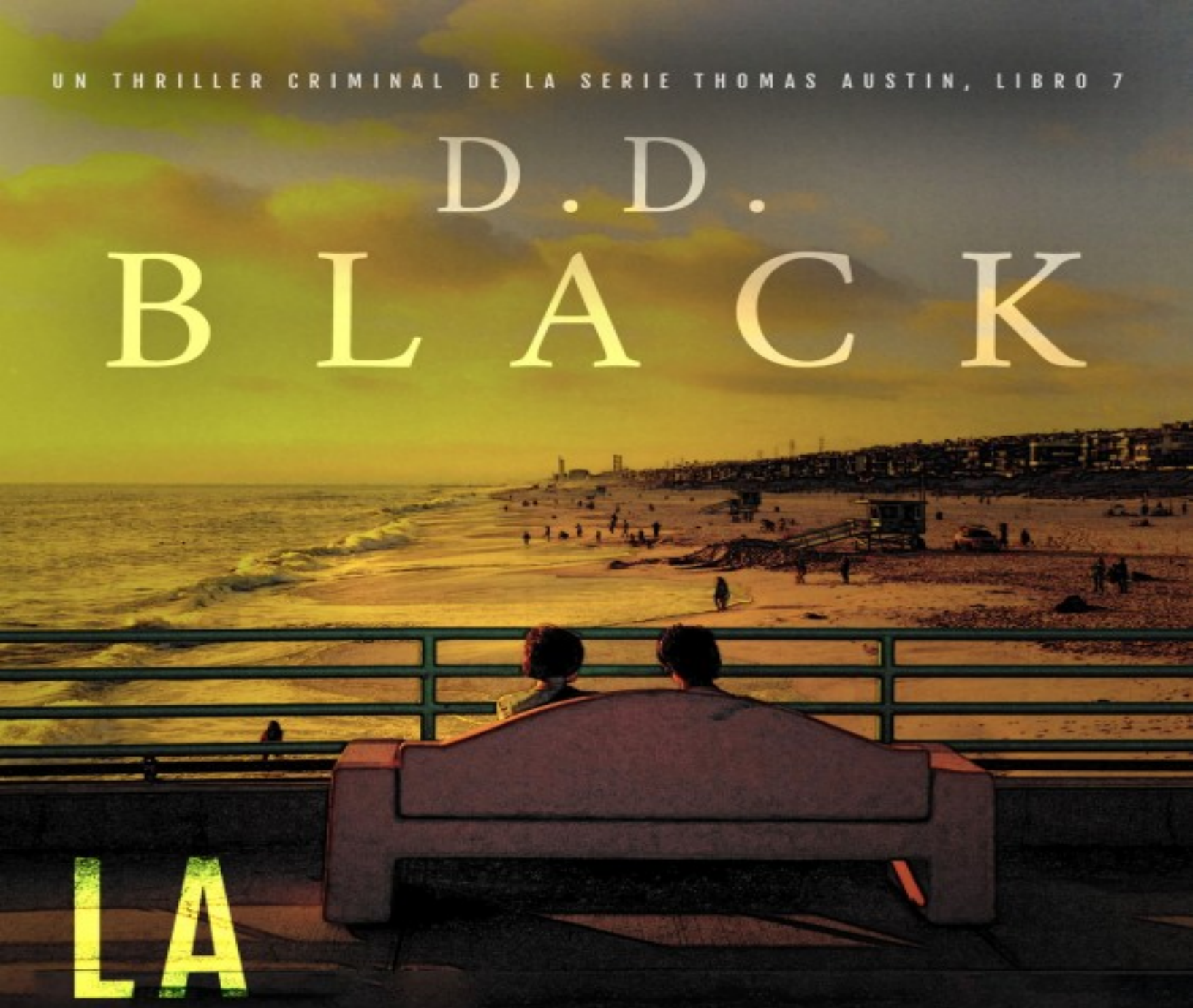
UN THRILLER CRIMINAL DE LA SERIE THOMAS AUSTIN, LIBRO 7

D.D. BLACK



LA PESADILLA EN MANHATTAN BEACH

En la ciudad donde lo perdió todo,
no se detendrá ante nada para descubrir la verdad.

LA PESADILLA EN MANHATTAN BEACH

UN THRILLER CRIMINAL DE LA SERIE THOMAS AUSTIN, LIBRO 7

D.D. BLACK

Nota sobre la ambientación

Aunque muchas de las localizaciones de este libro son reales, algunos detalles de los escenarios se han modificado.

Solo un personaje de estas páginas existe en el mundo real: la corgi de Thomas Austin, *Run*. Su personalidad refleja la de mi propia corgi, Pearl. Cualquier otro parecido entre los personajes de este libro y personas reales es pura coincidencia. En otras palabras, me los he inventado todos.

Gracias por leer,

D.D. Black

Siendo la vida lo que es, uno sueña con la venganza.
—Paul Gauguin

El hombre que estudia la venganza mantiene sus propias heridas abiertas.
—Francis Bacon

Quien busca venganza debe cavar dos tumbas: una de ellas para sí mismo.
—Viejo proverbio

ÍNDICE

I. Sombras del hogar
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12

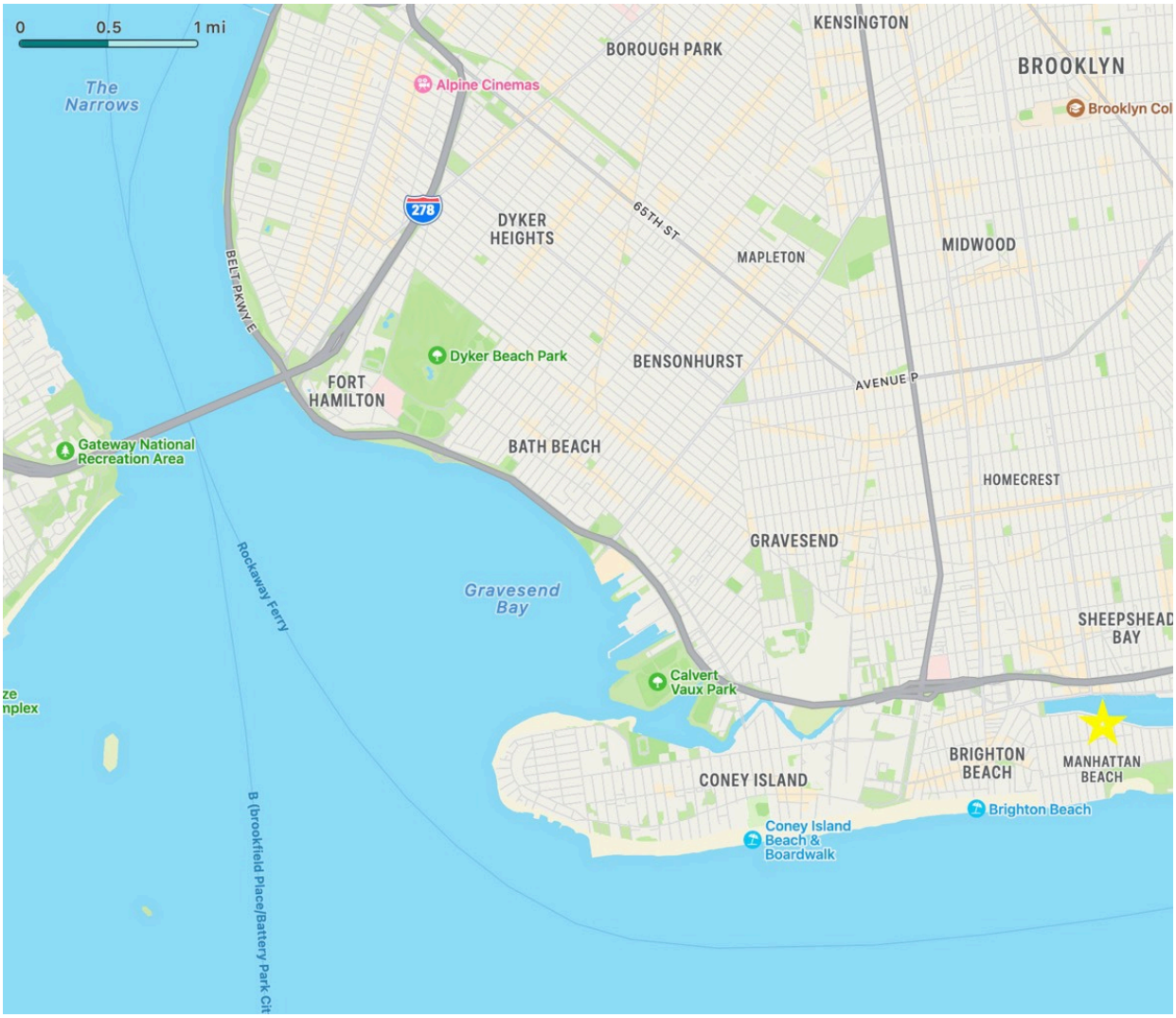
II. Una angustia muy especial
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40

III. Cavar dos tumbas

Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Nota del autor
Más novelas de D.D. Black
Sobre el autor


Schenectady
Latham
Troy
Albany
Schoharie
Vermont
Pownal
North Adams
Adams
Greenfield
Deerfield
Athol
Gardner
Hinsdale
Winchester
New Ham
Jaffrey
New York
Massachusetts
Pittsfield
Goshen
Amherst
Quabbin
Worcester
Lenox
Lee
North-
hampton
East-
hampton
Stockbridge
Great
Barrington
Ware
Holyoke
Chicopee
Westfield
Springfield
Sturbridge
Agawam
Coxsackie
Martin
Van Buren
Hudson
Catskill
Kingston
Vanderbilt
Mansion
FDR Home
New
Paltz
Poughkeepsie
Newburgh
Carmel
Goshen
West
Point
Peekskill
Ossining
New
City
Suffern
W. Milford
Ramsey
Nan.
Tarry.
WP
Pt. Ches.
Paterson
Wayne
Paramus
Yon.
NR
Clifton
Newark
JC
NYC
Elizabeth
5L
Hemp.
Freep.
Long
Beach
Jones Beach
Perth Amboy
Sandy Hook
Keans.
Red Bank
Tinton Falls
Long Branch
TOLL
New Jersey
Bear
708m
Canaan
North Granby
Granby
Windsor
Locks
Hazardville
Crystal
Lake
Quinebaug
S. Woodstock
Putnam
Winsted
Tariff.
Ellington
Weatogue
Windsor
Torrington
Collinsville
Hartford
Storrs
Danielson
Litchfield
W. Hartford
Manchester
Coventry
Wauregan
Kent
Bantam
Newington
Wethersfield
Willimantic
New
Preston
Bristol
New
Britain
S. Windham
Terramuggus
Plainfield
Waterbury
Middle.
Colchester
Jewet
City
N. Milford
Heritage
Village
Cheshire
Meriden
Moodus
Norwich
Naugatuck
Durham
Uncasville
Newtown
Seym.
Hamden
New
London
Groton
Danbury
Ansonia
North Haven
Old
Lyme
Branch.
Shelton
New Haven
Stonin
Trumbull
Orange
Niantic
Clinton
Fenwick
Groton
Long Point
Stratford
Long Island
Sound
Westport
Norwalk
Darien
Bridgeport
Southold
Stamford
Greenwich
Long Island
Stony
Brook
Riverhead
Coram
Hampton
Bays
Southampton
New
York
Huntington
Hicksville
Levittown
Sayville
Fire
Island
Atlantic
Ocean
0
20
40mi
0
25
50km


0
0.5
1 mi
The Narrows
BOROUGH PARK
KENSINGTON
BROOKLYN
Alpine Cinemas
Brooklyn Col
278
DYKER HEIGHTS
65TH ST
MAPLETON
MIDWOOD
BELT PKWY E
Dyker Beach Park
BENSONHURST
AVENUE P
FORT HAMILTON
Gateway National Recreation Area
BATH BEACH
HOMECREST
GRAVESEND
Rockaway Ferry
Gravesend Bay
SHEEPSHEAD BAY
Calvert Vaux Park
BRIGHTON BEACH
MANHATTAN BEACH
CONEY ISLAND
Brighton Beach
Coney Island Beach & Boardwalk
B (brookfield Place/Battery Park Cit

PARTE I

SOMBRAS DEL HOGAR

1

Manhattan Beach, Brooklyn

—Oye, Carlos, mira a esos hombres de negocios jugando al pilla-pilla —dijo Aurelio.

Decepcionado porque su hermano no levantó la vista de la pantalla, Aurelio hundió los dedos de los pies en la arena. Siguió observando con los ojos entrecerrados a los dos hombres que corrían por la playa. Llevaban pantalones oscuros y chaquetas de aspecto elegante. Trajes como los que su padre se ponía cinco días a la semana cuando cogía el tren desde su apartamento de Brooklyn hasta Manhattan para ganar dinero. El hombre que la «quedaba» iba unos seis metros por detrás del que huía, pero no parecía que ninguno de los dos se estuviera divirtiendo.

Como de costumbre, Carlos, el hermano mayor de Aurelio, no le prestaba la menor atención. En su lugar, estaba sumergido en el juego que se había descargado recientemente en su Nintendo Switch: *Viking Battles 3.* En el juego, navegabas por los mares en busca de tesoros y luchabas contra monstruos marinos y contra cualquiera que se cruzara en tu camino. Y podías beber hidromiel y decir «SKOLL» a menudo, lo cual era una pasada.

Aurelio había creado un pequeño personaje llamado «Alma Dorada el Encantado», pero Carlos lo había borrado mientras él

dormía. Carlos era un personaje berserker. En el juego y también en la vida real.

Aunque Aurelio solo había podido jugar unas pocas veces, ya consideraba que *Viking Battles 3* era el mejor juego de la historia. Y no solo porque se lo hubiera oído decir a su hermano mayor.

Los hombres, que habían empezado lejos, al final de la playa, cerca de un gran almacén de madera, venían ahora en su dirección, aunque estaban más cerca del agua. A Aurelio le encantaba el pilla-pilla y se prometió a sí mismo que, cuando fuera mayor, seguiría llevando pantalones cortos y camiseta para jugar. Nunca jugaría al pilla-pilla con traje.

Su padre estaba a poca distancia —caminando de un lado a otro junto a un banco del parque a pocos metros de la arena— y Aurelio podía oírlo gritar cosas de dinero por el teléfono: acciones, bonos y algo llamado «derivados», que a Aurelio, por alguna razón, le recordaba a las matemáticas. Su padre solo los había llevado a Manhattan Beach una vez anteriormente. Aquella vez se había pasado casi todo el tiempo pegado al teléfono, y en esta ocasión había atendido una llamada a los cinco minutos de llegar. Aun así, mamá decía que papá tenía que trabajar a veces los fines de semana porque tenía un puesto muy importante.

Aurelio intentó mirar la pantalla de la Switch de Carlos, pero su hermano gruñó y la inclinó hacia el otro lado, usando su cuerpo como escudo. Se suponía que la Nintendo Switch era de *ambos*, pero Carlos la trataba como si fuera *suya*.

A Aurelio se le ocurrió algo. —He oído que *Viking Battles 3* tiene un fallo con el que puedes conseguir vidas infinitas —dijo, emocionado por saber algo del juego que Carlos desconocía—. Lo he visto en YouTube.

Carlos suspiró. —*Todo el mundo* conoce ese fallo. Tiene ya como dos semanas. Cállate, miedica, que acabo de llegar a la *Cueva de los Tesoros Eternos*.

—¿Qué? —Aurelio no sabía qué significaba aquello, pero sospechaba que no era nada amable. Intentó ver la pantalla de nuevo, pero Carlos se dio la vuelta.

Odiaba ser el hermano pequeño. Carlos siempre controlaba la Switch y parecía saberlo todo sobre cualquier cosa. Aurelio ya casi tenía seis años y eso significaba que estaba a *más de la mitad* de camino de los diez, lo que implicaba que él también sabía unas cuantas cosas.

Se puso en pie y caminó unos pasos por la playa. Dio una patada a la arena. En las pocas veces que había jugado, ni siquiera había llegado a la Tierra de Urothea.

—¡Papá ha dicho que te quedes en los escalones! —ladró Carlos, sin levantar la vista del juego.

Aurelio lo ignoró y miró a su padre, que caminaba dando vueltas cortas alrededor del banco con expresión preocupada. O quizá enfadada. Tenía ese brillo en los ojos que significaba que estaba con asuntos de dinero importantes.

Los dos hombres se persiguieron hasta quedar a la altura de Carlos y Aurelio en la playa, aunque ahora se encontraban sobre la arena mojada, muy cerca del agua.

Aurelio se metió las manos en los bolsillos de su bañador. —¿Por qué...? —quiso preguntarle de nuevo a Carlos por qué dos hombres adultos estarían jugando al pilla-pilla con pantalones y chaquetas de color marrón oscuro, pero entonces se le ocurrió otra cosa.

Tal vez *no estaban* jugando al pilla-pilla.

No, definitivamente no lo hacían. El segundo hombre intentaba atrapar al primero porque se estaban peleando. —Carlos, creo que se están pegando.

El hombre que iba delante tenía el pelo negro y corto, al igual que la barba, y, justo después de pasar junto a ellos, se desvió playa arriba hacia la escalera y la carretera. En su mente, Aurelio empezó a pensar en él como *Pelo Negro el Temeroso*. El otro hombre —el que la «quedaba» si hubieran estado jugando— era un poco más corpulento, con una melena rubia larga y suelta, parecida a la de la madre de Aurelio. Le faltaba un zapato, tenía la cara redonda y roja de sudor y —ahora que Aurelio podía verlo— *de ira*. Aurelio empezó a llamarlo *Cara Roja el Conquistador*.

—¿Carlos?

Su hermano no respondió.

Aurelio buscó a su padre, que ahora estaba un poco más lejos, gritando algo sobre el ROI, adquisiciones y apalancamiento de capital sin diluir las acciones y hundir el precio de la cotización. Para Aurelio, todo aquello sonaba a cosas inventadas. Y no a cosas inventadas divertidas como las de *Viking Battles 3*.

Pelo Negro el Temeroso llegó a las escaleras y subió los dos primeros peldaños de un salto, pero tropezó en el tercero, permitiendo que Cara Roja el Conquistador lo alcanzara. Cara Roja se lanzó a por Pelo Negro, pero falló cuando este rodó hacia un lado. Aurelio oyó a Pelo Negro gritar una de las palabrotas que su padre solía soltar por el teléfono. Algo por lo que mamá le regañaría si lo dijera él, lo cual no le parecía justo.

Cara Roja se recompuso y saltó encima de Pelo Negro. Por un segundo, pensó que los hombres empezarían a luchar, como hacían Uthar y Moki en *Viking Battles 3* después de matar al Kraken Dorado.

Pero entonces los hombres empezaron a darse puñetazos.

Aurelio se asustó.

¡Se estaban peleando de verdad!

Cara Roja golpeó a Pelo Negro directamente en la cara.

A Pelo Negro le empezó a sangrar la nariz. Era peor que las peleas del videojuego. Aurelio quiso gritar «¡Parad!», pero no lo hizo. De todos modos, nadie hacía caso a los niños de seis años.

Forcejearon de nuevo, pero Cara Roja se cayó y Pelo Negro se levantó de un salto, con la sangre chorreándole por la cara, y corrió hacia una hilera de casas y negocios que había junto a la carretera.

—Carlos, mira —dijo Aurelio, pero no lo bastante alto para que su hermano lo oyera. Sin siquiera pensarlo, había subido los escalones hacia los hombres, alejándose de su hermano.

Los pies de Aurelio siguieron a los hombres. Pero cuando ellos cruzaron la calle, él no lo hizo. No tenía permiso. Se detuvo bajo un árbol y observó cómo Pelo Negro se frenaba en seco frente a una camioneta blanca. Empezó a tantear bolsillo tras bolsillo, probablemente buscando las llaves.

Ya era demasiado tarde.

Cara Roja lo alcanzó y lo agarró por el cuello y luego lo empujó hacia uno de los edificios, que parecía ser una casa antigua con una

pizzería en la planta baja.

Aurelio sabía que, cuando la gente moría en la vida real, no soltaba todos los tesoros y armas que había acumulado en el juego, pero no sabía qué es lo que *sí* ocurría. Miró a ambos lados y luego cruzó la calle corriendo, manteniéndose lejos de los hombres pero incapaz de contener su curiosidad.

Aurelio oyó a gente gritando dentro del edificio. Oyó el estrépito de sillas al caer. Sonaba como si Uthar estuviera usando su martillo de cristal gigante para destrozar el lugar como destrozó la aldea en Folendale. «Deben de ser Berserkers», pensó. Igual que Carlos.

El corazón de Aurelio latía con fuerza mientras se acercaba poco a poco a la ventana. Deseaba que los hombres dejaran de pelear. Se puso de puntillas y asomó la mirada. Cara Roja tenía a Pelo Negro inmovilizado por el cuello, arrastrándolo a través de una puerta abierta y al doblar la esquina.

Todo se había quedado en silencio. Aurelio ya no podía ver nada.

Miró hacia donde estaba su familia. La cara de Carlos seguía pegada a la pantalla. Su padre ni siquiera se había dado cuenta de que él había cruzado la calle. No podía oír las palabras de su padre, pero veía que movía la boca con enfado.

Entonces oyó un zumbido eléctrico procedente del interior del edificio.

Y un grito que fue peor que cualquier cosa que hubiera oído en cualquier videojuego.

2

—¡Maldita sea! —Thomas Austin arrojó su teléfono móvil sobre la cama y echó un vistazo a su barata y desolada habitación de hotel.

El lugar tenía una cama de matrimonio, una alfombra raída y una mesita de noche con un despertador estropeado y una pequeña lámpara cuya pantalla presentaba un tajo en un lateral, como si hubiera sobrevivido a una pelea a navajazos. La única ventana, pequeña y sucia, estaba cubierta por una cortina deshilachada de color mostaza.

Llevaba ya tres días en Brooklyn y, tras toparse con un callejón sin salida tras otro en su investigación, se estaba quedando sin pistas.

Gracias a sus esfuerzos de indagación, había conseguido cuatro nombres. Los tres primeros eran Christopher Palini, Gretchen Voohrees y Jackson Baker. Estaba seguro de que los tres estaban relacionados con la familia criminal Namgung y con la enorme conspiración que los mantenía en el negocio.

Pero resultó que tener nombres no era suficiente; ni de lejos.

El cuarto nombre de su lista era Jorge Díaz López, un exagente del FBI y el motivo por el que había ido a Manhattan Beach, en Brooklyn, en primer lugar. Había encontrado pruebas de que su mujer había tenido una aventura con Jorge, pero resultó que ella había estado trabajando con él para derribar a los Namgung, junto

con los elementos corruptos del NYPD y el FBI que les permitían operar. Las «pruebas» del romance se habían fabricado para borrar sus huellas.

Jorge había confirmado que los otros tres estaban implicados, pero no había podido ayudar más allá de eso. Palini era el Jefe de la Oficina de Control del Crimen Organizado. Utilizaba su cargo para controlar las investigaciones sobre los Namgung y alejar a la policía de sus operaciones. Jackson Baker era un sargento del NYPD que se encargaba del trabajo sucio de Palini: intimidar a testigos, destruir pruebas y, en ocasiones, asesinar directamente a quienes amenazaran con destapar la conspiración. Gretchen Voohrees era una analista del FBI, chantajeada para manipular datos con el fin de ocultar el alcance de los crímenes de los Namgung.

Se había puesto en contacto con algunos de sus antiguos enlaces en el FBI para recabar información sobre Palini, pero le advirtieron de que desistiera, diciendo que era demasiado peligroso andar husmeando por ahí. Acercarse a Voohrees también fue un callejón sin salida: había desaparecido sin dejar rastro tras ser suspendida hacía seis meses. Y los intentos de localizar a Baker a través de sus antiguos compañeros del NYPD no llevaron a ninguna parte; nadie estaba dispuesto a compartir nada concreto y Austin temía que, al igual que Voohrees, se hubiera esfumado. Estaba persiguiendo a hombres y mujeres implicados en el que posiblemente fuera el mayor caso de corrupción en la historia del FBI y el NYPD. Y quienquiera que dirigiera el asunto había hecho un buen trabajo encubriéndolo.

Uno de los problemas con los que se había topado era que los tres no solo eran miembros respetados de las fuerzas del orden, sino que también gozaban de respeto en sus comunidades. Un viejo amigo del NYPD le había dicho sobre Palini: —Mira, tío, no sé qué decirte. ¿Es corrupto? Probablemente. Pero no es el Dr. Evil sentado en una guarida. Es un tipo normal, un líder comunitario que pagó un campo de béisbol nuevo para la liga infantil, y que además da la casualidad de que podría ser profundamente corrupto. Las cosas no son tan blancas o negras. No lo he visto desde hace un mes o dos,

pero aunque lo hubiera hecho, no me jugaría el puesto yendo a por él.

Esa fue la llamada que hizo que Austin arrojara el teléfono a la cama. Al Capone también fue famoso por financiar comedores sociales durante la Gran Depresión. Donar a la caridad no significaba que uno no fuera también un psicópata asesino.

Necesitaba dar un paseo.

El ascensor estaba en reparación, así que bajó tres tramos de escaleras y salió del hotel, dirigiéndose hacia la playa.

Mientras Austin deambulaba entre hileras de casas de ladrillo y edificios de apartamentos de piedra caliza, captaba vislumbres fugaces que le recordaban a sus años viviendo en la zona. A través de las persianas entornadas de una ventana de la planta baja, una mujer regaba una selva de plantas de interior, cuyas hojas brillaban como esmeraldas. Unas cuantas personas ladraban por el móvil, otras estaban sentadas en bancos leyendo, algunas entraban y salían apresuradamente de sus coches. Unos padres empujaban cochecitos de colores pastel, mientras parejas de ancianos paseaban tranquilamente y los dueños de las tiendas se apostaban en los umbrales bajo la luz matinal, contemplando el día.

El barrio era una mezcla de vitalidad urbana y tranquilidad costera, mucho más ajetreado que la calma solitaria de su pequeña localidad costera de Hansville, en Washington. Pero este rinconcito de Brooklyn también era mucho más tranquilo que la caótica y palpitante ciudad de Manhattan, al otro lado del agua.

Al doblar una esquina, se topó con un pequeño parque arbolado enclavado entre edificios. Una cancha de baloncesto, con la pintura desgastada por el tiempo, era la pieza central, animada por las risas y los gritos joviales de unos adolescentes en un partido improvisado de fin de semana. En un banco cercano, bajo la sombra moteada de un viejo roble, un anciano estaba absorto en su periódico. Un adolescente de aspecto frágil paseaba a un gigantesco labrador negro. ¿O era el labrador quien lo paseaba a él?

Austin echaba de menos a Run, su corgi. Estaba en casa bajo el cuidado de Kendall Shaw, una nueva detective del Departamento del

Sheriff de Kitsap con la que había trabajado en un caso que había terminado hacía solo unos días. Le parecían semanas. Quizá meses.

Eso significaba que parecía haber ocurrido hace siglos el momento en que comprendió por fin que el último escrito de su mujer —que él creía que era el comienzo de una novela— estaba en realidad relacionado con su muerte. Durante un año, se había sentado ante su máquina de escribir en la habitación de invitados, con aquellas frases crípticas como único resto de lo que él pensaba que era su primer intento de convertirse en novelista de novela negra.

Decía así:

Michael Lee Kim entró en el aparcamiento de su restaurante coreano favorito en Brooklyn a las siete de la tarde de un martes. Iba a Mama Dae's una vez por semana por su filete a la parrilla y su kimchi. Nunca había vivido en Corea, pero la comida le hacía pensar en su abuela, que falleció cuando él tenía diez años. Se había puesto su camisa de la suerte —una auténtica camisa de David Bowie de la gira The Serious Moonlight Tour— porque tenía una cita. La cita, Megan, resultó ser una infiltrada de la familia criminal Namgung, y estaba allí para robarle la identidad y después matarlo.

Llevaba más de un año siguiendo pistas derivadas de esas palabras y ahora aquí estaba, vagando por una sección remota de Brooklyn con poco que mostrar a cambio.

Inhaló profundamente, captando el aroma sabroso de la carne asada del ahumador de algún patio trasero entrelazado con el toque dulce, casi ácido, de la brisa marina. Entre los estrechos huecos de los edificios, vislumbró las aguas brillantes del Atlántico.

—*Aaaaooooohhhhhhh*— Un grito bajo y quejumbroso llegó desde la vuelta de la esquina. No era un grito exactamente. Más bien un grito gutural de angustia.

Se repitió y Austin se apresuró hacia el sonido, descubriendo que procedía de un hombre sin hogar sentado junto a un cubo de basura. Estaba envuelto en una chaqueta gruesa que parecía demasiado calurosa para el día que hacía. Tenía el rostro como cuero curtido y agrietado, y una pequeña mandolina rota descansaba sobre su regazo.

—¿Necesita ayuda? —preguntó Austin.

El hombre no levantó la vista. Estaba en su propio mundo.

—*Aaaaooooooohhhhhhh.*

No parecía estar herido. Tenía los ojos cerrados y parecía casi calmado mientras profería el sonido de un dolor tan profundo que casi le saltaron las lágrimas a Austin.

—Es Franklin, pero le llamamos Franklinstán. —Una mujer había asomado la cabeza desde una pequeña tienda de la esquina—. Estuvo tres años en Afganistán y, bueno, así volvió. Vio morir a su hermano y a un montón de sus amigos. Esto es simplemente lo que hace ahora.

—¿Hay algo que pueda hacer? —preguntó Austin.

La mujer sacudió la cabeza. —Ver morir a la gente que amas antes de tiempo es una clase especial de angustia.

Austin asintió, echó otro vistazo al hombre y continuó su camino.

Minutos después, Manhattan Beach apareció ante su vista al doblar la esquina. Tres peldaños de piedra curvados bajaban desde la acera hasta la playa de arena. A pesar de ser una cálida mañana de octubre, la playa seguía tranquila y apacible. Unos pocos madrugadores se sentaban en los escalones de cara al océano, mientras un puñado de personas paseaban por la orilla. La arena beige parecía suave y limpia, con diminutas conchas salpicando la playa aquí y allá. La luz del sol matinal centelleaba en las pequeñas olas que lamían la orilla y, aun a una manzana de distancia, todavía podía oír los gritos angustiados de Franklin entre los descansos de las olas.

Su móvil vibró en el bolsillo y su entusiasmo se disparó al reconocer un prefijo telefónico de Brooklyn. Quizá fuera una de las muchas personas a las que había dejado mensajes durante los últimos días.

Cuando respondió, oyó la voz profunda de Jorge, el exagente del FBI con quien había ido a enfrentarse en Brooklyn. —¿Te has enterado?

—¿De qué? —preguntó Austin.

—Javi. Ha muerto. —Jorge sonaba sin aliento, preocupado y distraído.

—¿Quién es Javi? —quiso saber Austin.

—Ah, claro. Tú no... Alguien a quien no conoces. Estaba relacionado con el caso. Tres años después, siguen quitando gente de en medio.

—¿Qué ha pasado?

—Lo mataron ayer, justo ahí al lado de la playa.

—¿En Manhattan Beach? —Austin miró a su alrededor y, por primera vez, se fijó en la cinta policial que rodeaba lo que parecía ser una pequeña pizzería en la planta baja de una casa—. Estoy allí ahora mismo. Veo...

—Sé que has estado investigando a Palini, Voohrees y Baker también.

—Sí, sin suerte. Yo...

Jorge no le dejó terminar. —Voohrees y Baker se han ido.

—¿Han desaparecido?

—Es más probable que se hayan ido. O sea, que están muertos.

Austin dejó que aquello calase.

—Sal de ahí —continuó Jorge—. Es decir, investiga esto más si quieres pero... Yo me marcho de la zona una temporada.

—¿Qué? ¿Cuándo? —Austin no esperó a la respuesta—. Voy a verte.

—Vale, pero no estaré aquí mucho tiempo. Este asunto se ha vuelto demasiado peligroso. Tengo una familia en la que pensar.

Austin empezó a trotar de vuelta en dirección a su hotel. —Mira, Jorge. Dame veinte minutos para coger mis llaves e ir hacia allí en coche.

Hubo una larga pausa, y luego Jorge dijo: —Vale, pero no dejes que te vean entrar. Entra por el jardín del vecino, dos casas más allá, la casa con la puerta blanca.

—¿Quiénes son *ellos*?

—La mitad de los reporteros de la ciudad de Nueva York están aquí. La historia sobre Fiona de hace unos días, y ahora Javi muerto. Esta historia está a punto de estallar del todo, y las cosas van a ponerse de castaño oscuro.

3

Austin buscó a tientas la llave de su habitación mientras se acercaba al hotel, pero una mujer que había estado apoyada en la pared se interpuso frente a la puerta giratoria de la entrada.

—¿Austin? ¡Así que *has* vuelto!

Austin se detuvo a un par de metros de distancia. —¿Te conozco?

La mujer andaría por los cincuenta y tantos o sesenta, pensó él, y vestía unos pantalones negros y una camisa blanca de botones que parecía elegante, aunque Austin no sabía prácticamente nada de moda. Llevaba el pelo gris plateado recogido en un moño en forma de media luna, sujeto por un lápiz.

—Soy Patch —dijo ella, con una sonrisa vagamente maliciosa.

Austin dio un paso atrás. *Oh, no.*

Debería haberla reconocido. Su pelo ya había empezado a perder el castaño la última vez que la vio, pero sus pómulos afilados y sus penetrantes ojos azules seguían siendo los mismos.

«Patch» era Patricia Kellerman, una presencia formidable en el panorama mediático de Nueva York durante más de cuatro décadas. Cuando Austin estaba en la policía de Nueva York, su ingenio cáustico y su búsqueda implacable de noticias la habían convertido en una figura temida en el *New York Post.* De hecho, ella fue la reportera que acuñó el nombre de «Carnicero de los Bebés de Navidad» para describir al asesino en serie que había atacado a

lactantes, uno de los casos más atroces en los que él había trabajado jamás.

Austin nunca había sido precisamente un fan de Patch, pero el apodo que inventó la situó permanentemente en su lista negra. Para Austin, resultaba repugnante utilizar la muerte de bebés para vender periódicos, aunque sabía que Patch o cualquier otro reportero argumentarían que, cuanta más atención recibiera el caso, más pistas recibiría la policía y más cerca estarían de un arresto. Eso es lo que siempre argumentaban los reporteros.

—¿Sigues en *el Post*? —preguntó Austin, intentando sonar neutral.

Ella hizo un gesto despectivo con la mano y fingió una mueca de disgusto. —¿Es que no has seguido mi carrera?

Austin no dijo nada.

—Tengo *Patch's Corner*, mi blog. Hago un podcast de crímenes locales. Escribo como colaboradora externa para algunas revistas sobre política de la ciudad de Nueva York, yo...

—¿*El Post* se deshizo de ti por fin?

Ella parpadeó. —He pasado a cosas mejores y más importantes.

Entonces una idea asaltó a Austin, haciéndole retroceder y mirar a su alrededor, mientras una sensación de paranoia le invadía lentamente. —¿Cómo has sabido que estaba aquí?

Ella volvió a fruncir el ceño. —Sabes perfectamente que no debes preguntarme eso. Dime por qué te has estado reuniendo con Jorge Díaz López.

Austin intentó mantener la compostura, pero por dentro sintió algo que rara vez experimentaba: *pánico*. No solo no tenía nada nuevo sobre el asesinato de Fiona, sino que Patch parecía saber más sobre sus actividades y su ubicación de lo que tenía derecho a saber.

—Esto es lo que pienso —dijo Patch, metiéndose las manos en los bolsillos de sus elegantes pantalones y caminando de un lado a otro frente a la entrada del hotel, con cuidado de no dejar a Austin un hueco suficiente para escapar al interior—. Como el detective tenaz que eras —o *¿eres?*—, has estado investigando qué le pasó a Fiona; entonces sale ese artículo en el *Times* y vienes aquí para intentar resolver esto de una vez.

El artículo al que se refería Patch lo había escrito Anna, con quien él había estado saliendo hasta hacía unos días. Había sido la primera gran historia sobre el caso en la prensa de Nueva York en años.

—En lugar de acosarme a mí —dijo Austin—, ¿por qué no sigues el rastro de esa historia? ¿Por qué no intentas hacer algo de periodismo *de verdad*?

Ella suspiró. —Lo creas o no, hablar contigo es *parte* de mi labor periodística. ¿Algún comentario sobre el artículo?

Austin la fulminó con la mirada.

—Dame algo, Austin, por los viejos tiempos. Prometo no volver a llamarte el Viudo de Azul de Manhattan. De nuevo.

Austin no dijo nada.

Ella sonrió. —Ya sabes, lo de Azul por lo de ser poli. O por haberlo sido...

—Christopher Palini, Gretchen Voohrees y Jackson Baker. —Austin oyó los nombres salir de su boca antes incluso de haber decidido compartirlos con ella.

Quizá era porque estaba en un callejón sin salida. Quizá era porque estaba agotado. O quizá era porque, a pesar de haber sido una de las reporteras más molestas de la ciudad durante toda su carrera en la policía de Nueva York, era implacable y capaz de rastrear una pista mejor que casi nadie.

Soltó un largo y fino hilo de aire. —Los tres están metidos en drogas, delitos, encubrimientos. O quizá *lo estaban*. Es decir, puede que su implicación sea cosa del pasado. Puede que sus *vidas* sean cosa del pasado. Directa o indirectamente, todos estuvieron implicados en el asesinato de Fiona, de eso estoy seguro. Si quieres publicar una historia que importe, busca alguna prueba de eso y sácala a la luz.

Austin pasó por su lado de un empujón y se apresuró a subir a su habitación, cerró bien las cortinas y cayó de rodillas junto a la cama; después, sacó la funda de la pistola de debajo de ella.

Había seguido todas las normativas de la TSA y había declarado el arma en su vuelo. Se suponía que debía obtener un permiso de Nueva York para portar el arma en la ciudad, pero no tenía intención de hacerlo. No tenía tiempo. Tecleó la combinación hasta que los

engranajes giraron suavemente en su sitio y abrió la tapa, revelando la MR1911, una pieza clásica de ingeniería armamentística, anidada en su interior. Austin cerró los dedos alrededor de la empuñadura fría de la pistola, levantándola con cuidado de la espuma. Con movimientos familiares y practicados, puso el seguro y extrajo el cargador, inspeccionando las relucientes balas del calibre .45 ACP. Volvió a insertar el cargador con un clic satisfactorio y tiró de la corredera; el movimiento fue fluido a lo largo de los raíles mientras dejaba ver la recámara vacía.

Tras completar la inspección, Austin volvió a poner el seguro y abrió su funda de hombro oculta. Con una última mirada respetuosa a la pistola, la encajó de forma segura en su sitio, sintiendo cómo el armazón de acero se asentaba contra el cuero.

No quería usarla, pero si Patch le había encontrado, cualquiera podía hacerlo.

Ya no se sentía seguro sin ella.

4

Austin aparcó su coche de alquiler a una manzana de la casa de Jorge, con cuidado de no llamar la atención. Mientras se acercaba al edificio de piedra rojiza en la tranquila calle de Manhattan Beach, vio a unos pocos reporteros y una furgoneta de noticias de televisión. No era ni la mitad de la prensa de Nueva York de la que Jorge le había advertido, pero estaba claro que el interés por esta historia iba en aumento.

A un par de puertas de distancia estaba la casa de la puerta blanca. Se desvió de la acera, manteniéndose fuera de la vista. Agachándose entre dos casas, entró en un patio trasero, saltó una serie de vallas bajas y avanzó sigilosamente por el borde de la cerca de Jorge. Protegido de las miradas por unos arbustos descuidados, llegó hasta el porche lateral.

Llamó suavemente a la puerta de cristal y esperó.

María, la mujer de Jorge, abrió la puerta. Era alta, de pelo castaño y largo, y no parecía nada contenta de verle. Al abrir la puerta y hacerle pasar, lo único que dijo fue: —Jorge ha dicho que vendrías.

—Lo siento —dijo Austin mientras ella cerraba la puerta tras él—. Por todo esto.

Entraron en la pequeña cocina de la planta baja, donde solo unos días antes él se había sentado para enfrentarse a Jorge por la

sospecha de la aventura.

María se quedó un momento frente a la nevera, luego se dio la vuelta y le lanzó una mirada fulminante. —*Deberías* sentirlo. Has vuelto a abrir la caja de los truenos, y ahora Javi está muerto y... —se dio la vuelta y se apoyó en el fregadero, incapaz de mantener el contacto visual por el dolor y la rabia—. Llevamos a mis hijos a casa de su abuela en el Bronx hace dos días. Y ahora...

—¿*Conocías* a Javier? —preguntó Austin— ¿El hombre que ha muerto?

Sin darse la vuelta, ella asintió.

Se volvió lentamente y su ira parecía ahora más bien tristeza teñida de miedo. —Era uno de los informantes de Jorge. Cuando estaba en el Buró. Javi había hecho cosas malas, pero había cambiado y yo... —se giró y señaló la mesa—. Yo le daba de comer aquí. Quiero decir, hacíamos barbacoas juntos los fines de semana, por el amor de Dios. Se sentaba justo aquí, en *mi* mesa. Me decía que le gustaban mis enchiladas más que las de su propia madre. — Se le quebró la voz y se le saltaron las lágrimas.

—Lo siento, yo... no... —Austin no sabía qué decir.

No conocía a Javi, no sabía qué estaba pasando. Pero estaba claro que María culpaba de la muerte del hombre al hecho de que Austin se hubiera presentado en Nueva York.

—Javi les decía a todas las mujeres guapas que sus enchiladas le gustaban más que las de su madre —dijo Jorge—. El tío era un mentiroso de primera. —Había aparecido en el umbral y su comentario logró que María sonriera entre lágrimas.

Indicó a Austin que pasara al salón, dejando a María sola en la cocina.

Jorge era al menos quince centímetros más bajo que Austin, robusto, con una cara redonda y agradable y una perilla que parecía de otra época. Mientras indicaba a Austin que se sentara en un sillón, suspiró y se quitó sus finas gafas de montura metálica.

Luego le lanzó un teléfono móvil a Austin. —Antes de que veas lo que hay en ese vídeo, tengo que hablarte de Javi.

Jorge se volvió a poner las gafas y caminó hacia la ventana, asomándose entre las cortinas echadas. —Cuando aún estaba en el

FBI, durante casi una década, confié en Javier Pérez. Era uno de mis informantes criminales de mayor confianza dentro de los Namgung. Aunque solo era un mensajero y matón de bajo nivel, Javi tenía esa extraña habilidad para moverse libremente dentro de la organización, haciéndose amigo tanto de los brutales lugartenientes como de los trabajadores de la calle que trapicheaban con el producto en las esquinas. Todo el mundo le quería. Confiaban en él.

Se alejó de la ventana y volvió a sentarse. —Hice que Javi colaborara tras un arresto por agresión en 2010 en Coney Island y me di cuenta rápido de que podía ofrecerme una visión poco común de los vínculos entre los agentes corruptos de la policía de Nueva York y el FBI con los cárteles del sudeste asiático que dominaban el tráfico de heroína que fluía por los muelles y almacenes de la costa de Brooklyn. Lo que realmente me llamó la atención fue lo que sabía sobre los miembros del cártel y sus conexiones dentro de la policía y el FBI. Conocía sus hábitos, sus lugares de reunión en Bensonhurst y Sheepshead Bay, y aquí, en Manhattan Beach. Tienen varios negocios aquí y a Javi lo mataron ayer en el almacén de una de sus pizzerías. Un niño pequeño, de seis años, aún está siendo interrogado por la policía. Al parecer, vio cómo sucedía todo. —Jorge sacudió la cabeza con asco—. A lo largo de los años, Javi me proporcionó pruebas y testimonios que implicaron a docenas de funcionarios corruptos.

—¿Pero nunca lo suficiente para condenarlos? —preguntó Austin.

Jorge levantó la vista. —Nosotros, Fiona y yo, *teníamos* suficiente para condenarlos, pero luego, bueno, ya sabes lo que pasó. —Jorge se puso en pie, miró hacia la ventana con nerviosismo y volvió a sentarse—. Y Fiona, creo que *ella* tenía aún más. Ya sabes cómo va esto. Ella y yo trabajábamos estrechamente, pero yo no se lo contaba todo y estoy segurísimo de que ella tampoco me lo contaba todo a mí. A los que teníamos pillados, ambos sabíamos que no eran los de arriba. Creo que ella estaba más cerca de la cima que yo, y quizá por eso me dejaron vivir.

—¿Y Javi?

—Bueno, a los informantes nunca se les deja vivir una vez que los descubren. —Sacudió la cabeza—. Dale al play en ese vídeo.

Austin apretó el iPhone, con la pequeña pantalla iluminada. Pulsó para reproducir el vídeo e inmediatamente retrocedió. El rostro ensangrentado de un hombre que supuso que era Javier llenó la pantalla, luego la toma se alejó, situando a Javi en una habitación anodina, con las paredes llenas de sacos de harina y latas de tomate triturado. El cuarto estaba intensamente iluminado por unas duras luces fluorescentes en el techo, lo que hacía que la sangre que cubría la cara de Javi pareciera de un rojo casi de dibujos animados.

Javier estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo, en el centro de la habitación. Estaba sudado y su traje marrón oscuro estaba arrugado y manchado. Su rostro demacrado estaba sombreado por una barba de varios días que sugería que llevaba tiempo sin cuidarse. Los sutiles rastros de hematomas a lo largo de su mandíbula y la forma en que hacía una mueca al moverse demasiado rápido sugerían maltrato físico. El terror en sus ojos era palpable. Se movían por la habitación como si persiguieran a un fantasma, indicando un tormento psicológico que acompañaba al físico. Austin imaginó a su captor justo fuera de cámara, probablemente apuntándole a la cabeza con una pistola y posiblemente empuñando varios instrumentos de tortura.

Javier empezó a hablar, con la voz como un susurro desgarrado, cada palabra pesada y lenta como si fuera arrastrada desde un pozo de desesperación. —He hecho cosas, cosas malas... —Miró hacia arriba como si siguiera las indicaciones de alguien en la habitación—. Otros también lo han hecho. Estoy... a punto de pagar... por mi lengua larga con... mi vida. —Sus palabras eran discordantes, llenas de pausas incómodas, como si atravesara un campo de minas verbal —. No cometáis el mismo error que cometí yo.

Miró hacia arriba expectante, como si repetir las palabras que obviamente le habían obligado a decir pudiera salvarle de su destino.

No fue así.

Durante medio segundo, Javi clavó sus ojos en la cámara, con una súplica silenciosa grabada en su mirada.

El siguiente sonido que oyó Austin fue un rápido doble disparo. El *pop-pop* de un arma con silenciador.

Austin vio cómo una mancha carmesí se extendía por el pecho de Javi mientras este caía hacia atrás. Entonces el vídeo terminó.

Austin y Jorge se quedaron sentados durante más de un minuto, sin decir palabra.

Finalmente, Austin dijo: —Una reportera me encontró, estaba fuera de mi hotel, esperándome.

—Eso significa que saben dónde estás. Me largo a Jersey. El hermano de mi mujer tiene una casita donde nos vamos a quedar unos días. Tú también deberías salir de aquí. Están eliminando cabos sueltos. —Se levantó y se acercó a Austin, mirándole fijamente—. El artículo que escribió tu amiga Anna les ha asustado. No sé quién está, en última instancia, detrás de esto. A lo mejor Fiona lo sabía, a lo mejor no. Pero lo que sí sé es que alguien está haciendo limpieza. No quiero acabar muerto. Y no quiero que nos envíen a mi mujer y a mí un vídeo de tu ejecución.

—¿Ella también ha visto ese vídeo? —preguntó Austin.

Jorge inspiró profundamente y miró al suelo, luego hacia la ventana. —Las cosas por las que la he hecho pasar.

Austin dijo: —Voy a darme un poco más de tiempo y...

—¿Y *qué*? —interrumpió Jorge. Cuando Austin no continuó, Jorge soltó un suspiro de frustración—. Vuelve a Washington, tío.

—Setenta y dos horas. Si no consigo nada para entonces, yo...

Jorge se inclinó y agarró a Austin por los hombros. —¿Es que ni siquiera has visto el vídeo? Si te quedas por aquí metiendo las narices en donde no te llaman, estarás *muerto* en setenta y dos horas.

María apareció en la puerta que conectaba el salón con la cocina. —Jorge, *mi amor*, es hora de irse.

Jorge soltó los hombros de Austin y se irguió lentamente, ofreciéndole a María una mirada de comprensión. El tipo de mirada que cientos de hombres y mujeres de las fuerzas del orden dan a sus cónyuges cada día. Una mirada que decía: *Siento el peligro.*

Era el tipo de mirada que Austin le había dado a Fiona en más de una ocasión, asumiendo ambos que era él quien tenía el trabajo más peligroso. Se habían equivocado.

—De acuerdo —dijo Jorge.

Austin se levantó y se dirigió a la cocina. —Saldré por detrás a hurtadillas.

Jorge le siguió y le detuvo antes de que pudiera irse. —Austin, ¿conoces el dicho sobre la venganza?

Austin se volvió y se encogió de hombros.

—*Aquel que busca venganza debe cavar dos tumbas: una de ellas para sí mismo.* Sigue mi consejo, ¿quieres? Vete a casa.

5

Estarás muerto en setenta y dos horas. Las palabras de Jorge se repetían en bucle en la mente de Austin mientras aparcaba su coche de alquiler y se dirigía al hotel.

El vecindario se había quedado en silencio, en una calma de mediodía. La gente se refugiaba en sus casas para huir del calor que había caído sobre las calles de la ciudad. Combinado con la lluvia de ayer, el bochorno parecía desenterrar mil olores a la vez.

A media manzana del hotel reparó en un deportivo negro de llantas plateadas brillantes. No estaba seguro de si ya estaba allí antes, pero desentonaba en aquel barrio modesto.

Austin estudió las dos siluetas corpulentas sentadas en los asientos delanteros del coche al ralentí, y sintió que se le aceleraba el pulso. Alzó la vista hacia el hotel y escudriñó las ventanas. Casi todas las cortinas estaban echadas, salvo las de color mostaza de su habitación en el tercer piso. Estaban parcialmente abiertas, aunque juraría que las había dejado cerradas.

A Austin le recorrió un escalofrío de inquietud por la nuca.

El motor del coche seguía roncando de forma amenazadora mientras los dos hombres miraban al frente. Parecían tener la vista clavada en la puerta del hotel.

Se metió en un portal —fuera del campo de visión del coche— y simuló que consultaba su teléfono, ganando tiempo para evaluar el

peligro. La sirena de un coche de policía aulló a lo lejos y, de repente, se hizo el silencio. La quietud se sentía pesada. Ominosa.

Los ojos de Austin se movieron rápido, evaluando posibles amenazas, y se detuvieron finalmente en las cortinas entreabiertas de la que, estaba seguro, era su habitación.

Después bajó la mirada.

Allí. Al otro lado de la calle.

Una sombra en el callejón. ¿Estaba creciendo, desplazándose, acercándose?

No, no era nada.

La respiración de Austin se aceleró. Le sudaban las palmas de las manos.

Aun fingiendo que hacía una llamada, abrió la aplicación de la cámara e hizo zoom, haciendo un montón de fotos en rápida sucesión, con la esperanza de captar una imagen clara del coche y la matrícula. Luego, girándose bruscamente, caminó de vuelta hacia su coche de alquiler, manteniendo un paso pausado y firme para no echar a correr presa del pánico. Resistió el impulso de mirar atrás.

—Sigue caminando —se dijo a sí mismo.

Pensando rápido, se subió de nuevo a su vehículo de alquiler, dio un giro en U, rodeó la manzana y aparcó entre dos camiones grandes en el aparcamiento de una tienda de licores.

—Piensa, Austin —dijo en voz alta—, piensa.

Intentó controlar su respiración, pero no dejaba de ver el vídeo de Javier desplomándose. Estaba convencido de que acababa de librarse por pocos momentos de correr la misma suerte.

—¡Piensa!

¿Cómo lo habían localizado? ¿Qué podía hacer ahora?

Si habían dado con su hotel, podía ser que supieran de su coche de alquiler.

¿Pero cómo?

De algún modo habían rastreado sus vuelos, o su teléfono, o su tarjeta de crédito. Quizás Patch estaba colaborando con ellos, o quizá le habían encontrado cada uno por su cuenta.

No importaba.

De momento, necesitaba alejarse, irse muy lejos.

Sacó el móvil y abrió la aplicación QuickCar. Había usado esa aplicación un par de veces en Seattle. A veces resultaba más fácil cruzar en el ferry y coger un coche en el centro. Podía usarlo durante medio día por menos de cuarenta dólares y eso significaba que no tenía que subir su furgoneta al ferry ni conducir después al bicho aquel por las imposibles cuestas de Seattle.

Con unos pocos toques, localizó un alquiler disponible a solo seis manzanas y lo reservó. Con la mirada saltando de un espejo a otro, salió con cuidado del aparcamiento.

Al llegar al QuickCar unos minutos más tarde, dejó su alquiler en el aparcamiento de un supermercado, pasó el móvil por el sensor del sedán Toyota de 2020 y entró.

Comprobó de nuevo los alrededores por si veía el deportivo negro y, convencido de que estaba a salvo, salió del aparcamiento a toda prisa. No sabía a dónde iba, pero tenía su pistola, su teléfono y su cartera. Sabía que no podía quedarse allí.

Su teléfono. Lo más probable era que lo hubieran rastreado por eso. Revisando los retrovisores cada pocos segundos, se convenció de que no le seguían, al menos de momento, pero no podía arriesgarse. Al cabo de diez minutos entró en una gasolinera, buscó el aseo y cerró la puerta por dentro.

Comprobó las fotos que había hecho. *Maldición*. Había ido demasiado deprisa, con demasiada torpeza. No había conseguido una foto de la matrícula del coche aparcado ante el hotel.

A continuación, estrelló su teléfono contra el lavabo de porcelana hasta que se rompió en pedazos, que tiró a la basura. En la tienda, compró dos teléfonos desechables, cada uno con noventa minutos de llamada prepagados.

Sintiéndose un poco mejor, siguió las señales hacia la Ruta 678, volviendo sobre sus pasos y dando un par de vueltas al azar para asegurarse de que no le seguían. La Ruta 678 le sacó de Brooklyn hacia Queens y cruzó el puente de Whitestone, que le llevó a la Ruta 95 en dirección a Connecticut. El tráfico era lento en algunos tramos, pero una hora después ya estaba en el puente, viendo desaparecer el resplandeciente perfil de Manhattan por el retrovisor.

Al parar en un área de servicio, llamó a Kendall, que cogió el teléfono al segundo tono. — ¿Diga?

—Soy Austin. He tenido que deshacerme de mi móvil y ya no estoy en el hotel. Yo, bueno, he tenido que salir de la ciudad.

Tras una larga pausa, Kendall dijo: —Tienes una voz terrible. Estás tenso.

Él ignoró el comentario. —¿Cómo estás?

—Estoy sentada en tu cafetería comiendo tortitas y mirando al mar. Es una maravilla. Necesitaba un descanso.

—¿Cómo está Run?

—Bien. Ella y Ralph son mejores amigos. Han aprendido a jugar al tira y afloja. Como te puedes imaginar, es adorable. Por cierto, hablando de perros, ¿te acuerdas de Bjorn? Por fin le he encontrado un hogar.

Se refería al amigable y salvaje pastor alemán propiedad de un hombre al que habían arrestado recientemente. —¿Quién se lo queda?

—Jimmy y Lucy.

—Estupendo. Austin *estaba* contento de oírlo, pero tenía otras cosas en la cabeza. Quería decirle a Kendall que, si le pasaba algo, cuidara ella de Run. Ralph también era un corgi, así que confiaba en que Kendall cuidaría bien de Run. Pero no lo dijo. No se vio capaz de decirlo. —¿Te trata bien Hansville?

—Buena comida y café. Resulta curioso que yo viniera de Los Ángeles hace nada y ahora tú estés de vuelta en Nueva York y, por cómo te suena la voz, todo el estrés de ese sitio se te haya vuelto a meter en el cuerpo. Creo que yo me quedo donde estoy. ¿Qué está pasando allí? ¿*Tú* estás bien?

—Mira —dijo Austin—, es demasiado difícil de explicar todo lo que está pasando aquí, y para empezar prefiero no decirlo. Puedes localizarme en este número ahora, pero es posible que desaparezca unos días.

—Entendido. Cuídate mucho, ¿vale?

Iba a decirle «vale», pero no quería mentirle. —Cuida de Run, dale unos premios extra de mi parte y dile que la veré pronto. Seguramente la vea pronto.

—Austin, no suenas nada bien. ¿Estás seguro de que no deberías volver ya?

—Gracias por guardar el fuerte. Adiós, Kendall.

Colgó y siguió adelante, cruzando a Connecticut y recorriendo las calles de memoria. A la izquierda en la antigua escuela, a la derecha en la pequeña iglesia blanca construida hace más de doscientos años, y luego por un camino de entrada largo. Detuvo su coche frente a una gran casa de piedra y contempló la fachada cubierta de hiedra.

Se bajó y se quedó allí mucho rato, simplemente mirándola, inundado por los recuerdos. La puerta principal se abrió y salió una mujer. Llevaba un delantal de rayas azules y blancas y parecía estar a medio preparar la cena. Entornó los ojos para mirar desde el porche.

—Mary, soy yo. Austin.

Era Mary, la madre de Fiona, y aquella era la casa de los padres de Fiona.

—¿Tommy? ¿Eres tú?

No permitía que nadie le llamara Tommy excepto la madre de Fiona.

6

Una hora después, Austin estaba sentado en el mullido sillón de cuero marfil mientras los padres de Fiona lo observaban desde el otro lado del amplio salón. Parecían preocupados.

Se había perdido en un recuerdo de Fiona. Poco después de casarse, al volver de la luna de miel, habían pasado unos días con los padres de ella. Austin recordaba haber estado sentado en ese mismo sillón. Era lo bastante grande para los dos; Fiona se sentaba en el reposabrazos con las piernas cruzadas sobre el regazo de él. Austin sintió la cruda realidad de que le habían robado la oportunidad de volver a estar así de cerca de ella. El sabor de los chiles habaneros le escocía en la garganta y le quemaba la lengua. La rabia era un sentimiento familiar, pero hacía mucho tiempo que no la sentía con tanta fuerza, no desde antes de mudarse al estado de Washington.

Había apretado los puños a los costados y su cuerpo se preparaba de forma visceral para algún tipo de venganza. Los relajó lentamente, sintiendo cómo se hundía más en el profundo asiento, esperando a que alguien hablara.

—¿Quieres que te llene la copa? —preguntó Sven, alzando la voz por encima del sonido de la televisión, que estaba puesta de fondo con el volumen bajo. Al levantar la botella de vino, el padre de Fiona parecía recién salido de la portada de la revista *Rich Boaters*

Monthly: muy bronceado y con una melena rubia tan pálida que casi se había vuelto blanca. Alto, delgado y ágil, vestía bermudas de lino y náuticos hasta que la temperatura bajaba de los diez grados.

—No, pero gracias —dijo Austin—. Está muy bueno, de todas formas.

Sven también era un aficionado al vino y tenía dinero para comprar del bueno. Austin sabía poco de vinos, pero era capaz de notar la diferencia entre los dos tipos de vino barato que servía en su cafetería y aquel néctar de color púrpura intenso que tenía en la copa.

Llevaban una hora hablando con rodeos sobre los motivos de Austin para volver a la Costa Este. Los padres de Fiona habían visto el artículo reciente sobre su hija, pero no habían querido abordar el tema directamente. Y a Austin ya le iba bien. En el momento en que entró en su casa, se arrepintió de haber ido. No porque no se alegrara de verlos; se alegraba.

Había dado suficientes rodeos para estar seguro de que no lo habían seguido. Pero, aun así, no sabía qué estaba pasando y le preocupaba involucrarlos.

La madre de Fiona dio un sorbo a su vino y luego aceptó que su marido le sirviera más. —¿Cuánto tiempo piensas quedarte, Tommy? —Se apartó el pelo de la frente y golpeó nerviosa el lateral del sofá con el pie.

—No mucho —dijo Austin.

A veces Austin se preguntaba si Fiona se habría parecido a su madre al llegar a los setenta. Creía que sí. Había visto fotos de Mary a los treinta y a los cuarenta y se parecía mucho a Fiona. La familia de Mary era de ascendencia sueca y la de Sven, noruega; Fiona había heredado gran parte del aspecto de granjera sueca de su madre.

—Y, recuérdanos, ¿por qué has venido al Este? —preguntó Sven.

Mary lanzó a su marido una mirada de incomodidad. Era una persona a la que no le gustaban los enfrentamientos ni la franqueza excesiva.

Austin miró su copa de vino y luego se permitió observar los detalles de la habitación, que había sido rediseñada desde su última

visita. Las líneas limpias y una paleta de colores neutros y apagados daban al lugar una sensación de amplitud y relajación. Los ventanales de suelo a techo daban al inmenso jardín trasero de la pareja y permitían que una abundante luz natural inundara el espacio. El mobiliario consistía en piezas elegantes pero cómodas: un sofá tapizado en lino, dos sillones de madera pulida y cuero, y una mesa de centro ovalada con superficie de cristal. La habitación también estaba llena de motivos náuticos, como una mesa consola con forma de timón, fotografías en lienzo de veleros y un par de carteles antiguos de regatas. En los estantes empotrados se exhibían trofeos de décadas de vela de competición, así como libros encuadernados en cuero, una colección de decantadores de cristal y unas cuantas litografías de vinos selectos, cuidadosamente elegidas, que daban fe de su gusto por las cosas buenas.

—¿Tommy? —preguntó Mary— ¿Estás bien?

—No del todo. —Le sostuvo la mirada brevemente y luego volvió a bajar la vista hacia su copa— Creo que vosotros dos habéis llevado mejor la pérdida de Fiona que yo.

Mary frunció ligeramente los labios, pero no dijo nada.

—Pasamos el duelo —dijo Sven—. Seguimos de duelo. Se le contrajo la cara al pronunciar la palabra *duelo*, como si el mero término retorciera un viejo puñal clavado en lo más profundo de su ser. Pero tenemos que vivir. No nos queda otra.

Austin asintió. Sabía que era verdad, pero no sabía —*nunca* había sabido— cómo seguir adelante. Cruzar el país no parecía haber ayudado, y el regreso seguía siendo inconcluyente. Lo único seguro era que cuanto más tiempo pasaba sentado en aquel salón, más sentía que había fracasado.

En una habitación contigua, James, el hermano de Fiona, hablaba a gritos por el móvil mientras su hija de doce años, Olive, cantaba canciones de pop. —¿Cuánto tiempo se quedan? —preguntó Austin.

Mary sonrió radiante. —Unos días más. La mujer de James está en un congreso de negocios toda la semana y, como de todos modos estudian en casa, han venido a quedarse. Nos encanta pasar tiempo

con Olive. —Se puso en pie—. Subiré a prepararte la segunda habitación de invitados.

Austin asintió. —Oh, Mary, ya lo hago yo.

—Tommy, no es nada —insistió ella, y se marchó en un abrir y cerrar de ojos.

—Hijo... —Sven parecía estar conteniendo el aliento. Si Austin era el hijo de Sven, eso significaba que su hija debería estar allí con ellos —. Hazme caso, dejarías la cama fatal.

Ambos sonrieron ante la broma, pero los ojos vidriosos de Sven revelaban el esfuerzo por contener las lágrimas.

Austin se había cruzado con Olive al entrar, pero ella no se había quitado los auriculares más que un par de segundos. Como si pudiera presentir que habían estado hablando de ella, Olive apareció bajo el gran arco que conectaba el salón principal con el... Austin no sabía cómo se llamaba. Quizá en su día fuera un *cuarto de fumar*, pero un agente inmobiliario moderno probablemente lo llamaría *sala multiusos*.

Olive se quedó mirándolo mientras se quitaba los auriculares, pero no dijo nada.

—¿Qué estás escuchando? —preguntó Austin.

Ella puso los ojos en blanco. —A Taylor.

—¿Swift? —preguntó Austin.

Ella asintió con cautela. —¿Conoces su música?

—Claro —dijo Austin. La verdad era que no estaba seguro de haber oído muchas de sus canciones, pero quería conectar con Olive. Al igual que la madre de Fiona, la niña se parecía a ella. Pelo rubio ceniza, delgada y con una cara agradable que solo se afeaba por el hecho de que estaba decidida a mostrarse escéptica ante todo lo que Austin decía.

Olive se cruzó de brazos y frunció el ceño. —Dime tu canción favorita de Taylor Swift. —Se mostraba muy dubitativa.

La mente de Austin trabajó a toda prisa. Estaba bastante seguro de haber oído algunas de sus canciones, pero no sabía que iba a haber un examen. —Creo que... esto... ¿*Blank Space*? He oído esa, creo. —Recordó un vídeo viral que alguien le había enseñado en el que un policía la cantaba en su patrulla.

Olive puso los ojos en blanco con más fuerza todavía. —Eso es *taaaaan* vergonzoso para ti.

Sven, que se había acercado a inspeccionar la réplica de un velero de madera sobre la chimenea, soltó una risita, pero Austin no entendía por qué.

Olive se dio cuenta de su confusión y pareció encantada de explicárselo. —Pensaba que habías dicho que conocías su música. A ver, que te guste *Blank Space* es como decir que la pizza es tu comida favorita pero que la de pepperoni es el único tipo que has probado.

Austin se encogió de hombros. —Me *gusta* la pizza de pepperoni.

—A todo el mundo le gusta. La pizza de pepperoni está buena, ¡pero hay muchísimas otras clases! Taylor tiene un montón de álbumes y canciones que son mucho menos famosas pero también *mucho* mejores. Solo conoces la canción que pusieron en la radio como un millón de veces. Si de verdad te gusta su música, deberías escuchar los álbumes completos que hizo. Como *Speak Now* o *Folklore*. Tienen canciones muy buenas que no fueron sencillos. Así que, antes de llamarte Swiftie, a lo mejor deberías ampliar un poco tus horizontes, ¿no crees?

Terminó su perorata con una sonrisa pícara, medio en broma pero también medio en serio con su crítica a los limitados gustos musicales de él.

—Lo tendré muy en cuenta —dijo Austin, sonriendo. Con el día que llevaba, este era el tipo de sermón que, de hecho, lo mejoraba.

Dicho esto, Olive volvió a ponerse los auriculares.

—Tengo que hacer una llamada rápida —le dijo Austin a Sven.

Mary apareció en el umbral. —Tu habitación ya está lista.

Austin se sentó en la cama y miró a su alrededor. Para ser una *segunda* habitación de invitados, no estaba nada mal. Una cama de matrimonio extragrande, suelos de madera relucientes y ventanas

que miraban hacia el agua, aunque estaba demasiado oscuro para ver algo más que la negrura infinita del océano.

Había una foto de Fiona en la mesilla de noche. Debía de ser de la visita después de su luna de miel, y Austin se preguntó si Mary tendría el mismo recuerdo de ellos sentados en el sillón de cuero del salón. Quizá la foto simplemente ya estaba allí. Si se le había ocurrido ponerla para él, era un gesto tierno. Y Sven tenía razón: la cama no podría haber estado hecha con más meticulosidad.

Durante la conversación con los padres de Fiona, Austin se había sentido distraído por la persistente sensación de que venir allí había sido un error. No sabía cómo Patch lo había encontrado en el hotel, ni cómo lo habían encontrado los hombres del hotel, ni siquiera quiénes eran.

Pero conocía a alguien que podría ayudarle.

Sacó de su bolsillo uno de sus móviles prepago y llamó a Samantha, la experta del Departamento del Sheriff de Kitsap en todo lo relacionado con la tecnología. Ella le había ayudado en múltiples proyectos tecnológicos en el pasado y tenía un novio al que se refería como un «hacker de sombrero blanco», un hacker que solo usaba sus habilidades para el bien. A pesar de que Austin ni siquiera sabía su nombre, le había ayudado en un momento crucial durante un caso reciente.

Esperaba que estuvieran dispuestos a ayudarle de nuevo.

El único problema era que su teléfono saltaba directamente al buzón de voz.

7

Samantha se reclinó en su silla y puso sus pies descalzos sobre el escritorio. Su teléfono vibró sobre su regazo y lo silenció sin romper el contacto visual con Andrea, su nueva jefa temporal.

Andrea miró los pies descalzos de Samantha como si fuera a poner alguna objeción, luego ladeó la cabeza y se lanzó a uno de sus discursos motivacionales. —Sam, estamos en modo crisis, todo el mundo a sus puestos, hay que echar el resto. Última entrada, dos eliminados. Cuarto tiempo, seis abajo. Elige la metáfora que quieras y aplícatela, ¿vale? Los trapos sucios contra Rid están llegando a espuertas y tenemos que devolver el golpe con más fuerza.

—Y con más rapidez —añadió Byron. Samantha ni siquiera se había fijado en que estaba detrás de ella, en el umbral de la puerta.

Andrea era la jefa de campaña de Ridley Calvin; Byron, su lugarteniente, un hombre callado y orientado a los datos. Samantha no tenía nada contra ellos, pero se comportaban como si el destino de todo el universo dependiera de estas elecciones. Samantha nunca había sido de las que siguen la política, pero cuando Ridley le pidió que hiciera un pequeño trabajo como autónoma para su campaña, ella dijo «por supuesto» por lealtad hacia él —y por confianza *en* él — más que por cualquier apego real al resultado de los comicios.

Cuando aceptó trabajar en la campaña de Ridley para gobernador, puso dos condiciones. La primera era que tenía que

terminar primero todo su trabajo oficial para la oficina del sheriff de Kitsap. La segunda era que no seguiría ningún código de vestimenta. Si iba a trabajar noches y fines de semana para un político —incluso para uno al que respetaba tanto como a Ridley—, no iba a preocuparse lo más mínimo por su atuendo, y consideraba que nadie más debería hacerlo tampoco.

Y puesto que, de todos modos, no iba a realizar ninguna labor de cara al público, Andrea había aceptado. Así que allí estaba sentada, con vaqueros, una camiseta de *Thor* y descalza, tomando decisiones que podrían decantar las elecciones especiales para el próximo gobernador del estado de Washington.

Andrea se dirigió a la puerta. —Vuelve a ver ese reportaje y luego... —Andrea señaló con el pulgar la configuración de los dos portátiles de Samantha en el escritorio—... busca algo que podamos usar para contraatacar.

Andrea se marchó y Byron la siguió sin decir palabra.

Samantha bajó los pies al suelo y giró la silla para quedar frente a uno de los portátiles, ocultando su risa. Siempre le divertía cómo la gente sin formación técnica trataba los ordenadores como si fueran una especie de caja misteriosa. La forma en que Andrea había señalado los portátiles era como si fueran algo oscuro, confuso, incluso mágico. Algo que podía conseguirles lo que necesitaban o arruinarles el día, casi como si tuvieran conciencia propia.

Samantha veía sus ordenadores por lo que eran: herramientas. Como un sacacorchos o una motosierra, sus portátiles eran herramientas, aunque los suyos le daban acceso a la información del mundo, no al vino ni a los árboles talados.

Ya había visto el último reportaje de las noticias una vez. Su emisión esa tarde había sumido al cuartel general de la campaña de Ridley en un estado de agitación. Si iba a desenterrar basura sobre los oponentes de Ridley, tenía que estar segura de qué tipo de cosas estaba buscando, así que decidió verlo otra vez. Volviendo a poner los pies sobre el escritorio y admirando el nuevo tatuaje de código binario en el lateral de su pie, pulsó el botón de reproducción del vídeo.

El presentador de las noticias era la definición misma de un engolado, con un aspecto tan genérico como cualquiera que hubiera visto en su vida. Una imitación de un muñeco Ken con bronceado de spray y demasiado producto en el pelo. Sin embargo, leía el teleprónter con entusiasmo y, a pesar de su escepticismo, ella no pudo evitar verse atraída por el relato.

Mientras el combate de gladiadores por la gobernación alcanza el punto de ebullición, los escandalosos esqueletos del armario de Ridley Calvin están desfilando a la vista de todos. Les habla Chuck Ferris, trayéndoles la primicia en su actualización de noticias de Kitsap de las cinco de la tarde.

El dosier de trapos sucios que ha visto la luz hoy ofrece dos jugosos bocados de los días de novato de Ridley en las fuerzas del orden. El primero es una demanda de los años noventa en la que Benjamin Gardener, un sospechoso capturado por Ridley por robo a mano armada, acusaba a nuestro aspirante a gobernador de pasarse de la raya con su papel de tipo duro durante su arresto.

Según Gardener, Ridley le golpeó la cabeza contra el lateral del coche patrulla repetidamente después de haberlo detenido; después *de que Gardener estuviera esposado.*

El caso, sin embargo, fue desestimado antes de llegar a juicio, ya que varios agentes testificaron que Gardener había provocado la pelea al darle un cabezazo a Ridley.

La segunda perla revela la inclinación de Ridley por los puñetazos durante su tiempo libre. Relatos de testigos presenciales retratan la imagen de un joven agente impetuoso y belicoso que frecuentaba los bares locales y se veía envuelto en trifulcas en más de una ocasión.

En un caso, un hombre llamado Gregory Pentolio presentó cargos por agresión, alegando que Ridley le rompió la nariz en una pelea de bar. El caso nunca prosperó debido a la «falta de pruebas», según los archivos.

Pero según Pentolio, los compinches de Calvin en la policía «mataron el caso».

Estos incidentes de hace décadas nunca vieron la luz de una sala de justicia. Pero en unas elecciones que se tambalean en el filo de la

navaja, incluso un atisbo de escándalo podría inclinar la balanza.

La campaña de Ridley ha negado vociferantemente cualquier irregularidad, calificando las acusaciones como nada más que un desesperado intento de última hora por arrojar fango. Tanto la campaña de Daniels como la de Carter han negado cualquier implicación en la filtración de este material incriminatorio.

En nuestro último sondeo, Ridley sigue a su antiguo jefe, el sheriff Grayson Daniels, por solo tres puntos, y Carter se queda rezagado con el veintiséis por ciento de los votos, todavía a tiro, aunque fuera del margen de error.

Soy Chuck Ferris, su guía a través de la tormenta política, y con el día D de las elecciones acechando, solo el tiempo dirá si estas acusaciones cuajan o si los votantes restan importancia a este teatro de última hora.

Paso contigo, Dana.

El teléfono de Samantha volvió a sonar. Era un número que no reconocía. El mismo número que había llamado durante su charla con Andrea. —¿Dígame?

—Samantha, soy Austin.

—Hola. Estoy en el cuartel general de la campaña de Ridley y las cosas están de locos ahora mismo. ¿Qué pasa?

Austin suspiró. —Pasan muchas cosas, pero primero, ¿cómo están Ridley y la campaña? Admito que no la he seguido mucho.

—Básicamente es un triple empate. Al menos eso muestran nuestras encuestas. Las noticias dicen que Daniels va un poco por delante. Alguien acaba de soltar un montón de trapos sucios sobre Ridley. No es nada demasiado grave, al menos para mí. Apuesto a que sus oponentes tienen esqueletos mucho peores en sus armarios.

Austin soltó una débil carcajada. Parecía cansado. —Y apuesto a que tú vas a encontrarlos.

—Para eso me pagan, pero sé que no has llamado para saber los últimos datos de las encuestas. ¿Qué ocurre?

—He volado hasta aquí usando mi nombre real. He alquilado un coche usando mi nombre real. Después, me he registrado en un hotel y he pagado en efectivo. El único sitio que he podido encontrar que no pedía identificación. Y aun así, un *reportero* me ha

encontrado y, creo, alguien peor que un reportero. Estoy pensando que quizá han rastreado mi teléfono.

La forma en que pronunció la palabra *reportero* hacía que pareciera que estaba describiendo a un terrorista. Samantha conocía la aversión de Austin por los reporteros, excepto por una cierta reportera local llamada Anna, con la que —al menos por lo que Samantha podía decir— Austin había tenido un flirteo intermitente. Iba a preguntarle por ello, pero se dio cuenta rápidamente de lo inapropiado que sería. —¿Supongo que me llamas para preguntarme cómo te han encontrado?

—Sé que hoy en día hay muchas formas de rastrear a la gente.

—Hay muchísimas formas obvias por las que podrían haberte encontrado —interrumpió Samantha—. ¿Has dicho que has alquilado el coche con tu nombre real, con una tarjeta de crédito?

—Sí, pero...

—El reportero podría haber obtenido tu ubicación hackeando tus correos electrónicos, haciéndose pasar por ti por teléfono ante el hotel, rastreando tu matrícula a través de las cámaras de la calle, usando el reconocimiento facial en las grabaciones de vigilancia, o simplemente recibiendo un soplo de alguien del personal.

En el monitor de Samantha, el reportaje de las noticias se estaba reproduciendo en bucle, distrayendo su atención. Podía notar la impaciencia en su propio tono. —Mira, sé que todavía te estás poniendo al día con lo del rastro digital, pero hoy en día, cuando viajas por el país, especialmente para trabajar en un caso de alto perfil, puedes dar por hecho que tus movimientos y datos de ubicación son vulnerables tanto a través de la vigilancia legal como por medios clandestinos turbios. De verdad desearía que hubieras tenido más cuidado para mantenerte fuera del radar.

—Vale, pues ahora me he deshecho de mi móvil, he conseguido un coche temporal, una de esas cosas de QuickCar...

—Que es más difícil de rastrear, pero si han hackeado tus aplicaciones...

—Pero si me he deshecho del móvil.

—Aún pueden rastrear datos *dentro* de tus aplicaciones. El coche en sí tiene un rastreador de ubicación, que se actualiza en los

servidores centrales de las aplicaciones, no solo en tu teléfono. —Se levantó y dio una vuelta alrededor de su silla—. Mira, Austin. Es poco probable que hayan hackeado la empresa de coches. Tendrían que haber sabido que habías usado esa empresa, y estas cosas son en realidad mucho más difíciles de lo que parecen en la tele. Así que probablemente no te estén siguiendo ahora mismo. Pero podrían estar haciéndolo, y tienes que tener más cuidado.

—Me deshaceré del coche pronto. Si quiero pasar desapercibido, ¿qué más debería hacer?

Samantha volvió a sentarse. —No uses tarjetas de crédito, no uses tu nombre real, no le digas a nadie más que estás allí.

Hubo un largo silencio, y luego Austin dijo: —Necesito ayuda.

Parecía agotado, y con menos confianza de la que ella le había escuchado nunca. —¿Con qué?

—Ojalá lo supiera.

8

Austin colgó. *Sí* que necesitaba ayuda, y lo cierto era que no sabía para qué.

Oyó el sonido amortiguado de la televisión a través del suelo. El padre de Fiona era un adicto a las noticias, y Austin no dudaba de que estaría viendo el telediario de la noche.

Bajó y encontró a Sven en el salón, donde, efectivamente, estaba viendo las noticias vespertinas. A pesar de estar en Connecticut, se encontraban lo bastante cerca de la ciudad de Nueva York como para sintonizar sus canales locales.

Sven levantó la vista brevemente y asintió cuando Austin se sentó en el sofá de dos plazas de los *recuerdos de Fiona*, reconociendo la presencia de Austin sin tener que hablar realmente.

A Austin le pareció bien. Se sentía más a la deriva y menos comprometido que nunca. Una vez leyó un libro en el que alguien describía el regreso al hogar de su infancia como una «regresión»: perder las facultades adultas y volver a ser esencialmente un niño, en mente y espíritu, aunque no en cuerpo.

Y aunque este no era *su* hogar de la infancia, se preguntó si no le estaría pasando lo mismo. Nunca se había sentido del todo cómodo allí. Los padres de Fiona siempre habían sido acogedores, por supuesto, pero no se sentía a gusto con su riqueza, con su formalidad.

Y con la ausencia de Fiona, la persona que los mantenía unidos, que los convertía en una familia, ya no sentía ese hilo de conexión que siempre había percibido.

Así que se quedó mirando la televisión, sentado frente a Sven en silencio.

Tras un breve segmento sobre una nueva iniciativa para reducir el número de personas sin hogar en la ciudad y un reportaje sobre el terreno de una gran conferencia de seguridad a la que asistían los gobernadores de Nueva York y Connecticut, las noticias dieron paso a un presentador de rostro sombrío.

—Y ahora, unas noticias inquietantes que nos llegan desde el otro lado del puente, en Nueva Jersey —comenzó el hombre—. El descarado secuestro a plena luz del día de un antiguo agente del FBI ha dejado a su mujer y a sus hijos sumidos en lágrimas y a las fuerzas del orden buscando respuestas a contrarreloj. Myra, ponnos al día con lo último...

La imagen cambió a una joven reportera de pelo largo y negro. Llevaba una chaqueta roja y estaba de pie junto a...

Oh, no, era María, la mujer de Jorge.

—Por favor —dijo la reportera—, cuéntenos qué ha pasado. Acercó el micrófono al rostro de María, que estaba pálido y mostraba surcos de maquillaje arrastrados por las lágrimas.

—Íbamos de camino a Jersey —dijo María—. Habíamos recogido a los niños, cruzamos el túnel y estábamos girando por, oh, no lo sé. Un coche se detuvo detrás de nosotros y otro se paró delante. Estaba planeado. Me ignoraron a mí e ignoraron a mis hijos. Se llevaron a mi marido y... no lo sé.

El rostro de la reportera mostraba una profunda preocupación, aunque a Austin le pareció fingida. —¿Pudo verles las caras o fijarse en los vehículos?

María respondió: —Un SUV blanco y otro negro. Llevaban máscaras. Todo sucedió muy rápido.

La imagen volvió al presentador, que aseguró a los espectadores que seguirían de cerca la noticia y ofrecerían más detalles en cuanto los tuvieran.

Sven suspiró y silenció la televisión. —La delincuencia. La cosa está fatal ahí fuera.

Austin respiró lenta y pausadamente. —Ya —fue lo único que dijo, con la mente a mil por hora y el pecho oprimido. Jorge sabía que estaba en peligro, pero eso no había sido suficiente. El hecho de que hubieran dejado en paz a Maria y a los niños confirmaba lo que Austin sospechaba. No se trataba de asesinos sedientos de sangre; de lo contrario, habrían matado a Jorge y a toda su familia en el acto. Se trataba de una operación profesional, destinada a silenciar a cualquiera que pudiera saber algo. Y Austin no tenía dudas de que torturarían a Jorge hasta que les contara todo lo que sabía.

Al cabo de un momento, se disculpó para subir a la cama. Sven no apartó la vista de la televisión cuando Austin se marchó en silencio, pero Mary estaba en el pasillo, bloqueándole el paso a las escaleras.

—Hay algo que quiero decirte. —Su rostro mostraba un ligero fruncimiento de ceño. Señaló el banco del vestíbulo.

Austin se sentó donde ella le indicó, de frente a la puerta por la que había entrado. Su abrigo seguía en el gancho donde lo había colgado y una parte de él quería cogerlo y salir de allí pitando. Regresar a Nueva York, a Nueva Jersey y... ¿y *qué*? ¿Buscar a Jorge? No tenía pistas, ni ideas. Nada. Seguro que María dio las descripciones pertinentes a la policía y que estos estaban haciendo todo lo posible.

Mary parecía decidida a decirle algo. —Austin. Tommy, mírame.

Ella se quedó de pie frente a él y él levantó la vista.

—Perder a un hijo es el dolor más profundo que se puede sentir —dijo—. Conozco bien esa agonía. Demasiado bien. Pero también conocía a Fiona, y lo mucho que te quería. A veces creo que yo lo veía más que tú. Te prometo esto: ella te está animando a que abraces la vida y vuelvas a encontrar la alegría.

Austin apartó la vista y sus ojos se posaron en un trozo de tela de color rojo intenso que asomaba bajo un mar de abrigos en el perchero. Se concentró intensamente en él para evitar que le saltaran las lágrimas.

—Hacerlo sería honrar su memoria —continuó Mary—. El *vivir* de verdad. Necesito ver su luz brillar a través de ti, saber que su espíritu sigue adelante. Ella querría que fueras feliz. Y Sven y yo también queremos que conozcas la felicidad. —Le agarró de los hombros y su tono se volvió enérgico, aunque no llegó a ser airado —. Ahora es tu *responsabilidad* aferrarte a la vida, no solo por ti, sino por ella y por todos nosotros. Así es como mantenemos vivo su recuerdo.

No esperó su respuesta. Le dio una palmadita en la espalda y se dirigió arrastrando los pies hacia la sala de televisión, desde donde Austin aún oía las voces bajas del telediario.

—Espera —dijo Austin.

Ella se dio la vuelta.

—Ahí en la pared, bajo todos los demás abrigos y bufandas, ¿ese es el chaquetón rojo de Fiona?

Mary se giró, asintió y volvió a mirar a Austin. —Lo hemos dejado ahí todo este tiempo. Quizá ha llegado el momento de que te lo lleves.

Mary apartó unos cuantos abrigos que lo cubrían en el perchero y le entregó la prenda a Austin.

Se le hizo un nudo en la garganta. Le dolía el pecho.

Era un chaquetón de lana fina de un color rojo intenso, que Fiona había llevado durante al menos unos cuantos años.

Y olía a ella.

Austin se sentó en el borde de la cama, con la chaqueta de Fiona extendida sobre su regazo. Las palabras de su suegra daban vueltas por su cabeza, especialmente una frase.

A veces creo que yo lo veía más que tú.

Algo en aquello le golpeó con fuerza, con más fuerza de la que creía que nada pudiera golpearle. Si alguien le hubiera preguntado: *«¿Te quería Fiona?»*, él habría respondido: «Claro. Por supuesto que sí».

Él lo sabía.

¿Pero lo sabía de verdad?

Sentado allí, en la habitación a oscuras, se le ocurrió que no lo sabía, que *nunca* lo había sabido. Había estado dispuesto a creer que ella mantenía un romance con Jorge basándose en unas cuantas cartas incriminatorias y planes de viaje. Por eso, había descartado años de matrimonio, de algo cercano a la felicidad.

Comprendió entonces que, durante todo el tiempo, había sentido que no la merecía. Ella era como un diamante pulido y él, un guijarro en la playa. No había nada malo en ser un guijarro, pero no era un diamante.

Se acercó el abrigo y lo olió y, de repente, Fiona regresó.

No era muy distinto a las veces en que Austin iba a sentarse al fondo de la pequeña iglesia comunitaria de Hansville. Iba allí porque algo en el olor del lugar activaba su sinestesia, le hacía sentir que Fiona estaba presente. Normalmente su sinestesia venía acompañada de sabores y sensaciones. En esa iglesia, sin embargo, Fiona regresaba por algo en el olor; quizá la antigüedad del suelo de madera, mezclada con la pintura, mezclada con... no lo sabía.

Nunca había sido capaz de explicarlo, pero esta vez fue fácil.

Era el olor de ella lo que aún se aferraba a esta chaqueta. Las únicas cosas que conservaba de ella —su máquina de escribir, la placa que había dejado en su escritorio y que ahora colgaba de la pared de su cocina—, ninguna tenía su olor.

Se apretó la chaqueta contra la cara y sintió que las lágrimas empezaban a brotar.

Entonces sintió algo duro, como un botón dentado en el lugar equivocado, pinchándole la cara. Tanteando en la oscuridad, movió los dedos por el cuello, siguiendo la forma. No era un botón. Era largo, estrecho e irregular como... no estaba seguro.

Se inclinó y encendió la lámpara de la mesilla, estudiando el forro oscuro del interior de la chaqueta. Donde estaba el objeto, los hilos no encajaban a la perfección. Las puntadas negras eran un poco más oscuras. Más recientes.

Volvió a pasar las manos por el objeto. A menos que estuviera loco, estaba palpando la forma de una llave.

Con rapidez pero con cuidado, hurgó en la costura con la uña. Luego, cuando hubo aflojado suficientes hilos, la rasgó para abrirla. Una pequeña llave plateada había sido cosida en el forro de la chaqueta, sujeta por un triple lazo de hilo negro a través del agujero del llavero.

Austin la sostuvo en la mano, con la boca entreabierta por la incredulidad.

Recordaba vagamente un viaje que Fiona había hecho para ver a sus padres poco antes de morir. Una semana, quizá dos semanas antes. No lo consideró especialmente significativo en aquel momento. Como estaban tan cerca, a veces Fiona subía desde su apartamento de Nueva York para realizar visitas breves. A menudo Austin la acompañaba, pero no siempre. No cuando estaba ocupado con un caso.

¿Por qué habría cosido una llave en el forro de su chaqueta favorita y por qué la habría dejado después en casa de sus padres? Cien posibilidades pasaron por su mente, pero nada que pareciera plausible.

Se tumbó en la cama, y el agotamiento le golpeó de golpe. Apretando la llave con fuerza, sintió que se quedaba dormido mientras visiones del rostro surcado por las lágrimas de María pasaban por su mente junto a imágenes del vídeo de Javier. Mezcladas con estos recuerdos reales había escenas imaginarias de Fiona entrando por la puerta y colgando su abrigo en el gancho, de ella cosiendo la llave en el forro, de Jorge atado en un maletero en alguna parte o al fondo de un almacén, recibiendo patadas y puñetazos mientras sus captores le exigían que dijera dónde estaba Thomas Austin, junto con cualquier otro que hubiera estado investigando el caso.

Estaba lejos de ser perfecto, pero de lo que sí se enorgullecía era de que nunca se rendía. Tenía una determinación sombría, casi un mantra: en todo lo que intentara aceptaría cualquier cantidad de fracasos, cualquier número de contratiempos. Puede que no siempre tuviera éxito, pero no se detendría. No se detendría *nunca*.

Mientras el sueño le vencía, sus recuerdos y visiones se volvieron más oníricos y se vio a sí mismo bajando de un avión en Seattle, con

Kendall esperándole en el aeropuerto y Run corriendo hacia sus brazos y ladrando de una forma que, de algún modo, comunicaba que no pasaba nada por haberse rendido esta vez, y que no tendría que volver a la costa este nunca más.

9

Una luz gris rosácea se filtraba por la cortina abierta mientras Austin daba vueltas y vueltas a la llave en su mano.

Sentado en el borde de la cama, dejó que su mirada se perdiera por la ventana hacia el agitado océano. Durante medio segundo se imaginó caminando hacia la orilla, permaneciendo allí de pie mucho tiempo, para luego arrojar la llave al mar y decidir de una vez por todas seguir el consejo de Mary: dejar atrás el caso y seguir con su vida.

Era como una escena de una película. Una que Austin no se molestaría en ver.

En lugar de eso, se pasó la llave de una mano a otra, estudiándola.

Tenía una forma peculiar, plana y pequeña, con una cabeza rectangular y apenas tres muescas en el espadín; no era la típica llave de casa.

Desbloqueó su teléfono y escribió —tipos de llaves— en la barra de búsqueda. A pesar de las numerosas imágenes que poblaban su pantalla —llaves de casa, llaves de caja registradora, llaves de coche, llaves ornamentales de habitación de estilo antiguo—, ninguna coincidía con la singular llave que sostenía.

Pensó en por qué Fiona podría tener una llave secreta. ¿Qué estaba ocultando? Buscó llaves de cajas de seguridad, llaves de

taquillas de gimnasio, llaves de cajas fuertes y, finalmente, llaves de apartados de correos.

Mientras se desplazaba por los resultados de esta última búsqueda, una imagen en particular le llamó la atención. Una llave plana, de diseño simplista, con una cabeza rectangular y pocos cortes. El parecido con la llave de Fiona era asombroso.

Pulsó en la imagen, que le llevó a un sitio con información detallada sobre las llaves de los apartados de correos estadounidenses. El sitio revelaba que estas llaves estaban estandarizadas, troqueladas por máquinas especializadas, y que cada una correspondía de forma única a un número de apartado.

Austin se arrodilló junto a la mesilla de noche, sosteniendo la llave bajo la lámpara. Los bordes gastados sugerían un uso frecuente. Pero la llave no tenía marcas, salvo por unos pocos arañazos.

De una cosa estaba seguro: nunca habían tenido un apartado de correos y Fiona jamás lo había mencionado. Era el tipo de cosa que habría recordado simplemente porque era algo totalmente ajeno a su forma de ser.

Entonces, ¿por qué tendría Fiona la llave de un apartado de correos cosida en su chaqueta? ¿Y por qué dejaría la chaqueta donde estaba cosida en casa de sus padres?

La respuesta llegó en cuanto se hizo la pregunta.

Porque había algo importante en él, algo que formaba parte de su investigación, y quería que estuviera lejos de su casa. Lo más probable era que hubiera alquilado el apartado en alguna oficina de correos local aprovechando alguno de sus viajes de fin de semana para ver a sus padres.

Cualquier idea de volver a casa se desvaneció en un instante. Sabía lo que tenía que hacer a continuación.

Abajo, el hermano de Fiona, James, estaba desayunando solo. —¿Te importa si me sirvo una taza de café? —preguntó Austin,

señalando la cafetera de émbolo a medio llenar que había sobre la mesa.

James levantó la vista de su periódico. —Faltaría más. Y coge un muffin también.

—Gracias. —Austin se sentó y se sirvió café y un muffin—. Mary y Sven están...

—Han salido a caminar —dijo James—. Cinco kilómetros cada día. Como un reloj.

A Austin le pareció bien. No quería involucrarlos más de lo que ya lo había hecho y, por muy maleducado que resultara, planeaba marcharse de inmediato, sin despedirse. —¿Olive sigue durmiendo?

James dobló el periódico y lo dejó sobre la mesa. —Está llegando a esa edad en la que paso de desear que se quede en la cama para poder hacer cosas a desear que se levante para que no se le pase la vida durmiendo.

Austin no sabía qué decir, así que soltó: —Ser padre debe de ser difícil. Yo apenas puedo con la crianza de un perro.

—Dicen que tener hijos es como arrancarte el corazón y ver cómo camina fuera de tu cuerpo. —Sacudió la cabeza—. Lo que no te dicen es que también descubres que no tienes ningún control sobre tu corazón. Ni nunca lo tuviste.

Comieron y bebieron café en silencio durante un rato; después, Austin preguntó: — ¿Cuándo fue la última vez que viste a Fiona?

James le lanzó una mirada extraña. —¿Por qué?

—Curiosidad, nada más.

James negó con la cabeza. —Sigues intentando resolverlo, ¿verdad?

Austin se encogió de hombros. La verdad era que intentaba averiguar si James sabía algo sobre su último viaje a casa de sus padres o, mejor aún, sobre la llave.

James miró alrededor de la casa silenciosa, de repente, nervioso, como si alguien pudiera estar escuchando a hurtadillas. —Me prometí a mí mismo, se lo prometí a ella, que nunca diría nada.

Austin se quedó helado y levantó la vista. —¿Decir nada sobre qué?

Una expresión de dolor cruzó el rostro de James y se pasó una mano por su espeso pelo rubio. —El submarino.

Austin se levantó y se sirvió más café y luego se sentó en la silla justo al lado de James. —¿Por qué lo prometiste, *qué* fue lo que prometiste? James, por favor, dime lo que sepas.

James presionó dos dedos contra su plato, pegando trozos de miga de muffin húmeda a las yemas y dejándolos allí. Austin sabía que tenía varios tics nerviosos y, a pesar de estar cerca de los cuarenta, jugar con la comida era uno de ellos. —La última vez que vi a Fiona fue un par de semanas antes de que muriera. Yo estaba aquí con Olive y Fi apareció sin avisar, diciendo que venía a cenar. Todavía no sé muy bien por qué estaba aquí, pero escuché una llamada que recibió. Estaba paseando fuera, en el césped, y yo estaba arriba con la ventana abierta. Ya sabes cómo somos los hermanos. Podía *notar* que, por su voz, algo iba mal. Mencionó un submarino de la Armada. El USS Sea Prowler. A la mañana siguiente se lo pregunté como quien no quiere la cosa. Me dijo que no era más que algo del trabajo. Insistí un poco porque estamos cerca de la base naval, así que sumé dos y dos. —Se quitó las migas de los dedos, devolviéndolas al plato—. Naturalmente, empecé a preguntarme qué demonios podía tener que ver su trabajo de ayudante del fiscal del distrito en Nueva York con la Armada, pero me dio con la puerta en las narices.

Austin intentó mantener la calma, pero sentía un arranque de curiosidad y también de ira. —¿Por qué no me dijiste esto antes?

—Me hizo prometer que no se lo diría a nadie. Dijo que no era para tanto, pero que era confidencial, por el trabajo. Sinceramente, la había oído recibir llamadas de trabajo antes y no me pareció tan inusual. Siempre estaba estresada por algo del despacho. Cuando la policía me interrogó después de su muerte, lo mencioné. Supongo que no sirvió de nada.

Olive llamó a su padre desde la otra habitación. Austin no pudo distinguir bien las palabras, pero creyó que decían: —¡Papá! ¡Comida! Zumo de naranja.

—La reina se ha levantado —dijo James, sonriendo a Austin, medio avergonzado—. Luego respondió, gritando: ¡La comida está

lista aquí dentro, cielo!

—¡No quiero *sopa* para desayunar! —gritó Olive canturreando.

James continuó, dirigiéndose ahora a Austin: —En ese mismo viaje, antes de que Fiona se fuera, prometió llevar a Olive a las atracciones de Coney Island. —Su voz no denotaba tristeza. Era una simple declaración de hechos, como si ya hubiera procesado todas sus emociones o hubiera logrado reprimirlas para siempre.

Austin se levantó. No había nada más que decir.

La oficina de correos local abría en veinte minutos y tenía la intención de estar allí cuando abriera.

10

—Lo siento, señor, pero sin la documentación debida, sencillamente *no podemos* ayudarle.

Austin miró con los ojos entrecerrados al empleado de correos tras el mostrador. Estaba en la veintena, con una cara redonda y carnosa que a Austin le resultaba cada vez más difícil no querer abofetear. —Pero tengo la llave, tengo...

—Por favor, apártese, señor, se está formando cola detrás de usted.

No servía de nada.

Ya lo había intentado en otras tres oficinas de correos y en cada una le habían dado la misma respuesta. Sin el número del apartado, necesitaría un certificado de defunción y otros documentos que demostrasen que era el albacea del patrimonio de Fiona. Luego tendría que rellenar un formulario y esperar de dos a tres semanas para obtener acceso al apartado.

Sin eso, y sin saber a qué apartado correspondía la llave, ni siquiera le confirmarían que Fiona *tuviera* un apartado de correos.

Golpeó la llave contra el mostrador, decidido a no descargar su frustración con aquel hombre. —Gracias.

Fuera, tuvo una idea. Anoche no sabía cómo podría ayudarle Samantha, pero hoy sí. Suponiendo que Fiona hubiera alquilado el apartado de correos a su nombre, y que estuviera en algún lugar de

la zona, quizá Samantha o su novio hacker tuviera alguna forma de localizarlo. Si conocía el número y la sucursal, podría entrar directamente y abrirlo.

Se había deshecho de sus teléfonos desechables a medio usar, así que caminó hasta la tienda de electrónica de la esquina y compró otro en efectivo. Marcó el número de Samantha de memoria y, cuando la llamada saltó directamente al buzón de voz, le dejó un mensaje explicando la situación y pidiendo ayuda.

A continuación, planeaba averiguar todo lo posible sobre el USS Sea Prowler. Sacó su portátil del maletero del coche y se sentó en una mesa de metal frente a un Starbucks, conectándose a su red wifi.

Antes de que pudiera realizar una búsqueda, apareció un correo electrónico.

Llámame cuanto antes.

Era de Kendall.

Cuando Austin marcó su número desde su teléfono desechable, ella descolgó de inmediato, con voz aguda y tensa. —¿Austin? ¿Por qué no coges el teléfono?

—Tuve que deshacerme de él y...

—No importa. Run está enferma. Estoy yendo al veterinario ahora mismo y...

Austin se puso en pie, pero inmediatamente se sintió mareado y volvió a sentarse como si le hubieran dado una patada en el estómago. —¿Qué ha pasado?

—Todo estaba bien esta mañana, hemos dado nuestro paseo como de costumbre, ha comido, ha jugado con Ralph, pero unas horas después, estaba encogida en la cocina, gimoteando. Tenía el abdomen duro, hinchado, como si fuera un timpanismo grave o algo así. Ha hecho un amago de morder cuando he intentado tocarla. Era evidente que sentía dolor.

Austin tragó saliva con dificultad. —¿Estás conduciendo ahora mismo? —Había oído el sordo ruido de fondo que solía acompañar a las llamadas a través de los altavoces del coche.

—Voy de camino al veterinario de urgencias. Ha vomitado dos veces durante el trayecto. Estoy muy preocupada. Su respiración es

rápida y superficial. Sus ojos... están vidriosos, Austin. He llamado al veterinario hace unos minutos para decirles que voy y creen que podría ser una pancreatitis aguda. O tal vez simplemente ha comido algo que no debía y...

—¿*Ha* comido algo que no debía? Ya sabes que los corgis comen casi cualquier cosa si no tienes cuidado.

—No lo... no lo sé. No lo creo.

—Lo siento —dijo Austin—. No pretendía... —Soltó un largo suspiro—. Es que estoy preocupado.

Recordó cuando Run era un cachorro y se comía palos, arena, basura, cualquier cosa a su alcance. Fuera lo que fuese ese rasgo que tienen algunos perros que les impide comer cosas peligrosas para ellos, Run no lo tenía. Con el tiempo, había mejorado mucho, pero él seguía vigilándola y se aseguraba de no dejar nada por ahí que pudiera hacerle daño. —¿A cuánto estás y han dicho algo más?

—Han dicho que es urgente, que su vida peligra si no actuamos rápido. Estoy a cinco minutos y...

Austin oyó el claxon de un coche, y luego Kendall refunfuñó unos cuantos insultos.

—Perdona —dijo ella—. Ya casi he llegado. Tengo que colgar. Te mantendré informado, Austin. Prometo llamarte a este número en cuanto haya noticias. Responde al teléfono a partir de ahora, ¿quieres?

Se cortó la comunicación.

Austin no recordaba la última vez que se había tomado una cerveza antes del mediodía.

La bebió a sorbos lentos, intentando respirar, tratando de calmarse. Había encontrado un discreto restaurante italiano cerca de donde había aparcado su coche y se había sentado fuera, en una mesa bajo un toldo. La anfitriona le había advertido de que hacía demasiado frío para sentarse fuera, pero no le importó.

Sorbía su cerveza y la deslizaba de un lado a otro sobre el mantel de cuadros rojos y blancos; luego cerró los ojos con fuerza, recordando el día en que había traído a casa a su pequeña cachorrita de corgi, antes incluso de que tuviera nombre.

Tenía ocho semanas y era la más pequeña de la camada, pero algo en su personalidad le dijo que ella era la que debía llevarse a casa. En el momento en que la dejó en el suelo de la cocina, antes incluso de que tuviera tiempo de cerrar la puerta, salió disparada como una bala, recorriendo su apartamento como si estuviera entrenando para las carreras anuales de corgis en el descanso de un partido de los Seahawks.

Aquella enérgica bola de pelo había dado vueltas a toda velocidad alrededor de su desgastado futón mientras la lluvia tamborileaba contra las ventanas empañadas que daban a la playa. Austin se esforzó por acorralarla, pero ella trazaba ochos a toda prisa. Era un borrón escabulléndose bajo mesas y sillas.

Tras cinco minutos de aquella persecución frenética, Austin se desplomó en el suelo, agotado. La cachorra saltó sobre él, dando la vuelta para lamerle alegremente la cara, sin afeitar desde hacía varios días. Austin se rió entre dientes, recuperando el aliento mientras ella le presionaba el pecho y la cara con las patas.

Entonces se le ocurrió.

—Run —dijo—. Así es como te llamaré. ¡Run!

Era movimiento perpetuo. Energía y optimismo incesantes.

Así que se quedó con *Run*. Y estuvo a la altura de su nombre cada día, manteniendo a Austin activo con su descaro de cachorra y su velocidad de Usain Bolt. No importaba lo mal que se pusieran las cosas, cada vez que ella salía disparada por la playa, con las chapas tintineando, Austin negaba con la cabeza y sonreía.

Ahora no sonreía. Tampoco fruncía el ceño.

Primero Javier, luego la desaparición de Jorge.

Luego la llave. Luego el submarino.

Ahora Run. Ella siempre le había proporcionado una serie de tareas que podía manejar: alimentar, pasear, amar, repetir. Y más que eso, había sido una amiga con la que podía contar. Y ahora él

estaba a cinco mil kilómetros de distancia, completamente impotente.

Una de las cosas que más molestaba a Austin era la autocompasión. Incluso cuando las cosas estaban en su peor momento, sabía que él —y la mayoría de la gente que conocía— estaba mejor que la mayoría de las personas que habían vivido jamás. Había estudiado historia y comprendía lo mal que lo habían pasado la mayoría de los seres humanos durante casi todo el breve tiempo de la humanidad en la Tierra.

Y, sin embargo, en este momento no podía evitarlo. Se encontró sorbiendo su cerveza, presa de la autocompasión. Se encontró preguntándose por qué. Por qué estaba pasando todo esto ahora, y precisamente a él.

Entonces pensó en lo que James decía sobre ser padre. Cuidar de Run era lo más parecido a criar a un hijo que había experimentado. Y ahora comprendía lo que James quería decir con eso de tener el corazón fuera del cuerpo y no poder controlarlo.

Dio otro trago a su cerveza y se hundió más en la autocompasión.

Fiona había sido su corazón caminando fuera de su cuerpo y, cuando la muerte se la llevó, se quedó con un vacío. Run, junto con las playas de Hansville, habían hecho todo lo posible por llenarlo. Pero el pequeño café había sido lo único que realmente estaba bajo su control desde que perdió a su mujer.

No había sido suficiente.

La idea de que Run sufriera algún daño era insoportable. Pero el vacío que dejó la muerte de Fiona no podrían llenarlo ni mil corgis.

Austin terminó su cerveza, pagó y volvió al coche.

Intentó enviar varios mensajes de texto a Kendall, pero ella no respondía. No podía hacer nada para ayudar a Run desde donde estaba ahora.

Lo único que podía hacer, lo único que se le ocurría, era seguir adelante.

No, no podía ayudar a Run, pero tal vez pudiera hacer algo para descubrir quién mató a Fiona. Para ello, tenía que averiguar por qué estaba interesada en el submarino de la Marina, el USS Sea Prowler.

Y tenía una idea de por dónde empezar. Apenas se había percatado de la mención de la enorme conferencia de seguridad cuando apareció fugazmente en las noticias la noche anterior.

Pero conocía a alguien que casi con toda seguridad estaría allí. Y esperaba que ella todavía le considerase un amigo.

11

Nada más entrar en el vestíbulo del hotel, Austin tuvo la sensación de que lo observaban. Y lo más probable era que así *fuera*. La seguridad era estricta, tanto en forma de vigilancia electrónica como de guardias de seguridad privada armados que reforzaban al personal habitual del hotel.

Antes de ir en coche, se había informado un poco sobre el congreso. Primero, comprobó la lista de ponentes y confirmó que la persona de la que necesitaba ayuda estaría allí. Luego encontró el formulario de inscripción, que era mucho más complicado que el de una conferencia normal y corriente.

Le había llevado una hora inscribirse por internet para obtener un pase de un día, y luego otra media hora para pasar el control de seguridad al registrarse. Aunque el evento estaba abierto a cualquiera, cada asistente tenía que superar una comprobación de antecedentes debido a la presencia de políticos y altos cargos de las fuerzas del orden.

El Simposio de Seguridad Triestatal, o *T3S*, era el mayor encuentro de este tipo en el noreste. Celebrado semestralmente en el prestigioso hotel Marina View Grand en New Haven, Connecticut, el T3S se encontraba cerca de la base naval de submarinos de Groton.

El evento reunía a los mandos policiales de Connecticut, Nueva York, Nueva Jersey y Massachusetts. El programa especializado ofrecía presentaciones y talleres sobre tecnologías emergentes de prevención del delito, amenazas de ciberseguridad, avances en medicina forense y estrategias antiterroristas. Era un centro de conocimiento donde las mentes más brillantes en seguridad y defensa compartían ideas y avances.

El propósito del T3S era la unidad. Fomentaba la cooperación entre agencias que normalmente operaban de forma independiente. El congreso era una ocasión perfecta para establecer alianzas y colaboraciones y compartir inteligencia. Como rezaba el lema de la enorme pancarta del vestíbulo del hotel: «Juntos somos más fuertes».

El simposio también contaba con una amplia sala de expositores. Los proveedores exhibían lo último en drones, blindaje corporal, dispositivos cifrados, sistemas biométricos y otras tecnologías policiales de vanguardia. Un mercado de innovación, gran parte del cual hacía que Austin se sintiera cada día más desfasado.

Pero era en ese mercado en el que estaba entrando Austin.

El cavernoso pabellón de exposiciones tenía techos altísimos y estaba lleno de cientos de mesas y puestos de proveedores que mostraban las últimas tecnologías para las fuerzas del orden. Drones de vigilancia, dispositivos de comunicación cifrados, unidades robóticas de desactivación de explosivos, sistemas de imagen 3D de vóxeles, simuladores de RV para entrenamiento con armas de fuego y software avanzado de escaneo de multitudes y detección de amenazas. El lugar lo tenía todo y le dejó a Austin con una sensación extraña.

Una parte de él disfrutaba viendo todos esos dispositivos nuevos y sofisticados, pero le hacía echar de menos ser un oficial uniformado. Otra parte de él deseaba estar de vuelta en la playa con Run.

Run.

Había decidido confiar en que Kendall estaba haciendo todo lo posible —¿qué otra opción tenía?—, pero aun así consultaba el

teléfono cada par de minutos para asegurarse de no haber perdido ninguna llamada o mensaje de ella.

A su alrededor, los asistentes deambulaban por los pasillos, algunos probando nuevo equipo táctico, como chalecos antibalas y cascos, otros examinando herramientas forenses de vanguardia para la investigación de la escena del crimen y la recogida de pruebas. El pabellón era un hervidero de acuerdos, contactos y demostraciones de productos innovadores y, para cuando Austin llegó al final, estaba mareado y ansioso por encontrar a su amiga.

—Vaya, pero si es mi némesis de mandíbula cuadrada, sin humor y aburrida como ella sola.

Austin se giró para ver a una mujer que aparentaba unos treinta años, con el pelo corto, rapado por los lados y morado por arriba. Estaba claro que se dirigía a él, pero no la reconoció. Sin duda, *no* era a quien había venido a ver.

Ella se puso de pie. —¿Thomas Austin? ¿Verdad?

Él asintió.

—¿No me reconoces?

—Lo siento, yo...

Ella se cruzó de brazos. —*Tú* eres la razón por la que fui a la cárcel.

Él ladeó la cabeza. —Soy la razón por la que mucha gente fue a la cárcel.

—Pensé que habías tirado la toalla y te habías ido al oeste cuando mataron a tu mujer.

Austin ya estaba al límite, y aquel comentario lo hizo estallar. Con dos zancadas rápidas se plantó ante su mesa, inclinándose sobre una exposición de táseres y casi escupiendo las palabras: —No sé quién demonios eres, señora, pero no vuelvas a mencionarme a mi mujer. ¿Entendido?

Ella se echó hacia atrás y levantó un táser de mango negro, apuntándole, pero con una sonrisa astuta para que supiera que no iba a disparar. —Mara Graves, y no te preocupes, el seguro está puesto —dijo con un guiño.

Austin abrió mucho los ojos. La recordaba de hace quizá diez años. Cuando la había pillado ejerciendo de intermediaria en

acuerdos ilegales de tecnología de misiles entre fabricantes estadounidenses y naciones de Oriente Medio, había remitido su caso al FBI. Finalmente, los fiscales federales del Distrito Sur la habían trincado.

No había seguido el caso de cerca, pero, por lo visto, estaba fuera de prisión y trabajando para una empresa especializada en táseres.

Como si leyera su mente, ella dijo: —Conseguí una reducción de condena por dar información sobre otros proveedores. Ahora voy por el camino recto. —Miró por encima del hombro de él y añadió—: Mi jefe está por allí. Toma. —Le entregó el táser—. No te preocupes, el seguro está puesto. Pero deja que te suelte el rollo para que no me despidan. Haz como si te interesara.

Su voz cambió ligeramente a un tono de ventas ensayado y cantarino. —Este es nuestro nuevo modelo de pistola de descarga Hornet, el táser de consumo compacto más potente del mercado. Gracias a nuestra tecnología patentada de microbatería de iones de litio ultradensa, el Hornet genera hasta un veinte por ciento más de voltaje que las pistolas de descarga estándar, proporcionando una descarga incapacitante más fuerte. Y sus puntas de electrodos de enfoque recién diseñadas ofrecen una mayor precisión. Su forma ergonómica maximiza la portabilidad para llevarlo oculto, mientras que el interruptor de seguridad y los indicadores LED de batería baja hacen que su manejo sea seguro y sencillo. Si quieres potencia para detener en seco a un asaltante, el Hornet es tu pistola de descarga. —Soltó un suspiro—. Gracias. Ya se ha ido. Y bien, ¿qué te trae de vuelta al noreste?

Haberse cruzado con ella allí hizo que Austin lamentara haber venido. Se le había pasado por la cabeza que podría encontrarse con alguien de su pasado, pero se había convencido a sí mismo de que, al ser una visita rápida, sería poco probable.

—Tengo que ir a una charla —dijo—. Intenta no meterte en líos.

Ella le entregó una tarjeta de visita. —También me alegro de verte. Llámame algún día. Puedo conseguirte un veinte por ciento de descuento en uno de estos pequeñines.

Austin encontró la sala 104 en la esquina y se quedó al fondo. Eran casi las dos de la tarde y la charla debería de estar terminando.

La sala estaba solo a media capacidad y parecía que la ponente estaba concluyendo. Por lo visto, el tema de la conferencia no era de los más populares: *Mejores prácticas para la recopilación de pruebas y ciberforense en entornos marítimos.*

Estaba tal y como la recordaba: alta, con el pelo largo y liso, negro, y una forma de hablar directa y sin adornos, acompañada de algún que otro toque de humor seco. —He repasado cómo los entornos marítimos plantean desafíos únicos para la ciberforense (problemas de conectividad, de jurisdicción, diversificación de sistemas), así que me gustaría concluir con algunas reflexiones sobre la ciberforense en general. Este campo consiste en seguir las migas de pan digitales que dejan los criminales. A medida que los hackers y los estafadores en línea se vuelven más sofisticados, las fuerzas de seguridad necesitan las herramientas y los conocimientos para localizarlos. Los analistas forenses peinan montañas de datos para identificar esas pistas. Como si montáramos un rompecabezas, unimos archivos borrados, mensajes cifrados y registros de actividad de red. Suena divertido, ¿verdad?

Hubo algunas risas de cortesía entre el público y la ponente sonrió antes de continuar. —Cualquier cosa que pueda ayudarnos a reconstruir lo que ocurrió en la comisión de un delito concreto. Por supuesto, esos datos no sirven de mucho en un tribunal a menos que los respaldemos con una recopilación y manipulación de pruebas impecables, verificación criptográfica y testimonios. Pero con el aumento de la ciberdelincuencia, estas habilidades forenses son ahora de vital importancia, ya sea en el mar o en tierra. Tenemos que iluminar los rincones sombríos de la red donde se producen todo tipo de actividades ilegales. Pensad en este trabajo como el CSI de internet. Solo que, ya sabéis, con muchos más memes de Reddit y sarcasmos de Twitter.

El público se rió de verdad con eso, e incluso Austin soltó una carcajada.

Era una buena oradora y, en circunstancias normales, él habría lamentado haberse perdido la mayor parte de su charla. Pero no estaba allí por la información. Estaba allí porque ella tenía una conexión con la Marina que podría ofrecerle alguna información sobre el USS Sea Prowler.

Cuando terminó, Austin esperó al fondo mientras unos cuantos rezagados hacían preguntas adicionales o intercambiaban tarjetas de visita con ella. Cuando el último asistente se marchó, ella se dirigió a la puerta, pero se detuvo al verlo allí de pie, apoyado en la pared.

Austin no esperó a que se acercara. Fue directamente hacia ella. —Symone Aoki, me imaginé que te encontraría aquí.

—¡Dios mío! Pero ¿qué...? ¿Austin? ¿Qué haces aquí? —Se acercó y le dio un abrazo—. ¿Has vuelto a las fuerzas del orden? ¿De vuelta en la costa este?

—No, en realidad he venido aquí a buscarte.

—No te veía desde... bueno...

Él lo sabía.

Ambos lo sabían.

12

El patio ajardinado era un oasis escondido en el centro de las instalaciones de convenciones del hotel. Senderos de piedra serpenteaban entre arbustos y árboles cuidados, muchos de los cuales lucían los tonos anaranjados y rojizos del otoño. Los arces y los robles extendían sus ramas medio desnudas hacia el cielo abierto, mientras la luz del sol de la tarde se filtraba a retazos.

A medida que Austin se abría camino por un sendero, las voces de la convención se desvanecieron en el fondo, reemplazadas por el suave goteo de las fuentes y el susurro de la brisa entre las hojas. Setos esculpidos creaban pequeños rincones privados por todo el patio. En uno de ellos, un banco de piedra reposaba rodeado de arbustos con unas pocas flores tenaces que aún florecían a pesar del frío.

—No voy a fingir que no estoy aquí para pedirte un favor —comenzó él—. Y tampoco voy a fingir que no estoy desesperado.

—Vale —dijo Sy—. Pero…

—Será más fácil si simplemente me dejas hacer el ridículo antes de que me rechaces.

Ella ladeó ligeramente la cabeza hacia él, con expresión inquisitiva, pero no dijo nada.

—Eso ha sonado mal —dijo él—. No me interesa salir contigo, yo…

Al notar la expresión de su cara, se interrumpió. —Lo siento, eso también ha sonado mal. Quiero decir que no estoy aquí *en este momento* intentando salir contigo. Necesito ayuda con un caso.

—Es sorprendente que no te dedicaras a la oratoria de forma profesional —dijo Sy, riendo—. Pero en serio, relájate.

El olor a tierra húmeda y hojas secas flotaba en el aire fresco. Mientras paseaban por una curva del camino protegida por las ramas de un sauce, sus ramas colgantes les rozaron los hombros. Siguieron el sendero rodeando una fuente burbujeante, con una ballena de piedra en el centro que vertía agua sobre la figura de lo que parecía ser un dios griego. —¿Ese es Poseidón? —preguntó Austin.

Sy se encogió de hombros. —¿Es eso lo que has venido a preguntarme?

Austin se detuvo y se sentó en un banco de madera. Sy también se sentó.

Él la miró a los ojos, esperando que la intensidad del breve tiempo que habían pasado juntos hiciera que ella le concediera el beneficio de la duda. —El USS Sea Prowler.

Observó sus ojos, que no revelaron nada.

—Tengo razones para creer que hay alguna conexión entre ese submarino en particular y un caso enorme, una…

—Vi la noticia en el *Times*, sobre tu mujer. Fiona, ¿verdad?

Austin asintió.

—Lo vi. ¿Es por eso por lo que estás aquí?

Él asintió de nuevo.

Sy miró hacia arriba, pensativa. —¿Has encontrado algo que te haga pensar que el Sea Prowler está relacionado con su asesinato?

—Con una operación conjunta entre el FBI, el NYPD y su oficina, la Fiscalía del Distrito de Manhattan. Con el caso que hizo que la mataran. Esa noticia fue solo el comienzo de una nueva fase. Al menos una persona relacionada con el caso ha muerto en los últimos días. Otra, un amigo mío, ha desaparecido. No sé cuántos otros están muertos, pero dudo que esa cifra sea cero.

Ella se levantó y luego se cruzó de brazos. —Espera, ¿has venido al congreso solo para ver si te ayudaba gracias a mis contactos en la Marina?

Él intentó sonar desenfadado. —Bueno, la última vez que trabajamos juntos salió súper bien, ¿te acuerdas?

Ella frunció el ceño. —La última vez acabé en el hospital. —Se ruborizó y Austin supuso que estaba pensando en lo mismo que él.

Después de una investigación de varios días que casi los llevó a ambos a la tumba, se habían *besado* en el hospital. Un beso que se vio interrumpido por un disparo.

Una vez resuelto el caso, él había asumido que podrían tener una cita de verdad. En cambio, ella le había dicho que la habían trasladado de nuevo a Massachusetts. Aunque se habían enviado algunos mensajes de texto desde entonces, ninguno de los dos tenía el tiempo ni la energía para una relación a distancia, y Austin ahora suponía que ambos se habían dejado llevar por el momento.

—Te voy a ahorrar algo de tiempo —dijo Sy—. No.

Austin se había dicho a sí mismo que solo se lo pediría una vez. Odiaba pedir ayuda, odiaba suplicar, y no solo porque fuera embarazoso. Odiaba ponerla en la posición de hacer algo fuera de los límites de su trabajo. Algo que pudiera comprometer su puesto en la Marina.

—Gracias de todos modos. —Austin se puso en pie y se metió las manos en los bolsillos—. Por cierto, tu charla ha estado bien. Eres más graciosa de lo que esperaba. Tú eres la que debería haberse dedicado a la oratoria de forma profesional.

Ella arrugó un poco la nariz. —Se suponía que no te rendirías tan fácilmente.

—¿Yo… qué?

—En mi mente, que está un poco hiperactiva ahora mismo debido a las dos Coca-Colas Light que me he metido entre pecho y espalda para animarme antes de la charla, te imaginaba dándome algún discurso preparado sobre cómo, si fuera la muerte de mi marido lo que estuviera investigando, tú me ayudarías. —Parecía avergonzada, y Austin se dio cuenta de que la estaba mirando de una forma extraña—. En fin, por ahí se me ha ido la cabeza y luego me he imaginado a mí misma accediendo a ayudarte porque, es cierto, si fuera mi marido —y si su muerte fuera algo más que un trágico accidente—, no creo que yo fuera capaz de dejar de

investigarlo tampoco. —Caminó hasta el sauce y tiró suavemente de una de las ramas, luego se giró para mirarlo—. Pero quería que tuvieras que convencerme.

—Todavía podría hacerlo. Si eso ayudara.

—Qué va, saltémonos todo eso. —Miró su reloj, una fina correa plateada con números que él no alcanzaba a distinguir—. Tengo algunas cosas que hacer. Reúnete conmigo en la entrada a las seis.

PARTE II

UNA ANGUSTIA MUY ESPECIAL

13

Situada a lo largo del río Támesis, en el sureste de Connecticut, la extensa Base Naval de Submarinos de New London abarcaba más de 275 hectáreas y empleaba a más de nueve mil personas.

Establecida en 1868 y sede de quince submarinos de propulsión nuclear, así como de la Unidad de Entrenamiento de Energía Nuclear de la Marina, New London era el principal centro de submarinos de la costa este para la Marina de los EE. UU. Su ubicación, cerca de las interestatales 95 y 395, permitía despliegues rápidos de submarinos por toda la costa atlántica y más allá.

De niño, Austin había vivido allí con sus padres durante un año. La recordaba más como una ciudad pequeña porque incluía instalaciones como un complejo de apoyo administrativo, una capilla, un economato y un hospital. Pero al acercarse después de la puesta de sol, nadie lo habría adivinado.

Cuando Austin se detuvo ante la anodina puerta de entrada, el lugar parecía tranquilo, incluso pacífico.

Sy se inclinó sobre la consola central y entregó su identificación al guardia uniformado en la garita de seguridad; luego pasó unos minutos rellenando un formulario de visitante.

Tras pasárselo a Austin, quien a su vez se lo entregó al guardia, ella dijo: —Supongo que el comandante James Kellermen habrá avisado de esto.

El guardia asintió.

Austin le entregó su identificación y luego subió la ventanilla. —Te agradezco esto.

—El segundo al mando me debía un favor. Mientras te quedes conmigo y no salgas del edificio de registros, no habrá problemas. Solo debería llevarnos unos minutos. Ya que eres un antiguo agente de la ley con un expediente limpio... espera, *tienes* el expediente limpio, ¿verdad?

Austin sonrió. —Bueno, estuvo aquel coche que robé a finales de los noventa. Me cayeron dos años por eso. Luego me junté con malas compañías y me pillaron contrabandeando aguardiente en las colinas de Arkansas. Además de un par de cosas más. Así que, aparte de los cinco o seis delitos graves que cometí de joven, estoy limpio.

Ella se rió entre dientes. —Sí, me refería a *aparte* de esos. En fin, he tenido que soltarle una mentirijilla al comandante Kellermen: que te traía para una entrevista sobre un caso pendiente. Pero no debería haber problema.

El guardia se asomó desde la cabina y golpeó el cristal y luego le entregó a Austin un pase y les indicó que pasaran.

Sy le guió hasta el aparcamiento y él estacionó frente a un edificio con un pequeño cartel que rezaba: *Archivos*.

Sy dijo: —Empezaremos con los registros físicos, ya que la digitalización aún está en proceso. Es raro, pero a veces es más fácil encontrar cosas en papel.

A Austin esto no le pareció muy lógico, pero era el terreno de ella y sabía lo que hacía.

El exterior del edificio era de ladrillo rojo con franjas de hormigón gris, con una precisión militar visible en las ordenadas hileras de ventanas. La bandera estadounidense, iluminada desde abajo y ondeando contra el cielo oscuro en lo alto de un mástil, aportaba un toque de color a aquel entorno, por lo demás austero.

Sy se detuvo al pie de la escalera. —Tenemos que ser más específicos. En un submarino de ese tamaño, hablamos de cientos de miles de páginas de registros. Diarios de a bordo. Expedientes de

personal. Registros de mantenimiento. Registros de despliegue. Registros de comunicaciones. Informes de incidentes.

—Empecemos con los informes de incidentes —dijo Austin—, ya que es lo más probable que ella pudiera oír. Entre 2015 y 2020, supongo; los años anteriores a que Fiona empezara a investigar. Pero podría ser de más atrás. ¿Y hay alguna forma de clasificarlos por gravedad? Dos marineros peleándose por una novia o por una partida de cartas no es el tipo de cosa que le habría interesado.

Sy frunció el ceño. —Que yo sepa, no. Esto podría ponerse difícil.

Dentro del edificio de archivos, Sy se dirigió a una pequeña cabina que custodiaba la entrada a un largo pasillo. —Hola, Graber, ¿cómo ha ido el partido de sóftbol?

El hombre tras la ventanilla no se levantó ni bajó los pies de la mesa. —Perdimos. Siete a tres.

Ella hizo una mueca. —Qué mal. Con lo bien que lanzas, estaba segura de que los aniquilaríais. Te dije que no salieras de copas la noche anterior.

—No perdimos por eso.

Ella ladeó la cabeza con fingida compasión. —¿Es solo porque eres malo, entonces?

—Cállate —dijo él, sonriendo—. Ya les daremos para el pelo el año que viene. ¿Quién es este?

Austin pasó la mano por debajo de la ventanilla. —Thomas Austin —dijo.

—Está aquí para hablar conmigo sobre un incidente antiguo. USS Sea Prowler. Pero primero buscamos cualquier incidente relacionado, así que necesitamos registros de cualquier altercado importante durante el despliegue del Sea Prowler a partir de 2020 y, bueno, de ahí hacia atrás. Entiendo que estos informes pueden no estar clasificados por gravedad. ¿Podrías guiarme a la sección correspondiente o darme algún consejo para identificar los incidentes más graves?

Graber se levantó y miró a Austin. —Síganme —dijo—. Es un intervalo enorme para no ser más específicos, pero les ayudaré a empezar.

Recorrieron pasillos estrechos flanqueados por estanterías imponentes de dos pisos de altura, de madera oscura y marcada por el tiempo. Los movimientos de Graber eran ahorrativos, como si intentara gastar la mínima energía posible, o quizá solo estuviera cansado del partido de sóftbol.

Llevándolos hasta una pesada mesa de madera situada bajo la luz de un par de lámparas, dijo: —Siéntense. Luego cruzó una cancela baja hacia el interior del archivo.

Sy guardaba silencio y Austin tamborileaba con los dedos sobre la mesa, más nervioso de lo que quería admitir. Pulida por décadas de uso, la superficie brillaba como el cristal, grabada con espirales y marcas que sugerían los años de toma de notas que habían trazado patrones en la veta de la madera.

Unos minutos después, Graber regresó; el carrito de biblioteca chirriaba bajo el peso de una docena de carpetas gruesas. Sus etiquetas destacaban, nombrando al USS Prowler y proclamando el periodo de años contenido en aquellas páginas. Dejó las primeras cuatro carpetas con un golpe sordo. —Esto es de 2017 a 2020. Tómense su tiempo. Traeré el resto.

Con un gesto de asentimiento, Sy abrió la carpeta; el susurro nítido de las hojas al pasar era el único sonido en la sala silenciosa. Cuando Graber se hubo marchado, Sy también le deslizó una carpeta a Austin.

Austin empezó a hojear las páginas, un poco abrumado. Pero de inmediato notó algo en los registros. —Este submarino estuvo por todo el sudeste asiático. Eso encaja.

Sy asintió, pero no dijo nada.

Era un buen comienzo, pero Austin se dio cuenta rápidamente de que no era más que *eso*. Había cientos de incidentes enumerados en aquellas páginas, la mayoría de ellos de poca importancia. Incumplimiento de protocolo, daños deliberados al equipo, lesiones causadas por negligencia. Todos eran graves en el contexto de un submarino nuclear, pero ninguno constituía una prueba de una conspiración masiva para introducir drogas en el país a través del sudeste asiático.

—¿Dices que todavía no está todo digitalizado? —preguntó Austin —. ¿Cómo es posible? No soy ningún genio de la informática, pero hasta yo sé que podríamos buscar incidentes relacionados con drogas si nosotros...

—Shhh —le reprendió Sy.

—¿Qué?

—No es solo que no se hayan digitalizado todos. Miró a su alrededor con nerviosismo, luego se inclinó y susurró: —Es que no quiero dejar ningún rastro digital de nuestra búsqueda.

Eso tenía sentido, pensó Austin. Al fin y al cabo, ella acababa de dar una charla sobre informática forense.

Ella se puso en pie y le entregó dos carpetas más. —Así que, a leer se ha dicho.

Para las once de la noche habían retrocedido hasta 2014 y Austin había recopilado una lista de ocho nombres, ocho incidentes que posiblemente podrían haber llamado la atención de Fiona. Sy tenía su propia lista, otros cinco nombres.

Pero solo habían revisado la mitad de las carpetas y apenas habían tenido tiempo de echar un vistazo por encima a muchos de los incidentes, descartando cualquier cosa menor sin leer los detalles.

—Voy a... ¿sabes qué? —preguntó Sy—. Creo que voy a... sí... lo haré... no pasará nada.

Austin estaba desconcertado. —¿Estás hablando conmigo o simplemente piensas en voz alta?

—Es tarde, ya tenemos algunos nombres. Voy a probar con un par de búsquedas rápidas. —Se levantó, cogió la lista de Austin y se dirigió a la puerta.

Confundido, él la siguió fuera. Tras decirle a Graber que volvería en un momento, se dirigió por el pasillo hacia donde una puerta acristalada conducía a una sala llena de ordenadores. —Los archivos digitales —dijo ella—. Tendrás que esperar aquí fuera.

Austin se metió las manos en los bolsillos. —Por mí, bien, pero ¿qué hay de...?

—Cállate. Déjame hacer esto antes de que la parte sensata de mi cerebro regrese y me diga que es una mala idea.

Tecleó un código y la puerta se desbloqueó. Mirando a Austin a través del cristal, se sentó frente a un ordenador cerca de la puerta mientras esta se cerraba tras ella con un clic.

Durante los siguientes diez minutos, Austin la observó teclear, sacudiendo la cabeza periódicamente y tachando nombres de la lista. Se apoyó contra la pared, observando su nuca.

Entonces algo cambió en su actitud. De repente, ladeó la cabeza y se llevó la mano a la nuca, un hábito que tenía cuando estaba pensando intensamente. Austin la había visto hacer esto dos veces antes. Una vez cuando analizaba pistas y otra cuando decidía qué dónut comprar durante una visita a la pastelería noruega en el centro de Poulsbo.

Ella le miró, sonriendo.

Tenía algo. Él lo sabía.

¡Uaaaa! ¡Uaaaa! ¡Uaaaa!

Era el sonido penetrante de una alarma, que venía de la zona donde se habían registrado con Graber.

¡Uaaaa! ¡Uaaaa! ¡Uaaaa!

Sy empezó a garabatear en su bloc de notas y luego volvió a mirarle. Le dijo algo moviendo los labios, una, dos veces, y luego se volvió hacia la pantalla.

¡Uaaaa! ¡Uaaaa! ¡Uaaaa!

Él no estaba seguro, pero creyó que ella decía: —Lárgate de aquí.

14

Austin se quedó paralizado durante medio segundo; después, la boca le supo a salsa picante: un sabor intenso y especiado que hizo que le brotaran gotas de sudor en la frente y que todo su cuerpo sintiera un hormigueo. Venía de la mano de un sentimiento a medio camino entre la determinación y el pánico.

En cualquier caso, aquello lo puso en marcha.

Tras echarle una última mirada a Sy, arrancó a paso ligero por el pasillo, de vuelta a la sala donde habían estado examinando las carpetas.

Su plan era meterse en la habitación y...

¿Y qué?

Estaba sopesando sus opciones cuando oyó unos pasos pesados que se acercaban por el pasillo. No tenía a dónde ir, así que se preparó para... ¿para qué?

Dos hombres con mandíbulas tan cuadradas como sus hombros aparecieron al doblar una esquina y pasaron de largo a su lado, ignorándolo por completo mientras se dirigían a la sala de ordenadores.

Los ojos de Sy recorrían a toda velocidad las palabras de la pantalla. Había buscado siete nombres y el séptimo, Joey Green, había hecho saltar la alarma. Por supuesto, esto le indicaba que había dado con algo importante, pero también había bloqueado su pantalla.

Un segundo después, oyó la alarma.

Sabía lo que estaba pasando y no era nada bueno. Tampoco era la primera vez. De vez en cuando, un documento concreto se reclasificaba de tal modo que se le denegaba el acceso. Y, con menos frecuencia aún, una búsqueda activaba algo en el sistema que significaba que había cruzado una línea.

Esta vez, sin embargo, no simplemente se le había denegado el acceso. Su pantalla se había congelado con la primera página del expediente personal de Joey Green a la vista.

Sacó su teléfono y, fingiendo que navegaba por él —por si la estaban grabando, algo que sabía muy probable—, hizo un par de fotos de la pantalla; después se sentó con calma y leyó la información por segunda vez mientras esperaba a quienquiera o a lo que fuera que viniera a por ella tras sonar la alarma.

ARMADA DE LOS EE. UU. - DEPARTAMENTO DE LA MARINA - EXPEDIENTE MILITAR OFICIAL

Nombre completo: Joey Dimitri Green

Rango: CS2 (Suboficial de Segunda de Especialidad Culinaria)

Número de servicio: N193-4561

Estado: Licenciado

Fechas de servicio: 2010 - 2017

Especialidad Militar Principal (MOS): Especialista Culinario (CS)

Datos personales básicos:

Fecha de nacimiento: 27/07/1991

Lugar de nacimiento: Trenton, Nueva Jersey

Domicilio registrado: Trenton, Nueva Jersey

Lugar de alistamiento: MEPS de New Haven, CT

Instrucción de reclutas: Mando de Entrenamiento de Reclutas, Great Lakes, Illinois (2010)

Escuela A: Escuela de Especialidad Culinaria "A", Fort Lee, Virginia (2011)

Destinos:

1. USS Los Angeles (SSN-688), Pearl Harbor, Hawái (2011-2013)
2. USS Sea Prowler, Base Naval de Submarinos de New London, Connecticut (2013-2017)

Despliegues:

1. Despliegue en el Pacífico Occidental (2011-2012, USS Los Angeles)
2. Despliegue en el Sudeste Asiático (2012-2013, USS Los Angeles)
3. Despliegue en el Ártico (2014-2015, USS Sea Prowler)
4. Despliegue en el Sudeste Asiático (2015-2017, USS Los Angeles)

Premios y condecoraciones:

1. Medalla de Logros de la Marina y el Cuerpo de Marines (2014)
2. Medalla de Buena Conducta (3 menciones, 2012, 2014, 2016)

Información de baja:

Fecha de baja: 15/05/2017

Lugar de baja: Base Naval de Submarinos de New London, Connecticut

Tipo de baja: Deshonrosa

Motivo de la baja: CLASIFICADO

Información adicional:

Educación: Grado Asociado en Artes Culinarias, Coastline Community College, 2011

Certificaciones civiles: Certificación ServSafe, 2011

Aunque sabía que estaban a punto de escoltarla fuera y temía lo que ocurriría después, no pudo evitar conectar la historia de Joey Green con lo que Austin le había contado sobre el caso. Mientras encajaba las piezas en su mente, se sintió bastante segura de que este era el tipo sobre el que Fiona había estado investigando en la zona.

Para cuando oyó que la puerta se abría a sus espaldas con un leve chirrido, estaba convencida de que habían tropezado con una

pieza crucial del tráfico de drogas que transportaba narcóticos desde el Sudeste Asiático hasta la Costa Este a través de submarinos nucleares.

—Symone Aoki —dijo la voz en la puerta con tono firme, pero no especialmente amenazador—. Por favor, levántese y dése la vuelta.

15

Samantha vio cómo a Ridley se le caía el alma a los pies cuando Andrea pulsó el botón de enviar del correo electrónico. La investigación sobre el adversario en la que ella había pasado horas indagando iba de camino a todos los medios de comunicación del estado.

—Ya no hay vuelta atrás ahora que estamos metidos *en* ello—— dijo él—, tan bajito que casi parecía hablar para sí mismo.

Andrea miró a su jefe, con el rostro rebosante de optimismo y tranquilidad. —No teníamos elección, Rid. Ellos empezaron esta pelea. No podíamos quedarnos aquí cruzados de brazos. —Se puso en pie y empezó a gesticular de forma grandilocuente. Era como si estuviera intentando convencerse a sí misma de que habían hecho lo correcto—. Mi padre me decía: «Nunca empieces una pelea. Pero si *otro* la empieza, asegúrate bien de terminarla». Con la ayuda de Samantha, creo que podremos hacerlo.

Ridley levantó la vista. —¿Qué ha pasado con aquello de *La luz atenúa la oscuridad*?

Todo el mundo se quedó en silencio.

Samantha se mordió el labio. Sabía que ese había sido uno de los eslóganes de la campaña de Ridley, un guiño a su convicción de ignorar todas las descalificaciones y trucos sucios de una campaña política típica en favor de mantener la integridad.

Finalmente, Andrea se pasó la mano por su pulcra camisa blanca de botones. —Lo hará, Ridley. Te prometo que tu luz personal atenuará parte de la oscuridad. Pero solo si ganamos. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el reloj de cuenta atrás que había colgado en la pared. Marcaba 56 horas y 12 minutos. Dado que Washington era un estado de voto por correo, parte de los votos ya estaban en marcha. Tenían 56 horas hasta que terminara.

Al lado estaban las últimas cifras de sus encuestas internas, que eran al menos un par de días más recientes que las encuestas realizadas por los medios de comunicación.

Grayson Daniels: 33 %
Ridley Calvin: 29 %
Jeremy Carter: 28 %
Indecisos: 9 %

La cifra de Ridley había bajado un par de puntos desde que salió a la luz la investigación de la oposición sobre su pasado, a pesar de una serie de apariciones defendiendo su historial y explicando las situaciones.

Samantha había sido capaz de desenterrar más trapos sucios de los dos oponentes de Ridley de lo que incluso *ella* creía posible. Y no tenía ninguna duda de que —a menos que la prensa lo ignorara— eso le devolvería a Ridley esos puntos, y quizás los suficientes para ganar las elecciones.

Resultó que el sheriff Daniels había sido sancionado por conducir bajo los efectos del alcohol en nada menos que tres estados diferentes. Uno de ellos ocurrió en Oregón apenas una semana antes y, de alguna manera, se había mantenido fuera de las noticias. Tres positivos por alcoholemia en tres estados probablemente no era un récord mundial, pero pensó que podría serlo para un candidato a gobernador. Aunque Daniels había admitido problemas ocasionales con el alcohol, había afirmado tanto que solo había tenido ese positivo como que había recibido tratamiento y ahora estaba sobrio. Ambas cosas eran mentiras rotundas. Y nadie quería a un borracho al volante de un coche *ni* dirigiendo el estado.

Daniels también recibió al menos tres millones de dólares en donaciones de organizaciones turbias de fuera del estado, operando

en el límite mismo de las leyes de financiación de campañas. Aún estaba rastreando los detalles de las organizaciones que lo financiaban, pero la cosa no pintaba bien. Ella y Andrea esperaban que, al compartir lo que sabían con los medios de comunicación, los reporteros hicieran sus propias indagaciones y encontraran más detalles de su corrupción. Una vez que pusieran las cosas en marcha, todo caería por su propio peso.

Y Carter tenía unos cuantos esqueletos en el armario. Evasión de impuestos, un caso que se cerró cuando nombró a un antiguo agente de Hacienda para su equipo. Y, lo que es peor, un cargo por agresión en la universidad que era mucho más grave que cualquier cosa de la que se hubiera acusado a Ridley. Lo habían detenido por agredir a su novia embarazada mientras estaba borracho, aunque más tarde ella cambió su versión y retiró los cargos.

Así que, a pesar de la decepción de Ridley por tener que jugar sucio, Samantha sentía que publicar la información no solo estaba justificado, sino que era necesario. Al menos en lo que a ella respectaba, los oponentes de Ridley eran mucho peores que él, y hacérselo saber a la gente era, en realidad, algo bueno.

—Sigue cavando —dijo Andrea, acompañando a los demás fuera de la habitación. En el umbral, se detuvo. Y, Samantha. Un trabajo excelente. La información que has aportado podría marcar la diferencia en todo esto. Hay una razón por la que soy tan dura con estas cosas: no es algo pequeño ni abstracto. Realmente *importa*. Sé que desde fuera puede parecer que todos estos tipos son iguales y que nadie puede mejorar nada. Nadie sabe qué traerán los próximos años, y tener a Rid al mando no lo arreglará todo de repente, ¿pero no preferirías tenerlo a él presente cuando haya que tomar las grandes decisiones?

Samantha asintió. —Y aquí estaré ahora, hasta el final. Lo que tú y Rid necesitéis.

Andrea sonrió y la dejó a solas.

Lucy y Jimmy habían regresado de su breve luna de miel y Lucy le había dado la semana libre para centrarse en la campaña. A Samantha seguía sin importarle mucho la política, pero sabía que no quería a ninguno de los oponentes de Ridley dirigiendo la política

estatal. Eso significaba que iba a hacer todo lo posible para que saliera elegido.

Mientras apoyaba los pies descalzos sobre la mesa, sonó su teléfono y sonrió al ver la identidad de quien llamaba: *Yotta-Bae.* Era su novio, Chris. —Hola, YB. Lo he hecho bien.

—Sabía que lo harías.Chris se había ganado su apodo después de una fingida pelea de enamorados que empezó cuando Chris le dijo que la quería más que al queso. Después de eso, ella le dijo que lo quería un gigabyte, y cuando él respondió que la quería un yottabyte, se consolidó el apodo. Desde entonces lo llamaba su Yotta-Bae.

—Resulta —dijo ella— que Carter y Daniels son aún más despreciables de lo que sabíamos.

—¿Un político despreciable? ¡Estoy compeltamente conmocionado! Yo también tengo buenas noticias. ¿Recuerdas cuando dijiste que era un genio?

Ella sonrió. —Mmm, no recuerdo nada de eso.

—Bueno, lo dijiste, y resulta que tenías razón.

—¿Lo de la llave? —preguntó ella.

—Mira tu aplicación.

—¿La has encontrado?

—¿Sabes eso que me dices a veces de que me gusta hacer las cosas por el camino difícil?

Samantha sonrió. —¿Como la vez que decidiste descifrar aquel archivo manualmente en lugar de usar simplemente la clave de descifrado?

—Pero yo...

—Ah, o la vez que escribiste tus propios controladores de dispositivo y código de firmware para nuestro frigorífico inteligente en lugar de usar el software del fabricante. Quiero decir, ¿de verdad necesitaba estar «optimizado»?

—¿Has terminado?

Ella se aclaró la garganta mientras abría la aplicación Signal en su portátil. —Sí, ¿qué ha sido esta vez?

—Bueno, me estaba agobiando pensando en cómo identificar el apartado de correos de esa mujer sin hackear el Servicio de Correos

y arriesgarme a un billete de ida a una prisión federal.

—Un movimiento sabio —dijo ella. Le había hecho prometer que intentaría encontrar un registro del apartado de correos de Fiona, pero también le había hecho prometer que no haría nada ilegal.

—Te ahorraré todas las cosas que probé y que no funcionaron. En resumen, acabé probando en la dark web. ¡Resulta que algún pringado hackeó correos hace un año y subió todo el directorio de apartados de correos! ¡Todo lo que tuve que hacer fue descargarme ese regalito y darle a Control-F para buscar «Fiona Austin»! ¡Pam! ¿Lo ves?

Lo veía. Le había enviado el número del apartado y la dirección de la oficina de correos.

—Mis manos están más limpias que una patena —dijo él—. Quienquiera que hackeara Correos infringió la ley, pero yo, al limitarme a buscar información disponible, no lo hice. Impecable.

—Espera —dijo ella. Samantha copió la información y luego la envió a la cuenta de Signal de Austin, que ella misma le había configurado.

—Reluciente. —susurró él—. Impoluto —continuó.

Ella respiró aliviada. —Vale. Basta de sinónimos. La democracia está a salvo, hemos ayudado al detective privado estrella. No es un mal día de trabajo. ¿Qué quieres para cenar? ¿Pizza o tailandés?

—Sí.

—Entendido, bae, las dos cosas serán.

16

Austin se quedó de pie, con las manos apoyadas en la mesa donde Sy y él habían estado leyendo los archivadores. Fingía estudiar uno de los archivos mientras esperaba. No tenía ni idea de qué estaba pasando, pero aquellos hombres de botas pesadas que acababan de pasar ante él por el pasillo no se dirigían precisamente hacia Sy para entregarle una medalla al buen trabajo.

Al levantar la vista, volvió a ver a los dos hombres, esta vez con Sy retenida delante de ellos.

Pensó en intervenir, pero ¿de qué serviría? Él solo tenía un pase de un día, Sy era una experimentada agente del NCIS y quién sabía qué demonios de rango tenían los tíos que la escoltaban.

A ellos no parecía importarles su presencia y, aunque no estaba seguro, le pareció que Sy le había echado una mirada de reojo con cautela, un gesto de... ¿no sabía muy bien qué? De *énfasis*, quizá. Una mirada que le decía que hiciera caso a lo que ella le había articulado con los labios antes. Que se largara de allí. Que no necesitaba su ayuda.

Ella le había dicho que se fuera, y eso era lo que iba a intentar hacer.

Regresando por donde había entrado, Austin se detuvo en el mostrador. —Graber, ¿tienes idea de qué ha pasado? —Intentó sonar casual.

—Ni idea —Graber negó con la cabeza—. Si yo fuera usted, me marcharía.

—Los archivos están todos sobre la mesa. ¿No pasa nada por dejarlos allí?

Graber asintió. —Esa sirena suena por tres motivos. Personal no autorizado en el edificio, que no es el caso esta vez. Fallos técnicos, cosa que ocurre a *menudo* con nuestro maldito sistema. Y el acceso a archivos por encima de su nivel de autorización. Mi apuesta es que ha sido esto último. Suponiendo que fuera algo involuntario, a Sy probablemente solo le den un tirón de orejas. Todo el mundo la respeta, pero tienen que seguir el protocolo.

Austin le dio las gracias y salió a la noche, respirando el aire fresco y frío mientras el viento traía el aroma del agua.

Ya en su coche, agarró el volante y reflexionó sobre lo que Graber había dicho. Se consideraba alguien que nunca abandonaría a un colega, que nunca dejaría atrás a un compañero. Así que, ¿qué demonios estaba haciendo? ¿De verdad iba a dejarla allí sola?

Sin embargo, esta era una situación inusual, algo a lo que nunca antes se había enfrentado. Si Graber tenía razón, la dejarían salir pronto y ella se pondría en contacto con él. Pero si se equivocaba...

El peor de los casos era que algún alto mando de la Marina estuviera implicado en este encubrimiento, alguien con conexiones reales con los Namgung, con los elementos corruptos del NYPD o del FBI.

Austin oyó cómo le crujían los nudillos contra el volante. Lo estaba apretando como si fuera una pelota antiestrés.

Sacudió la cabeza. Era imposible que fuera así. Tenía que confiar en que aquello se resolvería sin su intervención y en que Sy sabía lo que hacía.

Arrancó el coche y condujo de vuelta hasta la puerta de seguridad. —Me marcho —dijo al bajar la ventanilla.

El hombre negó con la cabeza. —Apártese a la derecha, señor. Va a tener que entrar.

A Austin se le cerró la garganta. Pero una parte de él sintió alivio. No le parecía correcto dejar a Sy atrás.

Dentro de la oficina de seguridad, un hombre con camisa caqui y pantalones negros guio a Austin hacia una silla de plástico duro. Garabateó unas cuantas notas en un formulario sujeto a un portapapeles y luego levantó la vista. —Necesito un informe. Estoy esperando una llamada para saber si tiene autorización para abandonar la base, pero, mientras tanto, ¿puede decirme qué ha pasado?

Austin soltó un suspiro. —No sé muy bien qué ha pasado.

Él resopló. —Dígame qué estaban buscando.

La mente de Austin trabajó a toda prisa, pero llegó rápidamente a la que entendió que era la única opción: decir la verdad.

Incluso aunque no respetara a la Marina —que la respetaba—, era lo bastante listo como para saber que mentir no le serviría de nada. Las salas en las que habían estado estaban vigiladas y, claramente, algo en la búsqueda de Sy había activado una alerta que habría quedado registrada.

Así que, durante los siguientes veinte minutos, contó la verdad. La mayor parte de ella, al menos. Omitió los detalles sobre el clan criminal Namgung y su posible conexión con el asesinato de Fiona, pero explicó que era un investigador privado que investigaba un homicidio y que había recibido un soplo de que el caso podría estar relacionado con un incidente en el USS Sea Prowler.

Se aseguró de describirlo todo de manera que pareciera que Sy no estaba infringiendo ninguna norma, aunque supuso que ya era demasiado tarde para ayudarla si lo había hecho.

El guardia tomó notas diligentemente, levantando la vista de vez en cuando y asintiendo. Era evidente que no se sentía personalmente implicado en la situación.

Cuando el teléfono de la oficina de seguridad sonó, lo cogió de inmediato. —Muy bien, sí, señor. Sí, señor. Por supuesto, señor. —Colgó y miró a Austin—. Necesitaré su pase.

—Supongo que no puede decirme qué está ocurriendo —dijo Austin, entregándole el pase.

Él frunció el ceño. —Sy es amiga mía, y le haré saber que se ha marchado. Me han ordenado que le deje irse. Usted no ha hecho nada malo.

—¿Y Sy? ¿Qué va a pasar con ella?

—No lo sé —dijo, y luego continuó en un susurro—. He oído que han llamado a un equipo de investigación y a un oficial jurídico. No pinta nada bien.

17

Austin todavía no había tenido noticias de Sy cuando llegó a la oficina de correos a la mañana siguiente.

Tras abandonar la base, había conducido hasta New Haven solo para cambiar su coche por otro. Esta vez era un monovolumen azul, y había dormido en el asiento trasero en un área de descanso de la Interestatal 95.

No había logrado contactar con Kendall, pero había recibido un mensaje de Samantha en su portátil cuando finalmente descubrió cómo usar su teléfono móvil desechable como punto de acceso wifi. El mensaje solo tenía cuatro líneas, pero le había impactado como un rayo.

Apartado de correos 781
Oficina de correos de Cos Cob
152 East Putnam Avenue
Cos Cob, CT 06807

No tenía ni idea de cómo había dado ella con la información, y no quería saberlo. Pero estaba seguro de que era correcta.

Había llegado diez minutos antes de la apertura, y le sonrió a la mujer que abrió la puerta para dejarle entrar a las nueve en punto de la mañana.

Encontró el apartado 781 fácilmente y la llave funcionó a la primera. Todo parecía sencillo. Demasiado sencillo después de todo

lo que había pasado.

Abrió la pequeña puerta metálica y miró dentro, asustándose por un momento al ver que el apartado parecía estar vacío.

Entonces lo vio. Pegado al fondo del cajetín había un único sobre fino. Lo sacó y se estremeció al mirarlo.

Era un sobre blanco de tamaño estándar y llevaba la letra de Fiona. Ella misma lo había enviado al apartado de correos. La dirección del remitente era el apartamento que habían compartido en Nueva York.

Miró a su alrededor, casi esperando que alguien lo agarrara, se lo llevara a rastras o hiciera *algo*. Esperaba que sonara una alarma como había ocurrido en la base naval.

No podía ser tan fácil. Entonces se dijo a sí mismo que simplemente estaba accediendo al apartado de correos de su mujer. No había nada ilegal ni corrupto en ello.

Tragando saliva, salió de la oficina de correos y regresó al monovolumen. Tras encerrarse en el vehículo, abrió el sobre con cuidado. En su interior había dos hojas de papel de color marfil. La primera contenía una carta; la segunda, una lista de nombres con un breve párrafo después de cada uno.

Reconoció la tipografía y el tacto del costoso papel de lino. Fiona había escrito aquellas páginas en su máquina de escribir, la que él todavía tenía instalada en su apartamento.

Primero examinó los nombres y las breves descripciones que seguían a cada uno:

1. Cardenal James Dellacorte — Jefe de la Archidiócesis de Nueva York y uno de los líderes católicos más influyentes del estado. Tiene vínculos de larga data con la policía y funcionarios de la ciudad. Un contable de la iglesia me ha dicho que recientemente se han realizado grandes donaciones inexplicables a la archidiócesis desde una cuenta en el extranjero posiblemente vinculada al cártel.

2. Alcalde McKinley — Como alcalde de Nueva York, McKinley dirige el departamento de policía y tiene una enorme

influencia sobre las políticas y operaciones de la ciudad. Se rumorea que tiene ambiciones para cargos más altos. El Senado. La presidencia. He recibido un soplo anónimo de que la campaña de reelección del alcalde fue financiada en parte por dinero del cártel canalizado a través de un super PAC.

3. Vicegobernador Mark Richardson — Como vicegobernador, Richardson tiene conexiones en todo el estado en los ámbitos policial y político. Está posicionado para presentarse a gobernador pronto. He leído un informe que indicaba que el FBI interceptó llamadas telefónicas entre Richardson y un conocido socio del cártel sobre el "transporte de producto" de "nuestros amigos del extranjero".

4. Director del FBI Walter Perkins — Supervisa todas las oficinas locales del FBI en Nueva York y dirige muchas operaciones conjuntas con la policía de la ciudad. Se acerca a la jubilación. Los registros bancarios muestran que Perkins realizó numerosos viajes al sudeste asiático que coincidieron con importantes cargamentos de droga en el puerto de Nueva York.

5. Jueza Jefa Evelyn Lim — Primera jueza jefa asiestadounidense de la Corte de Apelaciones de Nueva York. Influencia sobre casos penales. Un informante afirmó que Lim recibió sobornos para dictar sentencias indulgentes a miembros del cártel arrestados por tráfico de drogas.

Austin cerró los ojos, imaginando lo que debió de ser para Fiona escribir aquellas notas. Una fiscal adjunta del distrito de Manhattan con pruebas que indicaban que aquellas cinco personas —cinco de las personas más poderosas de Nueva York, si no de todo el país— podrían formar parte de un enorme sindicato del crimen organizado. Incluso con la ayuda de gente como Jorge, debió de sentirse muy sola.

Lo que no tenía sentido era que, aunque cada nombre de la lista podía estar potencialmente ligado a los Namgung, no había pruebas

irrefutables. Y no estaba claro quién estaba realmente implicado en el caso.

Esperaba que la segunda hoja de papel lo explicara. Así que leyó la carta.

La investigación sobre el sindicato del crimen Namgung revela una corrupción y colusión profundamente preocupantes. Esta organización del sudeste asiático está introduciendo narcóticos en la ciudad de Nueva York a gran escala.

La complejidad de la operación implica la participación de nuestras propias agencias de seguridad, lo que potencialmente incluye elementos corruptos en el departamento de policía de Nueva York y en el FBI que ayudan en las actividades del sindicato.

El líder del sindicato utiliza el alias "El Mago". Su verdadera identidad sigue siendo desconocida. La información recopilada apunta a uno de los cinco sospechosos potenciales, todos los cuales ocupan cargos influyentes en el gobierno, las fuerzas de seguridad y/o el mundo empresarial.

La profundidad de la corrupción es inmensa, y abarca no solo redes criminales, sino también instituciones de confianza. Buscar la verdad plantea riesgos profesionales y personales que deben sopesarse cuidadosamente.

Sin embargo, exponer y procesar a los responsables de permitir esta peligrosa empresa es esencial para la seguridad y la justicia de nuestra ciudad.

Próximos pasos: Verificar la información, identificar informantes, crear expedientes sobre los cinco sospechosos potenciales para un análisis de referencias cruzadas y así determinar la identidad de "El Mago" de entre los cinco enumerados.

Austin estaba atónito. Se quedó allí sentado durante… no sabía cuánto tiempo.

Durante todo el tiempo que había estado investigando este caso, esta carta había estado en el apartado de correos prepagado esperando a ser descubierta.

Fiona había estado trabajando en uno de los casos más importantes de la historia de Nueva York, y parecía implicar a algunos de los nombres más relevantes del gobierno neoyorquino y más allá. Había estado a semanas, quizá días, de resolver el caso, y se había enviado a sí misma un sobre con los detalles de su investigación.

Cuando sonó su teléfono, reconoció el número de Sy y respondió de inmediato.

—Bueno —dijo ella—. Me han dejado marchar, pero parece que voy a tener mucho más tiempo libre para ayudarte con el caso.

—¿A qué se debe eso? —preguntó Austin.

—Me han suspendido.

18

Austin se reunió con Sy dos horas más tarde, tras otro cambio de coche, un paso por un aparcamiento subterráneo y tres vueltas a la manzana. Ahora estaba bastante seguro de que no lo estaban rastreando ni siguiendo.

Sy lo esperaba en un reservado en la esquina de una pequeña cafetería cuando entró. Para su sorpresa, parecía bastante animada mientras daba cuenta de un cuenco de sopa humeante.

—Su crema de maíz está de muerte —dijo ella, desmenuzando unas galletas saladas en el cuenco.

El intenso aroma a maíz, beicon y patatas le recordó a Austin lo hambriento que estaba.

Apareció un camarero y él pidió un cuenco para él, además de un café solo. Tiempo atrás había tenido un breve coqueteo con comer más sano, pero aquello ya era historia. No era que estuviera comiendo mal. No exactamente, al menos. Era que apenas comía nada. Cuando se había puesto la camisa esa mañana, se había notado más delgado, y no en el buen sentido. Tenía un aspecto demacrado, deshidratado, como un hombre que no se alimenta bien y duerme en su monovolumen.

Cuando el camarero se marchó, Austin dijo: —Los dos tenemos noticias, así que ¿quién empieza? —Había mencionado que tenía

algo importante cuando hablaron brevemente, pero no había dado ningún detalle.

—Empezaré yo —dijo Sy—. Será rápido porque no sé mucho. —Tomó unas cuantas cucharadas más de sopa y luego se lanzó—. Pues sí, me han suspendido. Es una faena, desde luego. Me están investigando por mirar un archivo clasificado al que no debía acceder. Al parecer, mi pequeña misión activó una alerta de seguridad y marcaron mi actividad como una brecha no autorizada. Me han revocado la acreditación de seguridad a la espera de una investigación, y estoy suspendida hasta que terminen sus pesquisas.

Se calló cuando el camarero apareció con la sopa de Austin.

Él tomó una cucharada, luego otra, y otra más. —Esto está riquísimo. —Podía sentir cómo su cuerpo se animaba al recibir una nutrición que le hacía mucha falta.

—Así que nada —continuó Sy—, me he quedado sin trabajo por el momento. Pero al menos tú estás libre de sospecha.

—¿Y cuál fue el nombre que hizo saltar la alarma?

—Joey Green. Es un chico de Nueva Jersey, se alistó en la Armada en 2010, nada más terminar el instituto. Se formó como especialista culinario. Pasó los primeros años en el USS Los Angeles, en Hawái, en el Pacífico Occidental y el sudeste asiático. Luego lo trasladaron a nuestra zona, asignado al USS Sea Prowler. Hizo un par de misiones más. El tipo incluso se sacó el título en artes culinarias mientras estaba en activo. Por lo visto, el tío sabía cocinar. Le dieron la baja en 2017, pero ¿el motivo? Eso es el misterio. Esa parte ha sido redactada de su expediente.

—Si su nombre activó el sistema, ¿cómo es que viste su archivo?

—Solo vi la primera página. Mi presentimiento es que alguien quería saber quién intentaba acceder a él, y no pude profundizar más para ver por qué le dieron la baja.

Austin hizo girar la cuchara por el borde de su cuenco. —Bien, supongamos que está implicado en esto. ¿Qué crees que pasó realmente? —preguntó Austin.

—Oh, está implicado. Veo dos posibilidades. O bien estaba metido en una operación de contrabando a bordo del USS Sea Prowler, o alguien más lo estaba y él se enteró. En cualquier caso,

alguien de arriba lo sabía, le dieron la baja y manipularon su expediente. Para protegerle a él y a cualquier superior que pudiera haber resultado implicado por lo que hubiera en el archivo.

Comieron en silencio un momento, luego Sy dijo: —Debería retirarme a estas alturas. Técnicamente, no he hecho nada malo, y lo más probable es que eso sea suficiente para salvar mi trabajo. Probablemente le den largas al asunto y me den alguna versión censurada de su expediente dentro de tres semanas, pidiéndome disculpas por la confusión.

Austin sorbió su café. —Entonces, ¿qué vas a...? Parece que quieres decir algo más.

Sy lo miró con sus ojos oscuros y penetrantes. —No lo sé. Siento que he hecho mucho bien con el NCIS, pero... —su voz se apagó y Austin casi pudo oír la serie de «peros» que no estaba diciendo. No conocía los detalles, pero era como si ella tuviera una docena de sueños que nunca había perseguido y estuviera reflexionando sobre todos ellos—. No sé, desde aquel día... No sé... quizá este sea mi momento de marcharme. Me dije a mí misma aquel día que me iría antes de un año y, sin embargo...

Austin tragó saliva. Sabía que se refería al día en que murió su marido.

—Se suponía que iba a ser un entrenamiento rutinario de soldadura submarina —dijo ella tras un largo silencio—. Él era uno de los buzos principales, realizando una inspección del casco en un submarino sumergido en la base naval de Bremerton. Había hecho docenas de inmersiones iguales a esa. Pero aquel día, algo salió mal.

Ella había mencionado que él había muerto por accidente durante los pocos días que pasaron juntos en el estado de Washington, pero nunca le contó los detalles. Y él no sabía por qué se los contaba ahora.

—Determinaron más tarde que un soplete de soldadura de una inmersión anterior debió de dañar su conducto de oxígeno, debilitándolo de forma imperceptible —continuó—. Para cuando el equipo se dio cuenta de que su línea tenía una fuga... bueno, su suministro de oxígeno se había cortado durante más de tres minutos, a treinta metros de profundidad. Los otros buzos intentaron

compartir sus botellas, pero era demasiado tarde. Cuando subieron su cuerpo a la superficie y lo llevaron a los médicos, no pudieron hacer nada. Sin respiración, sin pulso. —Su voz tembló, pero continuó—. Él conocía los riesgos. Pero en un simple ejercicio de entrenamiento debido a un conducto de oxígeno dañado... —se interrumpió.

—Lo siento —dijo Austin. No había mucho más que pudiera decir.

—A veces me pregunto qué más podría estar haciendo con mi vida. —Rió con tristeza—. Teníamos este plan... suena estúpido visto en retrospectiva.

—Cuéntamelo.

—Iba a dejarlo, a pedir la jubilación anticipada. Ir a trabajar a una bodega.

—¿A una qué? —Eso era lo último que esperaba oír.

Ella le lanzó una mirada sarcástica. —Ese sitio donde pisan uvas, las fermentan. Las meten en botellas.

—Lo sé, es que...

—Sorprendido, ¿verdad? Era solo un sueño que tenía. Hacer algo *totalmente* diferente. Algo que celebre la vida, al ser humano, en lugar de pasarme el tiempo hurgando en las mentes y en los rastros de pruebas de personas que la destruyen.

Austin guardó silencio durante un buen rato. —Puedo entenderlo. A veces me pregunto qué más podría haber hecho yo, aunque no creo que pudiera haber hecho mucho más. Supongo que intenté llevar una cafetería, y una tienda de ultramarinos, y una tienda de cebos. Técnicamente, supongo que sigo en ello, aunque desde hace un año más o menos parece que me alejo cada vez más de eso. —Austin removió su sopa y tomó un bocado pequeño antes de continuar—. Alguien me dijo algo el otro día. Hablaba de Fiona, pero apuesto a que se aplica a tu marido también. Me dijo: «Te está animando a abrazar la vida y a volver a encontrar la alegría». Ahora bien, no creo que Fiona me esté animando, no exactamente. No creo que la cosa funcione así. Creo que es una historia que nos contamos para sentirnos mejor cuando las personas que amamos se han ido y vemos a otra persona a la que amamos sufrir. No sé, creo

que ella querría que yo siguiera adelante. Sí, querría que diera el siguiente paso. —Sacó el sobre del bolsillo interior de su chaqueta.

Sy levantó la vista mientras él lo deslizaba por la mesa.

—Esta carta es una caja de Pandora —dijo Austin—. Podrías salir corriendo a pisar uvas en este mismo instante y no te culparía, o podrías volver a la Armada sin sospechar nada. Si decides leer lo que hay ahí dentro, sabrás lo que sabes y las cosas se volverán peligrosas. —Reflexionó sobre esto—. *Más* peligrosas, quiero decir. Lo único que digo es que decidas si quieres salirte ahora, antes de abrirlo.

Sy sostuvo el sobre en su mano y le dio la vuelta, inspeccionándolo. —¿Crees que ella querría que estuvieras haciendo esto?

Austin se encogió de hombros, fingiendo que no entendía la pregunta.

Sy no se lo tragó. —Sabes a qué me refiero.

—¿Que si creo que querría que siguiera investigando su asesinato?

Sy asintió.

Austin saboreó el familiar amargor a tostada quemada que acompañaba al pavor, pero esta vez también tenía un nauseabundo sabor a moho que asociaba con el asco. El pavor era por el futuro, el asco era consigo mismo, en el presente. —Sé con seguridad que *no querría*.

Sy dejó que sus palabras quedaran suspendidas en el aire.

—Esto es lo que creo que ella diría —continuó Austin—. Diría que si lo hago para que Nueva York sea más segura, de acuerdo, muy bien. Esa es una causa digna. Si lo hago por venganza, probablemente me diría exactamente lo mismo que alguien me dijo hace tiempo: entrega todas las pruebas a la policía de Nueva York, al FBI y deja que ellos se encarguen.

—Pero si el FBI y la policía de Nueva York están implicados... —Sy dejó la frase en el aire.

—O la Armada. —Austin cogió su cuchara para tomar otro bocado, pero luego la soltó—. La verdad es que no tengo ni idea de

lo que estoy haciendo. Por supuesto que Fiona no querría que hiciera esto, pero aquí estoy.

—Aquí estamos *nosotros* —dijo Sy, dando golpecitos con el sobre sobre la mesa—. Y más vale que nos pongamos con ello.

Hizo amago de abrir el sobre, pero Austin la detuvo, poniendo su mano sobre la de ella. —¿Estás segura? Una vez que veas los nombres que hay en ese sobre... —Sacudió la cabeza—. No sé cuál de ellos está detrás de esto, ni siquiera sé con certeza que alguno lo esté. Pero una vez que los veas, no podrás dejar de verlos.

—He visto cosas horribles, Austin. Y sé lo que es una caja de Pandora.

—Si uno de los nombres de ese sobre está detrás de esta operación, nunca has visto nada parecido. Nadie lo ha visto.

19

Sy condujo el coche con suavidad por la I-95 mientras los alrededores de la ciudad de Nueva York se materializaban ante ellos. Austin observaba cómo las extensiones verdes de Connecticut quedaban atrás, sustituidas por la expansión urbana de la metrópoli.

—¿A cuánto está el concesionario? —preguntó ella.

Austin echó un vistazo al mapa en el teléfono de ella. —Dice cincuenta y ocho minutos. Ve por el puente.

Al entrar en la ciudad por el puente Throgs Neck, Austin contempló las vistas del East River, cuyas aguas reflejaban la luz mortecina del sol. Cuando era un policía novato, vio una vez a un hombre saltar al vacío hacia aquel río. Estaba atendiendo un pequeño choque en el puente de Brooklyn y levantó la vista justo cuando un hombre salió de su coche y saltó. Aquello dejó a Austin atónito, lo entristeció y lo curtió ante lo que a menudo podía ser un trabajo sombrío y deprimente. Se decía que solo uno de cada mil sobrevivía a un salto desde el puente de Brooklyn. El hombre al que vio murió en el acto.

Pensaba en aquel hombre cada vez que veía el East River. Ahora, el perfil de la ciudad se alzaba sobre él a lo lejos, una silueta nítida contra el cielo del atardecer.

Él y Sy habían revisado el contenido del sobre en la mesa y habían sopesado sus opciones. Tras un tira y afloja, se decidieron

por un plan de tres partes. La primera consistía en ponerse en contacto con Mara Graves, la vendedora de táseres con la que Austin coincidió en la conferencia de seguridad. Si Austin tenía razón, no era tan legal como pretendía, y necesitaban algunas cosas que ella podría proporcionarles. Cuando la llamó al número de la tarjeta de visita que ella le había metido en el bolsillo, ella le habló como a un viejo amigo y le dijo que fuera directamente a la sede de su empresa en el distrito financiero del Bajo Manhattan.

Después, buscarían un lugar donde alojarse en la ciudad e intentarían localizar a Joey Green, el cocinero del USS Sea Prowler.

Si tenían suerte, podrían conseguir que hablara de su baja, de cómo y por qué lo habían pillado. Y si tenían *mucha* suerte, podrían lograr que hablara sobre los nombres de la lista de Fiona, tal vez incluso identificar cuál de esos cinco era El Mago.

Después de eso, bueno, no habían pensado tan a largo plazo.

La tercera pieza de su plan era investigar los cinco nombres de la lista de Fiona, aunque no querían hacerlo hasta saber que lo hacían de forma segura. Ahí es donde entraba Mara. Austin también planeaba pedir ayuda a Samantha.

A medida que se acercaban al distrito financiero, el paisaje urbano se transformaba en un bosque de rascacielos cuyos ángulos afilados cortaban el cielo. Sy giró por las calles más estrechas del distrito, donde la historia de la ciudad era palpable en los edificios más antiguos de piedra y ladrillo.

La sede corporativa de *A+ Security* se encontraba en un moderno edificio de cristal y acero encajado entre dos edificios más antiguos de elegante piedra gris.

—Ese edificio parece un iPhone apretado entre dos rocas —dijo Sy.

Austin sonrió. —Realmente eres más graciosa de lo que pensaba. —Al mirar a través de la fachada acristalada del edificio, pudo ver gente moviéndose de un lado a otro, aunque no vio a Mara.

Ella le había dicho que le enviara un mensaje al llegar, así que, mientras Sy aparcaba, le escribió. Un momento después, vio aparecer su llamativo pelo morado por la gran puerta de cristal.

Austin salió del coche y Mara hizo un gesto con la cabeza hacia el final de la manzana. —Seguidme —dijo—. Me parece que esta no es una reunión que queramos tener a la vista de todo el mundo.

—Esto parece un trapicheo de drogas —dijo Sy, apoyándose en una pila de cajas de cartón.

Habían rodeado la manzana, se habían metido por un callejón y habían entrado en un restaurante italiano de mala muerte por la puerta trasera. Ahora se encontraban en un angosto almacén, rodeados por los aromas de albahaca fresca, orégano y tomates maduros.

—Todo es cien por cien legal —dijo Mara—. Lo que pasa es que este es mi negocio paralelo y no quiero que mis jefes corporativos se enteren.

Sy se mostró escéptica, pero Austin dijo: —Vayamos al grano entonces.

—Muy bien, veamos qué tenemos aquí —empezó Mara. Metió la mano en una gran bolsa de lona que había sacado de detrás de un estante lleno de sacos de harina. Le entregó a Austin un maletín de cuero negro.

—Espera —dijo Sy—, ¿guardas equipos de seguridad de alta gama en una bolsa detrás del estante de la harina?

—Lo guardo en otro sitio. Cuando llamasteis, hice que un socio me lo trajera aquí. Soy la dueña de este local.

Sy frunció el ceño. —Esto es *alucinante*.

En cualquier otra situación, Austin se habría sentido igual de incómodo. Pero no veía muchas más opciones sobre la mesa.

—Podemos hablar del alojamiento en un momento —dijo Mara—, pero empecemos por las herramientas. Aquí tenemos vuestro portátil básico de usar y tirar. Es un modelo sencillo, pelado. Sin adornos, pero lo que le falta en funciones lo compensa con creces en anonimato. Sistema operativo nuevo, cifrado de disco completo y una VPN de anonimización preinstalada.

—Todo esto me suena a chino —dijo Austin.

—Seréis *invisibles*.

Sy ladeó la cabeza con gesto de aprobación. —Sabe de lo que habla.

Austin asintió. Dado que Sy acababa de dar, literalmente, una charla sobre el tema de la obtención de pruebas digitales, le alegraba que ella diera el visto bueno.

A continuación, Mara sacó un dispositivo negro y delgado. —Este es vuestro teléfono. No es el típico móvil de prepago. Ha sido modificado para múltiples usos. Cada llamada se enruta dinámicamente a través de una red de servidores proxy para ocultar vuestra ubicación. SIM prepago no registrada, por supuesto. No le cojáis demasiado cariño, la clave es cambiarla regularmente. He incluido seis SIM de repuesto. Y los móviles de gasolinera que habéis estado usando... deshaceos de ellos. —Sacudió la cabeza—. ¿Es que no habéis visto *The Wire*?

Austin se encogió de hombros.

Mara suspiró. —Hay toda una trama sobre cómo se pueden rastrear los móviles de usar y tirar de las gasolineras. En fin, tiradlos, esto es mejor.

Austin cogió el teléfono, captando una mirada de Sy en la que no quería ahondar demasiado. Ella sabía perfectamente lo turbio que era todo esto y probablemente no podía creerse que estuviera metida en ello.

Mara buscó en una bolsa y sacó dos dispositivos pequeños y elegantes. —Estos son un par de táseres de excedente. Modelos de la empresa, de gama alta, miniaturizados. Tienen un alcance de cuatro metros y medio y pueden dejar K.O. a un tipo en dos segundos. Eran modelos de exposición que debían ser desguazados, pero digamos que se cayeron de un camión.

—Ahora sí que *sé* que eso no es legal —intervino Sy.

—En realidad —dijo Austin—, en la ciudad de Nueva York los táseres son legales, aunque tienen que estar registrados.

—Estos *están* registrados —dijo Mara—, a nombre de la empresa. Aunque si termináis usándolos o si os pillan con ellos, bueno, resultará que los robaron de las instalaciones donde se suponía que

iban a ser destruidos. Y que vosotros se los quitasteis al otro tipo, ¿me pilláis?

—Cuando, en realidad —dijo Sy—, *tú* se los robaste a quienes te emplean.

Mara puso una especie de cara de niña mimada. —Ya *sé* que Austin va armado. Seguramente con un arma de fuego sin registrar. ¿No preferirías darle una descarga a alguien en vez de pegarle un tiro?

Austin miró a Sy, que asintió a regañadientes. —No sabía que los hacían tan pequeños.

—Estos son lo mejor de lo mejor —dijo Mara.

—¿Cuánto? —preguntó Austin—. Por todo.

Mara observó todo el equipo en brazos de Austin como si estuviera calculando, pero él no se lo tragó. Ella sabía desde el momento en que entraron cuánto quería por ello. —Diez mil, más lo que cueste el hotel, probablemente trescientos por noche más mi comisión del veinte por ciento. —Se echó hacia atrás, mirando de Sy a Austin y sonriendo con complicidad—. ¿Una cama o dos?

—Dos —dijo Sy rápidamente—. Solo somos compañeros en esto.

—Claro —dijo Mara—. Dos camas, pues. Yo no hago identificaciones falsas, pero en este sitio no las piden. Un colega mío lo gestiona a través de su empresa, así que, bueno, es una larga historia. Pero registraos como el señor y la señora Jackson.

Austin asintió. —¿Me enviarás la dirección al nuevo teléfono?

—En cuanto reciba mis diez mil.

Austin dijo: —Te enviaré el primer pago en cuanto lleguemos al hotel y me conecte.

—Los números de ruta y de cuenta están en el portátil. Busca un archivo llamado «Diosa de pelo morado».

Sy gruñó. —Ay, por favor.

Mara miró a Austin de reojo. —Ya veo por qué no estás saliendo con ella. —Luego se puso seria—. Nunca me he fiado de dejar salir a nadie de mi pizzería sin pagar, pero eres tan boy scout que... bueno, supongo que hay una primera vez para todo. Ni se te ocurra intentar jugármela, Austin. Sé que sabes que no me resultaría difícil localizarte.

20

El hotel era mejor de lo que Austin había esperado.

Ubicado entre los imponentes rascacielos del Distrito Financiero, se alzaba como una reliquia de otra época. Su fachada de ladrillo con siglos de antigüedad contrastaba fuertemente con las estilizadas estructuras de vidrio y metal que dominaban el barrio.

Y mientras Austin guiaba a Sy a través de sus pesadas puertas de madera, el bullicioso zumbido de la ciudad se desvaneció tras ellos. Daba la sensación de que estaban entrando en una era diferente.

En el interior, el hotel desprendía un aire de encanto histórico. El vestíbulo tenía una gran escalinata con barandillas de madera pulida. Sillones mullidos y mesas antiguas llenaban el espacio, y un rico friso de caoba revestía las paredes. Una chimenea crepitante proyectaba sombras cálidas sobre una alfombra desgastada pero limpia. El único elemento moderno que destacaba era una pequeña cafetería en la esquina que servía bebidas del siglo XXI, como lattes con leche de avena y muffins de proteínas aptos para la dieta cetogénica.

El proceso de registro de entrada fue exactamente como Mara había prometido y, minutos después, Austin acercó la tarjeta al sensor, otra de las comodidades modernas que el hotel había adoptado.

Cuando abrió la puerta, frunció el ceño. *Aquello* no era una suite. Y desde luego no tenía dos camas. De hecho, era una habitación tan

pequeña que apenas cabía la única cama de matrimonio que había en la esquina.

—Creo que tu amiga puede habernos cobrado una suite y haberse guardado el resto del dinero —dijo Sy.

—Yo dormiré en el suelo —dijo Austin rápidamente.

—No pasa nada —dijo Sy—. Tú eres más alto que yo, y más viejo. Y estás mucho más decrépito. Tu espalda probablemente necesite la cama.

—No soy *tan* mayor —dijo él—. Y mi espalda está bien. Jamás podría dejar que durmieras en el suelo. —Austin dejó la bolsa con los dispositivos electrónicos en la pequeña mesa redonda junto a la ventana—. De verdad. Esto es culpa mía. Deja que yo me quede con el suelo.

Sy lo consideró. Parecía que iba a objetar, pero de pronto su rostro se iluminó con una amplia sonrisa. —Trato hecho. —Lanzó dos de las almohadas al suelo junto a la cama—. Bienvenido a tu nuevo hogar, señor Jackson.

Una hora más tarde, habían conseguido conectar el nuevo portátil al wifi y Austin le había enviado el dinero a Mara, tal como había prometido. También le había enviado los cinco nombres de la lista de Fiona a Samantha, pidiéndole que buscara cualquier información relevante, como antecedentes penales, transacciones financieras extrañas y, por supuesto, cualquier conexión con los Namgung.

A continuación, Sy tomó el mando y realizó una serie de búsquedas sobre Joey Green. Aunque no pudieron encontrar los detalles de su salida de la Marina, sí hallaron su historial penitenciario, que era igual de útil.

Resultó que Green cumplió dos años de una condena de diez por posesión de estupefacientes con intención de distribuirlos. Su sentencia había sido conmutada por el gobernador de Nueva York, aunque no pudieron encontrar ninguna explicación que lo justificara.

Lo que *sí* pudieron encontrar fueron las cuentas de las redes sociales de Green. —Es asombroso —dijo Sy— cómo los delincuentes se esfuerzan tanto por ocultar sus crímenes y luego publican todo tipo de información en internet para que cualquiera pueda verla.

Austin revisó la cuenta de Facebook de Green. —Por lo que veo, no parece que siga siendo un delincuente. —Green vivía su vida a plena luz del día ahora, orgulloso de su sobriedad y de su nuevo trabajo: director de servicios de alimentación en uno de los transbordadores de Statue Cruises, la empresa que organizaba las visitas a la Estatua de la Libertad. Nunca mencionaba su tiempo en prisión, pero pocos lo hacían cuando intentaban construir una nueva vida.

—Lo sé —dijo Sy—, pero sigue siendo increíble cuánta información expone la gente. Y todo esto también podría ser una tapadera. Lo que *sí* hace es que nos resulte fácil encontrarlo.

—¿Estás pensando en que lo intentemos en el barco?

—Puedes sacar al marinero de la Marina, pero no puedes sacar el mar del marinero —dijo Sy.

Austin la miró, confundido. —¿Eso es un refrán?

Ella se encogió de hombros. —Me lo acabo de inventar.

—Me parece que hay un refrán mejor por ahí enterrado.

—A lo que voy es a que resulta interesante que lo echaran de la Marina pero haya terminado sirviendo comida en otro tipo de barco.

Austin rió entre dientes. —He estado en ese barco. Solo hay nachos, palomitas y bebidas. Hace que la comida de la Marina parezca cocina con estrellas Michelin en comparación. Buscó la hora de salida del próximo crucero. —Mañana, a las nueve de la mañana.

—Me apunto al paseo. Si conseguimos que hable, podríamos resolver esto antes de la hora de comer.

Austin no creía que fuera a ser tan fácil.

Sy se quitó los zapatos y se estiró en la cama. —Creo que he visto una manta de repuesto en el armario.

—Gracias —dijo Austin—. Tengo que hacer una llamada.

Sacó el teléfono de prepago y volvió a llamar a Kendall. Hacía demasiado tiempo que no hablaba con ella y estaba desesperado

por tener noticias. Caminando de un lado a otro del pasillo, dejó que sonara hasta que saltó al buzón de voz, y luego volvió a llamar.

Y otra vez. Nada.

De pie ante la puerta, lo intentó una vez más. —Coge, coge, coge —susurró.

—¿Diga? ¿Quién es? —Era la voz de Kendall.

—Austin. Teléfono nuevo.

—Te he dejado como cuatro mensajes.

—Lo siento. He tenido que deshacerme de mis otros teléfonos y... ¿Cómo está Run?

—Está mejor. Todavía recuperándose. He recibido el informe completo y ha sido una pancreatitis aguda, como pensaron al principio. Esperaban que solo hubiera comido algo en mal estado pero, bueno, en fin. La cirugía ha ido bien, pero quieren tenerla allí un día o dos más. He tenido que volver a la oficina. Me ha caído un caso. Pero estoy al teléfono con ellos y...

—¿Me das su número? Tengo un teléfono nuevo y...

Kendall le dio el número del hospital veterinario, que él tecleó en la sección de contactos del teléfono.

—Probablemente ya hayan cerrado —dijo ella.

—Pero habrá alguien con ella, ¿verdad?

—Seguro que sí.

Austin le dio las gracias, colgó y marcó el número. La llamada fue a parar al buzón de voz y dejó un mensaje pidiendo que le devolvieran la llamada.

Cuando acercó la tarjeta para volver a entrar en la habitación, Sy roncaba suavemente. Se había quedado dormida encima de las mantas, completamente vestida.

Al observarla, Austin se dio cuenta de lo cansado que estaba él también.

Encontró una manta de repuesto en el armario, se quitó los zapatos y se tumbó en el suelo. A pesar de su agotamiento, tardó mucho en encontrar una postura cómoda y aún más en quedarse dormido.

Y no era el suelo lo que lo mantenía despierto.

Eran sus pensamientos.

No iban a toda velocidad. Eran sombríos.

Aunque estaba haciendo todo lo posible por resolver el asesinato de Fiona, era como si una oscuridad se hubiera cernido sobre él. Como si esperara fracasar. Como si hubiera perdido la confianza en sí mismo, en su propio juicio.

Se mordió el labio cuando le asaltó otro pensamiento. Esperaba que Run muriera. Su mente racional le decía que estaba bien. Estaba en el mejor hospital veterinario de la zona y Kendall acababa de decirle que se estaba recuperando bien.

Pero no podía reprimir el pensamiento, por mucho que lo intentara.

Cava dos tumbas, le había advertido Jorge.

Y mientras el sueño se apoderaba lentamente de él, lo único en lo que podía pensar era en cómo le había fallado a Run igual que le había fallado a Fiona. Y ahora estaba a cinco mil kilómetros de distancia y no había nada que pudiera hacer para remediarlo.

Cava dos tumbas.

La advertencia de Jorge flotaba en su mente y se movía a través de sus sueños, avisándole de que, a pesar de sus mejores esfuerzos, eso era exactamente lo que estaba haciendo.

Se despertó sobresaltado. Solo llevaba dormido unos minutos.

En la oscuridad, intentando volver a conciliar el sueño en el duro suelo, se descubrió rezando por primera vez en años. Rezando para encontrar al Mago y matarlo, y para que, si tenía que haber una segunda tumba, fuera para él, no para Run.

21

Jorge se despertó de golpe con el hedor insoportable a pescado podrido y agua salada. ¿Dónde estaba y cuánto tiempo había pasado inconsciente?

A medida que su vista se adaptaba a la tenue iluminación, se dio cuenta de que estaba atado a una silla en lo que parecía ser un viejo almacén. Rayos de luz del amanecer se filtraban a través de los cristales rotos en las paredes de chapa ondulada, iluminando el polvo que flotaba en el aire. El graznido de las gaviotas resonaba desde algún lugar del exterior.

Aunque la mordaza en su boca distorsionaba sus sentidos, Jorge estaba casi seguro de que se encontraba en algún punto de la costa de Brooklyn. Como residente de Manhattan Beach, sabía que las industrias pesqueras que antaño prosperaron allí habían cerrado hace años. Se preguntó si aquel almacén mohoso sería una de las reliquias de esa época. Ya sabía que a Javier lo habían matado en una pizzería de Manhattan Beach. No cabía duda de que la banda también disponía de unos cuantos almacenes.

Entornando los ojos mientras se acostumbraba a la luz, Jorge apenas pudo distinguir una inscripción desgastada en la pared donde se leía «Brooklyn Seafood Packers».

María y los niños. Al pensar en ellos, se vio asaltado por una repentina y violenta rabia. Y por el deseo de escapar.

Forcejeó contra las cuerdas que lo sujetaban a la silla, pero fue inútil. Lo único que consiguió fue volcar la silla y caer estrepitosamente al suelo, golpeándose la mejilla contra el frío hormigón.

El corazón le latía con fuerza al oír pasos que se aproximaban; después, vio a dos hombres enmascarados salir de entre las sombras.

Los dos hombres tenían la misma estatura, pero uno era mayor, de complexión delgada, y vestía un traje negro que no era de su talla y le colgaba de su enjuto cuerpo. El otro era un hombre corpulento —a medio camino entre gordo y musculoso— y solo llevaba una camiseta negra ajustada y vaqueros. No los reconoció, pero sabía por qué estaban allí.

El hombre delgado sostenía un teléfono móvil; el más grande empuñaba un bate de béisbol envuelto en alambre de espino. El hombre delgado pulsó la pantalla de su teléfono y la luz de la cámara se encendió, reflejándose en los suelos húmedos y en las cajas polvorientas. —Levántalo.

El otro dejó el bate en el suelo y se acercó a toda prisa para enderezar la silla de Jorge, levantando a Jorge junto con la silla como si estuviera cogiendo a un cachorrito acurrucado en su cama.

El hombre delgado acercó el teléfono a la cara de Jorge. —Ha llegado el momento —dijo—. Momento de hablar. Se adelantó y le quitó la mordaza de la boca a Jorge.

Jorge abrió mucho la boca, estirando su mandíbula entumecida. —¿Qué queréis? ¿Quiénes sois? Se había dicho a sí mismo que no diría nada, que no admitiría nada, que no les daría nada. Pero no pudo evitarlo.

El hombre del bate saltó hacia delante y lanzó un golpe salvaje, con un brillo terrible en los ojos, mientras estrellaba el bate contra el suelo a pocos centímetros del pie de Jorge. El alambre de espino chirrió contra el hormigón como unas uñas sobre una pizarra.

—Nosotros te diremos lo que tienes que decir —dijo el hombre delgado—. Lo dirás o él te dará con el bate. —Tenía un ligero acento que Jorge no lograba identificar. Chileno, tal vez, pensó, aunque el

hombre tenía un aspecto más propio del norte de Europa. Pelo rubio, ojos azules y una piel pálida y suave.

Jorge cerró los ojos. Ni hablar de grabar un vídeo como rehén para esos bastardos.

Oyó de nuevo la voz del hombre. —Le dirás al marido: «Venga y entréguese, y me dejarán ir».

El marido. Austin; se referían a Thomas Austin. Eso le indicó a Jorge que sabían que podían encargarse del resto, o quizás ya lo habían hecho. Asesinados, sobornados o silenciados de algún otro modo. Pero Austin era el que más les preocupaba.

Jorge negó con la cabeza.

Lo que ocurrió a continuación sucedió todo a la vez, pero más tarde Jorge lo recordaría como si hubiera sido a cámara lenta. Primero oyó el silbido del aire durante medio segundo y, acto seguido, el bate golpeó su pierna, aplastándole el muslo y desgarrándolo con el alambre afilado como una cuchilla.

Gritó de dolor y se escoró hacia la izquierda, volcando de nuevo y golpeándose la cabeza contra el suelo. Con la misma rapidez, el hombre del bate volvió a poner la silla en vertical y le golpeó la otra pierna, haciéndole caer hacia la derecha. Esta vez mantuvo la cabeza lo bastante alta como para evitar que chocara contra el suelo, pero sentía la sangre goteando de las heridas de sus piernas.

El hombre delgado se acercó a Jorge y se puso de cuclillas para mirarlo a los ojos. —Todo lo que queremos es que le digas unas cuantas cosas a tu amigo. Él es la última pieza que nos queda por limpiar en este asunto.

Jorge sostuvo la mirada de sus ojos azules pálidos y volvió a negar con la cabeza. —¿La última pieza? ¿Qué pasa con Voorhees, Baker y Palini?

El hombre le lanzó una mirada inquisitiva. —Oh, a esos los sacamos con la basura hace mucho tiempo. No siempre enviamos vídeos. Se puso en pie, dio un paso atrás y asintió al hombre del bate, dándole permiso para golpear de nuevo.

Preparando el bate por encima de su cabeza, avanzó hacia Jorge; después se detuvo y habló por primera vez, con las palabras

cortantes y atropelladas con ese ritmo clásico de Nueva York. —¿Te gusta el dolor?

22

Sy ya estaba levantada y preparando café. La luz entraba a raudales por la rendija de las cortinas y, por una fracción de segundo, Austin se sintió feliz. No estaba seguro de qué era... algo en la luz otoñal de la ciudad que siempre le había encantado.

Pero la sensación se disipó rápidamente al recordar dónde estaba y por qué.

—¿Café? —preguntó Sy—. Tienen una de esas maquinitas de cápsulas.

—Por favor —dijo Austin, incorporándose y echando mano del teléfono que le había dado Mara.

Sy le tendió una taza. —¿Solo, verdad?

Austin asintió. —Gracias. —Apenas le había pasado el primer sorbo por la garganta cuando pensó en Run. Dando otro gran sorbo y aspirando aire para no quemarse la boca, cogió el portátil desechable e inició sesión en Facebook. Mara le había asegurado que, aunque teóricamente era posible rastrearle a través de Facebook, alguien tendría que piratear los servidores de la red social para encontrar su dirección IP, y luego sortear docenas de redireccionamientos y filtros de anonimato. Así que, a menos que tuvieran a alguien en nómina de Facebook, no era probable.

Tenía un mensaje nuevo de Kendall. Una foto.

Era Kendall, con una chaqueta de cuero negra y tan estilosa como siempre, salvo por una diferencia importante. Run estaba sentada en su regazo, lamiéndole la cara. Tenía el torso envuelto en un vendaje blanco, pero se la veía tan feliz como la cachorra que él había dejado atrás.

Bajo la foto había un mensaje.

Está bien. Medio día más en el hospital y le daré el alta, luego no me separaré de ella hasta que vuelvas. Lo único es que tendré que mantenerla alejada de Ralph para que no corra tanto que se le salten los puntos.

Austin sonrió y bebió un sorbo de café, mirando la foto. Era la única buena noticia que había recibido en bastante tiempo.

Cuando estaba a punto de cerrar el portátil, apareció otro pequeño «1» rojo en sus mensajes de Facebook.

Lo abrió y vio que era de «Sarah Davidson», un nombre que no conocía. Entró en su perfil y vio que había sido creado hacía solo un día. Casi con toda seguridad, una cuenta falsa.

Se le encogió el estómago cuando volvió al mensaje y vio que era un vídeo. Jorge, magullado y ensangrentado, estaba atado a una silla volcada; su cara sangraba sobre un suelo de cemento.

Estaba vivo, pero respiraba lentamente.

Una mano apareció desde la izquierda de la toma sosteniendo un ejemplar del *The New York Post*. La fecha estaba marcada con un círculo. Era de esta mañana. El vídeo había sido grabado en las últimas dos horas. Probablemente también se lo habrían enviado al móvil y por correo electrónico.

Por muy horroroso que resultara, Austin se sintió aliviado de que Jorge estuviera vivo.

Mientras la cámara hacía un primer plano del rostro de Jorge, se oyó una voz fuera de plano: —Este es su amigo. Nos gustaría dejarle vivir, pero eso dependerá de usted. Si recibe este mensaje, responda con un simple «Vale». Nuestro próximo mensaje le dirá dónde nos reuniremos.

—¿Qué pasa? —preguntó Sy, sentándose a su lado con una taza de café.

—Es malo. —Austin le puso el vídeo.

Cuando terminó, Sy volvió a reproducirlo. —¿Ese es Jorge, verdad? ¿El hombre que pensabas que tenía una aventura con Fiona?

—Sí, y resultó que estaba colaborando estrechamente con ella en el caso. Su teoría era que solo le dejaron vivir porque tenía un rango inferior al de ella y no sabía tanto. Creo que saben que estoy tras la pista de algo.

Sy se puso seria de repente y cerró el portátil. —Apuesto a que ahora mismo estoy pensando con más claridad que tú, así que este es el trato. Primero, no vas a ir a verlos. No ayudará a Jorge y no te ayudará a ti. Simplemente os matarán a los dos.

Austin no respondió. Sabía que probablemente ella tenía razón, pero la idea de que Jorge estuviera siendo torturado le daba ganas de hacer algo, lo que fuera, aunque significase caer en una trampa que casi con toda seguridad resultaría mortal.

—Segundo —continuó Sy—, tienes que enviar ese vídeo a la policía de Nueva York y al FBI. Están buscando a Jorge y estoy segura de que es una pista mejor que cualquier otra cosa que tengan.

—Lo sé —dijo él.

—Ahora mismo.

Él ya estaba en ello. Guardó el vídeo en el escritorio y luego lo envió a través de las direcciones de correo para denuncias anónimas tanto a la policía de Nueva York como a la oficina del FBI en Nueva York. Copió el mensaje también y añadió una explicación de cómo lo había recibido.

Era poco probable que sirviera de algo, pero quizá alguien reconociera la voz del hombre, o tal vez algún detalle del lugar les despertara algo que a Austin se le había pasado por alto.

—Bien —dijo Sy cuando él terminó.

—Y esta es la parte más difícil —dijo ella, tocándole la pierna—. Tienes que olvidarte del vídeo. Tenemos que seguir adelante con el plan. Joey Green. Los nombres de esa lista.

—Pero...

—No, escucha. Si te dan una ubicación y apareces, no hay ninguna posibilidad de que salgas vivo de allí. ¿Entendido? Y no hay

ninguna posibilidad de que Jorge viva si vas por tu cuenta. Vosotros dos podríais ser las últimas piezas de esto, y no *le* matarán a *él* mientras *tú* estés fuera de su alcance. Si apareces, no tendrán ninguna razón para mantenerlo con vida.

Austin lo consideró. —Puede ser, pero...

—Pero nada. Sabes que tengo razón. Es solo tu complejo de héroe el que te hace pensar que deberías presentarte allí e intentar salvar la situación. —Se puso en pie—. Voy al baño y luego vamos a buscar a Joey Green. Quizá él pueda darnos algo para encontrar al Mago. Esa es nuestra mejor baza para sacar a Jorge vivo.

23

El todoterreno los estaba esperando. De un plateado brillante y con las lunas tintadas, Austin notó que estaba al ralentí en cuanto salió del hotel. Su primer pensamiento fue que se trataba de la gente que lo había encontrado antes, en su anterior hotel de Manhattan Beach.

Pero aquellas personas no parecían asesinos, ni tampoco daban la impresión de querer ocultar el hecho de que lo estaban esperando. De hecho, mientras Sy intentaba parar un taxi, una mujer alta con rastas perfectamente cuidadas salió del asiento del copiloto y se dirigió directamente hacia Austin. —Soy Deborah Owimikea, jefa de gabinete adjunta de la alcaldesa McKinley. Le gustaría hablar con usted y con su socia.

Deborah vestía un traje de chaqueta y falda de un blanco inmaculado, con una llamativa americana de doble botonadura adornada con botones dorados.

Austin pensó rápido. Suponiendo que el portátil de Mara fuera tan seguro como ella había prometido, no había forma de que los hubieran rastreado ya. Y sus nombres no figuraban por ninguna parte en la reserva del hotel.

—¿Cómo ha sabido dónde nos alojábamos? —preguntó él, dando un paso atrás.

La mujer se echó el pelo hacia atrás. —No es nada siniestro, Sr. Austin. Ha llegado a oídos de la alcaldesa que se encuentra en su

ciudad investigando un asesinato y, bueno, nuestro software de reconocimiento facial lo situó en este hotel. Perfectamente legal.

Sy se había acercado para ponerse al lado de Austin. —Quizá la alcaldesa pueda ayudar —sugirió ella.

Lo que no mencionó fue que la alcaldesa McKinley era uno de los cinco nombres de la lista de Fiona. Austin estaba convencido de que ella lo sabía tan bien como él, y que aquella era su forma de decirle que debían ir.

—¿Sería la reunión en el despacho de la alcaldesa? —preguntó Austin.

Deborah asintió. —Por supuesto. —Caminó de vuelta al todoterreno y abrió la puerta del asiento trasero—. Solo llevará unos minutos.

—¿Tenemos elección? —preguntó Austin.

Ella se rió. —Por *supuesto* que la tienen. Pero no mucha gente consigue reunirse con ella a solas. Es un honor para ustedes.

Austin estuvo a punto de soltar una carcajada. Pero tenía que admitirlo: ya había decidido ir. Después de todo, de las cinco personas en la lista de Fiona, ella era quizás la que estaba en mejor posición para manipular el tráfico de drogas dentro de la ciudad de Nueva York. Además, Sy ya se dirigía al coche.

—Siéntense, por favor —dijo Deborah, alisando una arruga invisible en su chaqueta—. La alcaldesa estará con ustedes en un momento.

Sy se sentó junto a Austin en un sofá que no era tan elegante como él habría esperado en la sala de espera de una alcaldía. Los cojines estaban desgastados y las almohadas necesitaban un nuevo relleno.

Sy buscó el contacto visual con Austin y asintió, como si intentara comunicarse con él por telepatía. Él supuso que ella se preguntaba lo mismo que él: ¿cómo debían abordar el interrogatorio a la alcaldesa?

Lo que esperaba era que ella llegara a la misma conclusión que él: dejar que la alcaldesa llevara la voz cantante. Nada bueno saldría de acusarla de nada y, después de todo, ella les había pedido la reunión, y no al revés.

—¿Thomas Austin? ¿Eres tú? —Era la voz de un hombre desde el umbral de la puerta.

Austin levantó la vista.

—¡Vaya! *Sabía* que eras tú.

Austin estudió su rostro por un momento, y de pronto lo reconoció. —¿Amelio? —Austin se levantó y respondió a su cálida sonrisa con otra propia—. Me alegro de verte.

Amelio le estrechó la mano con entusiasmo. —¿Qué demonios haces aquí?

Sy se puso de pie y se aclaró la garganta.

Austin dio un paso atrás. —Ah, perdona, Sy. Este es Amelio Sullivan. Teniente de alcalde y antiguo fiscal de distrito. Fiona trabajó con él hace mucho tiempo y echamos unas partidas en un par de noches de póker benéfico para las familias de oficiales caídos. Amelio, esta es Symone Aoki. Del NCIS. —No mencionó su suspensión, y tampoco mencionó que Fiona había salido con Amelio en la facultad de derecho.

Amelio sacudió la cabeza con fingida tristeza. —Aún recuerdo aquella vez que Fiona vio mi farol y me desplumó seiscientos pavos. Pero era por una buena causa, así que...

Austin se rió. —Creo que fueron ochocientos.

—Encantada —dijo Sy.

Habían salido antes de que Austin y Fiona se conocieran, y Fiona nunca le había dado motivos para estar celoso. Aun así, Amelio tenía el aspecto de un modelo: pómulos altos, una mandíbula marcada y una cabeza rapada que le quedaba mejor que a nadie que Austin hubiera conocido. Por no mencionar que tenía una trayectoria profesional meteórica. Fiona solía llamarlo «el único político bueno», y su ascenso en el escalafón le daba a Austin cierta fe en que no todos los políticos debían ser mirados con sospecha.

—¿Y qué narices haces de vuelta en Nueva York? —preguntó Amelio—. Espero que para volver a la policía de Nueva York. El

departamento sería más fuerte contigo en él.

—Qué va —dijo Austin—. Estoy aquí investigando un caso.

—¿Y te vas a reunir con *ella*? —preguntó Amelio, señalando con la cabeza hacia la puerta del despacho de la alcaldesa—. Buena suerte.

Se inclinó hacia él y le susurró al oído a Austin: —Probablemente no te dé nada, pero si puedo hacer algo para ayudar, dímelo. —Se enderezó y deslizó una tarjeta de visita en el bolsillo del pecho de la camisa de Austin.

—Mira, tengo que irme a una reunión. —Alargó la mano y estrechó la de Austin, y luego la de Sy—. Un placer conocerla —le dijo a Sy—. Y Austin, me alegro de verte también. En serio, piénsate lo de volver. Podríamos tenerte de nuevo en el cuerpo en cuestión de semanas.

El despacho de la alcaldesa estaba decorado con muchas fotos, la mayoría de ella misma. Estaba en la mitad de los cincuenta y, además de fotos individuales de la neoyorquina de pelo plateado, había un montón de instantáneas en las que posaba con dignatarios, desde el presidente de Chad hasta el gobernador de Nueva York, pasando por varios presidentes de los EE. UU. Sin duda, no quería ocultar el hecho de que trataba de tú a mucha gente importante.

Mientras la observaba, esperando a que levantara la vista de su teléfono, no pudo evitar preguntarse si tendría la influencia necesaria para conseguir que el gobernador de Nueva York conmutara la pena de un delincuente convicto como Joey Green. Probablemente sí. Y si había hecho eso, ¿qué más podría haber hecho?

—Sabe —dijo la alcaldesa McKinley, dejando por fin el teléfono sobre el escritorio—, su mujer me llamó elitista una vez en un cóctel.

Austin se quedó boquiabierto.

—Pero algunos de nosotros —continuó ella— nos hemos ganado el derecho a ser elitistas porque somos, de hecho, la élite.

Miró de Austin a Sy; su rostro tenso por el bótox no revelaba nada.

Finalmente, soltó una carcajada fina y cruel. —Oh, solo bromeo. Aunque sí que me llamó *elitista*. —Suspiró—. Y quizá tenía razón. Pero no puedo evitar el hecho de haberme criado en el Upper West Side y haber asistido a los mejores colegios.

—¿Por qué nos ha citado aquí? —preguntó Austin.

—Responderé a su pregunta con otra: ¿por qué está usted en Nueva York?

Austin sabía que no servía de nada mentir. El artículo sobre Fiona le habría llegado a ella y, aunque no fuera El Mago, seguro que estaba al tanto de los avances a través del cuerpo de policía. —Investigo el asesinato de mi mujer. Un asesinato que su departamento de policía no ha logrado resolver.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados. —Un asesinato que *usted* tampoco logró resolver antes de meter el rabo entre las piernas y desaparecer.

Austin sintió la rabia arder en su pecho, pero no dijo nada. Lo cierto era que tenía razón. Tras recibir cuatro disparos en el tiroteo en el que murió su mujer, Austin había intentado reincorporarse a la policía de Nueva York, pero estaba demasiado dañado, demasiado al límite, para ser de alguna utilidad.

Poco después, dimitió y se mudó al oeste.

Deborah, que estaba de pie junto a la puerta, se aclaró la garganta. —Tiene a la WNYC en cinco minutos, señora.

—Voy con retraso —dijo la alcaldesa McKinley—, pero necesito decirle algo. Sé que a Fiona nunca le caí bien, y probablemente a usted tampoco. Pero créame cuando le digo que no va a sacar nada bueno de esto. De verdad. Están pasando muchas cosas que usted desconoce. Tiene que irse de Nueva York.

—Me iré cuando hayan atrapado a los asesinos de Fiona, o me iré en un ataúd. —Austin escuchó las palabras salir de su boca antes de haber decidido decirlas.

La alcaldesa McKinley le lanzó una mirada fulminante con sus ojos azul oscuro y luego sacudió la cabeza. —Qué cowboy. Permítame serle franca. Ustedes dos no tienen absolutamente

ninguna legitimidad para husmear en esta investigación. —Trasladó su mirada feroz de Austin a Sy, y luego de nuevo a Austin—. ¿Una agente del NCIS de Connecticut y un detective privado con licencia en el estado de Washington? No tienen autoridad aquí. Le guste o no, esta es *mi* ciudad. Este asunto está muy por encima de sus capacidades y sus niveles de acceso. La policía de Nueva York y el FBI tienen la jurisdicción, no una intrusa naval y un sabueso de segunda.

Dejó que su mirada recorriera de arriba abajo la ropa arrugada de Austin, que llevaba puesta desde hacía al menos tres días. Él casi podía saborear el desdén que sentía por él.

—Hay operaciones sumamente delicadas en juego —continuó ella —, y no permitiré que se vean comprometidas por sus intromisiones. Por muy bienintencionadas que sean sus fantasías de vigilantes, esto les queda grande. Se arriesgan a estropear los esfuerzos de las autoridades *competentes*, que —sinceramente— no necesitan distracciones de unos aficionados.

Se puso de pie y se inclinó sobre su enorme escritorio. —Les aconsejo encarecidamente que lo dejen estar. Ya tenemos bastantes problemas reales con los que lidiar sin que unos entrometidos como ustedes lo echen todo a perder.

—¿Entrometidos? —preguntó Sy. Fue la primera palabra que pronunció, y su tono contenía a la vez sorna y enfado—. ¿Es eso lo que ha dicho?

—Me ha oído perfectamente —dijo la alcaldesa McKinley.

—Oh, he podido oírla. Solo quería asegurarme de que *usted* pudiera oírse a sí misma.

McKinley esbozó una sonrisa fría y amarga. —Hay cosas en marcha aquí que escapan a su competencia. Así que sean buenos chicos y lárguense de vuelta a donde pertenecen. Dejen la investigación en manos de mi policía. ¿He sido clara? —No esperó a que respondieran. Con un gesto de desdén, dijo—. Espléndido.

Como invocada por un genio, Deborah apareció al lado de Austin y los escoltó fuera de la sala.

—Vaya —dijo Sy en el ascensor—, me pregunto de dónde le *pudo* venir a Fiona la idea de que era una elitista.

24

El ferry a la Estatua de la Libertad guardaba poco parecido con los del estado de Washington. No era una mula de carga utilitaria que surcaba las aguas de Puget Sound cargada de viajeros, turistas, coches y bicicletas. Se trataba de una embarcación de pasajeros elegante y especializada con un único propósito: transportar visitantes de ida y vuelta a la Dama de la Libertad.

Austin se apartó el pelo de los ojos mientras el viento azotaba desde el agua con una intensidad que nunca había sentido en los ferris que cruzaban Puget Sound. Al estar en la cubierta al aire libre, el viento también le atravesaba la chaqueta y la hacía ondear como una bandera en medio de una tormenta. Tras él, el perfil de la ciudad se alejaba. Delante, la Estatua de la Libertad se alzaba verde y majestuosa contra el cielo azul intenso, una imagen conmovedora.

Al seguir a Sy al interior de la cabina, notó que el tono general de los pasajeros del ferry también era distinto. Los ferris de Washington eran silenciosos, a excepción de los días de partido de los Seahawks o los Mariners. Lo más habitual era que la gente leyera, tomara café, mirara el móvil, trabajara con el portátil o charlara en grupos pequeños. Este barco bullía con el parloteo animado de turistas eufóricos.

Sy se detuvo de repente, señalando un pequeño puesto con una cola que se extendía ante él. —Es él. Es Joey Green.

—Vamos —dijo Austin—. Te invito a un perrito caliente.

A través de su investigación en internet, se habían hecho una idea bastante precisa de quién era Joey Green. Por lo que habían podido averiguar, era el vivo retrato de Nueva Jersey. Aunque no compartía nada de su pasado en las redes sociales, publicaba vídeo tras vídeo en los que daba opiniones contundentes sobre los equipos deportivos de Nueva Jersey y Nueva York, lo que hacía pensar a Austin que el pobre Joey se había equivocado de profesión y debería haber sido locutor de radio deportiva. También habían descubierto que tenía una hija llamada Becca. Fue padre con solo dieciocho años.

Green pasaba de los treinta, tenía una constitución compacta y musculosa y una presencia inquieta, aunque su rostro tenía un aire languidecido que sugería noches que se alargaban o madrugones excesivos. Quizá ambas cosas. Y sus ojos revelaban mucho, saltando del queso de los nachos a los refrescos y a los clientes de una forma casi paranoica.

Situado a tres personas de distancia en la cola mientras servía nachos y pretzels a los turistas, Austin reconoció el tatuaje de su antebrazo: una calavera en llamas con una gorra de la Marina.

Cuando llegaron al principio de la cola, Austin dejó que la persona que tenían detrás pasara primero. Cuando el cliente se marchó con su botella de agua, Austin puso las manos sobre el mostrador. —Dos perritos calientes, por favor.

Green lo observó con recelo, probablemente preguntándose por qué había dejado pasar a alguien delante de él. Luego se dio la vuelta y trajo los perritos. —Diez pavos exactos.

—Oye, ¿tú no eres Joey Green? —dijo Sy—. Te reconozco de Facebook. ¡Vamos, Devils!, ¿verdad?

Green sonrió con una dentadura amarillenta y torcida. —Este año tienen buena pinta. Si consiguen encontrar a un portero que sepa qué demonios está haciendo, a lo mejor llegamos a alguna parte.

Austin pagó los perritos. —Oye, hay otra cosa.

Llevaba diez minutos dándole vueltas a cómo abordar a Joey. Se daba cuenta de que no iban a poder engañarlo para que revelara nada de su pasado, así que decidió ir directo al grano. —Tu nombre

ha salido en un caso en el que estoy trabajando. Soy investigador privado. Thomas Austin.

Le tendió la mano para estrechársela, pero Joey retrocedió, sus ojos saltando de Austin a Sy, y luego de nuevo a Austin.

—Escucha, no has hecho nada malo —continuó Austin, intentando imprimir en su voz toda la seguridad posible—. Mi caso apenas tiene que ver contigo, o nada en absoluto. Solo estoy siguiendo unas pistas sobre el USS Sea Prowler.

Joey se cruzó de brazos, tensando el antebrazo y relajándolo una y otra vez, lo que hacía que la calavera en llamas con la gorra de la Marina pareciera hincharse y encogerse como si realmente estuviera ardiendo.

—Verás, el caso que estoy investigando tiene que ver con una red importante de contrabando de drogas. Muchos peces gordos. El sudeste asiático. Quizá los Namgung. —Con cada palabra, Austin observaba los ojos de Joey, buscando un destello, un tic, algo.

Pero no obtuvo nada. Solo un ceño fruncido y duro, típico de Nueva Jersey.

—Sé que ahora estás más limpio que una patena —ofreció Austin. Podía sentir cómo la determinación de Joey Green se endurecía—. Créeme. Pero en aquellos tiempos, bueno, nos preguntábamos si tal vez podrías contarnos algo sobre algunas de las cosas que pasaban en el submarino entonces. Quizá decirnos si alguien más podría estar involucrado. Altos mandos de la Marina, tal vez algunos políticos o...

No estaba seguro, pero Austin creyó que sus ojos se habían congelado momentáneamente al oír la palabra *políticos*.

Miró a Sy, que también lo había visto. —Políticos —dijo Sy—. Una panda de ladrones, si me preguntas a mí. Siempre intentando que el ciudadano de a pie se coma el *marrón* mientras ellos se quedan con todo el dinero de verdad. ¿No tengo razón, Joey?

De repente, algo iba mal, pero Austin no sabía qué era. El ferry había aminorado la marcha, se había quedado en silencio.

—Estamos a la deriva —dijo Sy. Miró a Joey—. ¿Qué ha pasado?

—Hemos tenido problemas con la embarcación —dijo Joey con voz cautelosa—. El motor se para a veces. Ya lo arreglarán.

Aunque estaban cerca de su destino, el ferry derivaba lenta y silenciosamente, sin el traqueteo habitual.

Austin se cruzó de brazos. —¿Dices que esto pasa mucho?

—Solo en la última semana. —Joey se dio la vuelta y echó una nueva tanda de granos de maíz en el palomitero de metal enganchado a la parte superior de una gran vitrina de cristal—. Un problema del motor. Lo están mirando. Supuestamente. —Puso en marcha la máquina, que emitió un rugido sordo cuando empezó a calentar—. A mí me da igual. Tal como lo veo, cuanto más tiempo pasen navegando, más hambre les entra. Venderemos unos cuantos perritos extra en este viaje. Y palomitas.

Austin decidió que no mentía, al menos no sobre los problemas de motor del barco. —Bien, eso nos dará más tiempo para hablar nosotros también.

—No puedo decir mucho sobre el pasado. Pero preguntadme lo que sea y, si puedo, responderé.

—Bueno, solo queremos saber quién más podría estar implicado —dijo Austin.

Justo cuando los granos empezaron a explotar, Joey se apoyó en ambas manos para saltar sobre el mostrador, derribando un pequeño expositor de chocolatinas. En un esprint a toda velocidad, atravesó la puerta de cristal hacia la cubierta.

—¿A dónde demonios se cree que va? —preguntó Austin, desconcertado.

—No es racional —dijo Sy—. Ese tipo es un animal enjaulado. Enjaulado por su pasado y por el miedo. Al menos ha tenido el detalle de ponernos una tanda de palomitas.

Austin se dirigió hacia la puerta. —Aun así, no va a escapar.

25

Austin divisó a Joey entre la multitud que bordeaba el costado de la embarcación. Con una descarga de adrenalina, salió disparado, abriéndose paso entre el gentío de turistas. Sus zapatos resonaron contra la cubierta metálica al rodear el lateral del ferri; el aire salino del mar se mezclaba con un sabor a metal frío —como morder una moneda de cinco centavos— que su sinestesia siempre le provocaba en momentos así.

Siguiendo a Joey, subió las escaleras de dos en dos hasta llegar a la cubierta superior. El viento le azotaba el pelo, trayendo consigo los sonidos distantes de risas y charlas de los niveles inferiores, puntuados por el graznido ocasional de alguna gaviota sobre su cabeza.

Probablemente se encontraban a tan solo un cuarto de milla de la Estatua de la Libertad, que se alzaba a espaldas de Joey contra el despejado cielo de octubre, con su antorcha en alto.

A contraluz por el sol de primera hora de la tarde, Joey estaba de pie al borde de la cubierta, apoyado contra un muro de plástico rígido.

—Joey, solo quiero hablar —exclamó Austin, con la voz luchando contra el viento.

Joey se dio la vuelta lentamente, con los brazos abiertos en un gesto de fingida inocencia. Una gaviota argéntea gigante descendió

y empezó a picotear el suelo cerca de ellos. Austin dio otro paso adelante, con la mirada clavada en la de Joey.

—Ya cumpliste tu condena —dijo Austin—. No soy agente de policía. No tengo ninguna autoridad aquí. De verdad. Solo quiero hablar.

—Vale —dijo Joey, lo cual pilló a Austin por sorpresa—. De acuerdo, hablaré. Solo que no quería hacerlo delante de esa tía. Me ponía nervioso. No soy muy fan de las de su tipo.

—¿De su tipo? Aquello desconcertó a Austin. Su formación le dictaba que debía mantener a Joey hablando. Cuanto más cómodo se sintiera el testigo, más probabilidades habría de que soltara algo. Al mismo tiempo, aquel tipo estaba empezando a cabrearle de verdad.

Austin avanzó hacia él y, en un abrir y cerrar de ojos, el pie de Joey salió disparado, propinándole una zancadilla a la altura del tobillo. La gaviota alzó el vuelo para evitar el alboroto. Antes de que Austin se diera cuenta de lo que pasaba, Joey estaba tirando de él hacia arriba con una fuerza sorprendente. Austin braceó, golpeando con los brazos el murete que separaba la cubierta superior del vacío.

Joey lo empujó contra el muro. Austin echó la cabeza hacia delante, golpeando a Joey en la nariz. La sangre salpicó el rostro de Austin, nublándole la vista. Pero el golpe no pareció afectar a Joey porque lo siguiente que supo Austin fue que estaba cayendo. Joey lo había levantado a medias y empujado por encima de la barandilla.

El mundo dio vueltas mientras se estrellaba contra la cubierta del nivel inferior. El impacto le sacudió el hombro y su cabeza golpeó contra la dura superficie.

Su visión se volvió borrosa y sus sentidos se inundaron del regusto metálico de su propia sangre, los graznidos ásperos de las gaviotas y el murmullo lejano de la ciudad.

El brillante día de octubre pareció volverse gélido de repente mientras la oscuridad empezaba a colarse por los bordes de su visión. Esto, Austin lo sabía bien, era lo que se sentía al sufrir una conmoción cerebral.

26

Sy divisó a Joey bajando a toda prisa por las escaleras y se mantuvo a la distancia justa para seguirlo sin que se diera cuenta. Pero el transbordador era pequeño y ninguno de los dos podría evitar al otro por mucho tiempo.

¿Pero dónde demonios estaba Austin? Ella pensaba que había perseguido a Joey hasta la cubierta superior, pero cuando llegó a las escaleras que subían, vio a Joey bajando.

No había tiempo para pararse a pensar en eso. Joey rodeó apresuradamente la parte delantera del barco y luego se metió por una puerta. Una placa de madera en el exterior rezaba: «Seguridad».

Tragando saliva, Sy entró tras él.

—Sacadla de aquí —ladró Joey—. Me está acosando. Me sigue. Ya había llegado a la esquina de la pequeña habitación y un par de guardias de seguridad con chalecos amarillos estaban cerca de la puerta, con cara de sorpresa al verla llegar.

Pensando rápido, sacó su placa. —Symone Aoki, NCIS.

Austin había intentado ir por las buenas. Ella iba a probar una ruta distinta.

Los guardias de seguridad retrocedieron, cediendo instintivamente ante la placa. No tenían por qué saber que estaba suspendida.

—La cuestión es esta, Joey: yo...

—¿No podéis echarla o algo? —suplicó Joey a los guardias—. Trabajo aquí. Yo...

De repente, el motor rugió con fuerza y se oyeron algunos vítores desde el exterior. Lentamente, el ferry reanudó su curso hacia la isla.

Todos en la oficina de seguridad hicieron caso omiso.

—Esto es lo que sé de ti, Joey. Fuiste un atleta en el instituto. Te alistaste en la Marina, probablemente porque creías en servir a tu país y también porque no tenías muchas más opciones. Sospecho que ya trapicheabas cuando te alistaste. Nada serio, quizá solo algunos analgésicos, anfetaminas, cosas de esas.

Él levantó las manos para objetar, pero Sy lo silenció con la mirada.

—Pero aquí está el tema. En algún momento, a mediados de la década de los diez, alguien se te acercó. Quizá tenía algo contra ti. Quizá usó a tu hija pequeña en tu contra.

A él le brillaron los ojos.

—Sí, lo sé todo sobre Becca. Por cómo presumes de ella en Facebook, se nota lo mucho que la quieres.

—Déjala fuera de esto —dijo Joey.

—Lo siento, pero no puedo hacerlo. Verás, necesito averiguar cómo consiguieron que les ayudaras. Mi trabajo es descubrirlo. Y al igual que tú harías cualquier cosa para protegerla a ella, yo haré cualquier cosa para *hacer mi trabajo* porque es igual de importante para *mí*.

¿Dónde narices estaba?

Austin se incorporó, parpadeando lentamente y llevándose la mano instintivamente al hombro, que tenía entumecido.

Un joven estaba acuclillado a su lado. —¿Se encuentra bien? —preguntó el hombre—. Soy estudiante de medicina y... lo he visto

todo. Ha caído sobre el hombro, por suerte; si no, se habría roto el cuello.

Se frotó el hombro e intentó moverlo. —No noto nada ahí. Me preocupa más la cabeza. —Intentó levantarse, pero se tambaleó al tratar de impulsarse, así que se sentó con las piernas cruzadas.

El estudiante de medicina puso una mano en la rodilla de Austin. —Es probable que tenga una conmoción cerebral. Si tiene el hombro entumecido tras una caída así, no es algo que deba tomarse a la ligera. Podría tratarse de varias cosas. —Se señaló su propio hombro, usándolo como apoyo visual—. Tiene un montón de nervios que pasan por esta zona, ¿sabe? Si se ha lesionado uno de ellos, podría causar entumecimiento u hormigueo. Si un nervio se estiró demasiado o se pinzó al caer, podría estar interfiriendo con las señales que envía al cerebro. Ahora bien, si se ha dislocado el hombro, que es cuando el hueso de la parte superior del brazo se sale de la articulación, eso también podría causar entumecimiento, especialmente si la luxación está presionando un nervio.

Austin dejó que el chico hablara —parecía estar disfrutando—, pero mientras escuchaba, escudriñó la cubierta. Una pequeña multitud se había congregado a su alrededor; algunos lo miraban, otros lo grababan con sus móviles y otros miraban hacia la cubierta superior, a unos tres metros y medio de altura.

No vio ni a Sy ni a Joey.

El estudiante de medicina se echó hacia atrás, cruzando los brazos pensativo. —Y luego está la posibilidad de una fractura. Si se ha roto un hueso y está presionando un nervio, eso podría estar causando el entumecimiento. Pero, de nuevo, normalmente sentiría mucho dolor con una fractura. No soy más que un estudiante de medicina, pero no es algo con lo que convenga jugar.

—Gracias —dijo Austin—. No es una fractura. Lo sé. —No estaba seguro, pero no había oído ningún crujido, y eso le bastaba—. Intentaré que se me pase caminando.

Se impulsó hacia arriba, apoyando ambos pies en el suelo y levantándose lentamente. Tras aferrarse a la barandilla durante unos segundos e ignorar el consejo del estudiante, caminó hacia la parte delantera del ferry.

Sy no podía haber ido muy lejos.

27

Austin había buscado por todas las demás partes del ferry para cuando asomó la cabeza en la oficina de seguridad. Sy estaba de pie frente a Joey en la esquina, pero antes de que pudiera articular palabra, un guardia de seguridad de gran corpulencia salió a su encuentro, empujándolo fuera del umbral.

—No puede entrar ahí —dijo el guardia—. Reunión en curso.

—Vengo con la mujer que está ahí dentro.

—¿Usted también es del NCIS?

—Algo así —mintió Austin.

—¿Placa?

—Ese tipo que está ahí dentro acaba de empujarme por la borda desde la segunda cubierta.

El guardia retrocedió un paso y lo examinó de arriba abajo. —Parece que está bien.

Se le había despejado un poco la cabeza y el entumecimiento del hombro había desaparecido, sustituido ahora por un latido sordo acentuado por pinchazos de dolor. —Un intento de asesinato sigue siendo un intento de asesinato, aunque el intento falle.

—Mire, caballero, soy un guardia de seguridad en un ferry turístico que gana veintidós dólares la hora. ¿Sabe hasta dónde me llegan veintidós dólares la hora en Nueva York?

—¿No muy lejos?

—Me dan para un sofá en el salón de un piso de dos dormitorios con otras cinco personas. Esa señora de ahí dentro tenía una placa de verdad. Y me he fijado en que no está saliendo corriendo a dar la cara por usted. Enséñeme una y le dejaré entrar; de lo contrario, váyase al cuerno.

Austin retrocedió. El hombre tenía razón. ¿Por qué Sy no salía a dar la cara por él? Lo más probable era que pensara que tendría más suerte logrando que Joey hablara sin él allí.

A regañadientes, se dio la vuelta para marcharse.

Tras encontrar un banco en el costado del ferry, revisó su teléfono móvil, que, por suerte, no había sufrido daños en la caída. Si Sy iba a encargarse de la entrevista, quizá él podría avanzar en otro aspecto de la investigación. Llamó a Samantha, que respondió de inmediato.

—Esperaba que me llamaras —dijo ella—. Tengo noticias sobre tu lista.

Incluso a través del teléfono, Austin podía oír el sonido familiar de la lluvia golpeando una ventana, un contraste con el día brillante y soleado que él estaba viviendo. —Eso es estupendo —dijo Austin.

—La presidenta del Tribunal Supremo, Evelyn Lim. El cardenal James Dellacorte. Por lo que hemos podido averiguar, hay explicaciones razonables para lo que encontraste.

—Cuenta.

—La jueza Evelyn Lim. Dada su posición, supervisa numerosos casos y litigios. Eso es normal, y el hecho de que algunos incluyan casos de drogas o funcionarios municipales, también es normal. Ha sido más indulgente de lo que habrían sido otros jueces, pero es una jueza liberal. Es bastante indulgente en general, no solo en casos de drogas.

—Vale, pero...

—*También* hemos analizado a fondo sus finanzas y no muestra signos de corrupción. *Sigue el rastro del dinero*, como dice el refrán. No ha sido difícil porque, de todos modos, hemos estado vigilando las contribuciones de campaña y la corrupción, así que sabemos qué aspecto tiene. Está sin blanca. Bueno, no sin blanca, pero tan tiesa como puede estarlo un juez. A ver, gana doscientos cincuenta mil

dólares al año. Pero en Nueva York, siendo una divorciada de sesenta años con dos hijos en la universidad, eso en realidad no es tanto. Escribió un libro, pero no se vendió. No parece tener dinero extra.

—Interesante —dijo Austin, mientras el ferry empezaba a atracar.

—Y el cardenal James Dellacorte. Con él empezamos mirando sus finanzas personales. No está tan pelado como debería estarlo un cardenal, pero nada exagerado.

—¿De dónde sale el dinero extra?

—Ahí está el tema. Ha recibido algunas donaciones cuantiosas y sin explicar, que resultaban sospechosas de narices, pero resulta que procedían de transferencias bancarias desde Barbados, y no tienen nada que ver con los Namgung, ni con el fbi, ni con la policía de Nueva York, ni con el estado de Nueva York.

—Entonces, ¿de dónde *vienen*?

—¿Has oído hablar alguna vez de Talus Aaron Ockley?

—¿Es el tipo ese del espacio?

—Sí, entre otras cosas es el dueño de BlueSpace Horizon Industries, una empresa de vuelos espaciales comerciales que quiere colonizar Marte para 2045. En fin, es católico. Dona millones a todo tipo de causas, todo de forma anónima.

—¿Entonces cómo te has enterado?

Samantha se rió. —Bueno, no es anónimo para *mí*. En resumen, ha donado dinero a Dellacorte. Por lo que veo, ninguna conexión con los Namgung. Francamente, los miles de millones que gana Ockley con la tecnología están tan por encima de lo que recauda una organización como los Namgung que no hay punto de comparación. No hay nada ahí.

—Gracias, ¿alguna cosa más? —preguntó Austin.

—Bueno, con esas cinco personas, hay un torrente de desinformación ahí fuera. Parte de eso es simplemente cómo funciona Internet hoy en día, pero con esos cinco es de otro nivel. Es muy posible que Fiona recibiera información falsa. ¿Cómo de seguro estás de que es una de las cinco personas de esa lista?

Sy estaba al límite de su paciencia. Había probado con amenazas, mentiras y promesas, y ahora el ferry estaba a punto de atracar. Joey sabía tan bien como ella que no tenía derecho a retenerlo allí.

Así que decidió recurrir a algo que solo intentaba en las circunstancias más excepcionales. Su corazón. —Joey, sabes que no tienes por qué hablar conmigo. Claro que tengo esta placa, pero sabes que no significa mucho.

Miró a uno de los guardias y luego al otro, y volvió a mirar a Joey, que estaba sentado con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Voy a contarte una historia. La leí en el periódico hace unas semanas y no me lo creía, así que llamé a uno de los agentes de servicio y le pregunté si de verdad había pasado. Así fue. Es la historia de una niña de dos años en el Bronx. Su madre era madre soltera y la dejaba en la misma guardería de nueve a cuatro todos los días mientras ella se iba a trabajar. La pequeña era lista, divertida y carismática, y ya estaba aprendiendo a bailar. Su madre colgaba los vídeos en YouTube para que los vieran sus parientes.

Sy se puso de cuclillas frente a Joey y lo miró a los ojos. —Llamaron a la policía en la guardería cuando encontraron a la niña inconsciente, tirada en un rincón junto a un montón de piezas de Lego. Resultó que se había comido una pastillita que encontró en el suelo. Fentanilo. La destrozó por dentro. La mató en diez minutos.

Sy golpeó el suelo con la palma abierta, haciendo que Joey diera un respingo en la silla. —Una niña de dos años muerta por fentanilo en el Bronx mientras su madre trabajaba en la tienda de empanadas jamaicanas seis puertas más abajo. ¿Sabes cómo llegaron esas drogas a Nueva York, a esa guardería? Porque *yo* lo sé de sobra y creo que tú también. Uno de los empleados era adicto y se le había caído del bolsillo. Antes de eso, un contenedor del Sudeste Asiático, una mula de Colombia, quizá. No importa cómo exactamente, pero fue alguien como el hombre que solías ser tú quien la trajo.

Cerró los ojos y bajó la voz. —También sé que tienes una hija propia, una adolescente. Y sé que ya no haces las cosas que traen

esas drogas a Nueva York, pero ambos sabemos que una vez lo hiciste. ¿Verdad?

Volvió a abrir los ojos y, para su sorpresa, Joey estaba llorando abiertamente.

—Este es uno de esos momentos, Joey. Uno de los momentos en los que pensarás cuando tengas sesenta o setenta años. Estarás pensando en ello con arrepentimiento mientras bebes hasta perder el conocimiento porque no puedes soportar el dolor que te has causado a ti mismo al herir a otros, o estarás pensando en ello con una ternura agridulce porque, por una vez, elegiste hacer lo correcto. Porque fue un punto de inflexión en tu vida.

Hubo un largo silencio y luego Joey dijo: —Hemos atracado y tengo que cerrar el puesto de comida. El barco sale de vuelta en una hora. Bájate del ferry y nos vemos en diez minutos.

28

Sy le explicó la situación a Austin mientras seguían a la multitud que desembarcaba del ferry. En lugar de continuar por la pasarela hacia la estatua con la masa de turistas, buscaron un sitio en un banco y esperaron.

Tras diez minutos, durante los cuales Austin la puso al tanto de su llamada con Samantha, Austin preguntó: —¿Estás segura de que no te está dando plantón?

—¿Segura? No. Pero no creo que lo haga. En realidad, creo que es un buen tipo.

Austin se frotó el hombro. El dolor agudo se había convertido en un latido agonizante, pero estaba bastante seguro de que no estaba roto. —Me empujó por la borda.

—Estaba asustado, esa es mi teoría.

—Se pasó un poco de la raya, ¿no crees? Y nunca mejor dicho.

Sy se encogió de hombros. —Oh, estás bien.

—Qué fácil es decirlo. No has sido tú la que...

Ella señaló. —Ahí.

Joey se acercaba a ellos, dando una calada a un vapeador y soltando un chorro de vapor gris pálido hacia un lado.

Austin se puso en pie mientras él se aproximaba. Si Sy tenía razón y estaba dispuesto a hablar, lo último que quería era

espantarlo. —Sin rencores —dijo cuando Joey estuvo cerca—. Y me marcharé si solo quieres hablar con Sy.

Joey miró a Sy, luego negó con la cabeza y volvió a mirar a Austin. —Antes dije que no me gustaba su tipo. Eso era una estupidez. La madre de mi chica era de Corea del Sur. De hecho, todavía lo es. Me dejó y, bueno, estoy cabreado desde entonces. La señorita Aoki me recordó a ella y... —sacudió la cabeza violentamente de un lado a otro, y luego dio otra calada a su vapeador— últimamente no tengo la cabeza en su sitio. A veces digo cosas raras.

—Todo perdonado —dijo Sy, intentando pasar página lo antes posible tras su extraña y confusa confesión—. Toma asiento.

Joey se pasaba el vapeador de mano en mano con nerviosismo. —Lo que voy a contaros podría hacer que me maten. Por eso huí, por eso te empujé por la borda. —Cerró los ojos con fuerza—. Esta mañana he recibido un vídeo.

—¿Era un hombre llamado Jorge atado a una silla? —preguntó Austin—. ¿Con un ejemplar del periódico y la fecha de hoy rodeada con un círculo?

Joey levantó la vista. —¿Cómo lo habéis sabido?

Sy dijo: —Porque nosotros también lo hemos recibido. La gente que está detrás de esto es peligrosa. Están haciendo limpieza. Mi presentimiento, Joey, es que los has encubierto en el pasado. Y quieren asegurarse de que vas a seguir callado.

Él asintió. —Así es.

—Te recompensarían generosamente si les dijeras dónde estoy —dijo Austin—. Si los llamas ahora mismo y les dices dónde me encuentro, te deberán una muy grande.

A Joey se le agrandaron los ojos y pareció estar considerándolo.

Austin esperó hasta que el hombre se giró para mirarlo y luego dijo: —Te digo esto porque necesito que confíes en mí, Joey.

El rostro de Joey se mantuvo neutral. —No confío en nadie.

—Pero aun así, no vas a llamarlos, ¿verdad?

Joey miró al suelo. —Ese es el problema. No hay un «ellos». Yo era un mindundi. Ni siquiera sé quiénes *son* «ellos».

—Entonces cuéntanos lo que *sí* sepas —dijo Sy.

Mientras el viento soplaba suavemente entre los árboles sobre ellos y los turistas sacaban fotos de la Estatua de la Libertad a unos cientos de metros, Joey contó su historia. —Soy un tipo bastante sencillo. De Jersey de pura cepa. Mitad italiano, mitad judío. Crecí pensando que jugaría para los Devils, y si no con ellos, con los Yankees. —Se rió, sacudiendo la cabeza—. ¡Qué crío más tonto! Ser shortstop de los Yankees era mi *plan B* si no era lo bastante bueno para jugar al hockey profesional.

—Resumiendo, no se me daba mal en el instituto, pero no tenía nivel para el equipo de la universidad. En mi primer año me enganché a las pastillas para el dolor, primero por un dolor real y luego por diversión. Así que me alisté en la Marina, de cocinero, cocinero naval, pero eso apenas pagaba las facturas. Nada parecido al sueldo de la NHL, ¿verdad? Así que me metí en algunas actividades al margen. Nada serio al principio, solo haciendo de mensajero de algunas drogas recreativas.

—Pero una cosa llevó a la otra y la policía local me pilló. Pensé que estaba acabado. Pero entonces aparecieron los federales con una oferta que no pude rechazar. Querían que fuera un chivato a cambio de una sentencia suspendida. Dijeron que algo pasaba en la Marina y que si podía quedarme por allí a ver qué encontraba. Por aquel entonces ya tenía a mi hija y, bueno, ya no es que fuera a ganar ningún premio al padre del año, pero ir a la cárcel no iba a ayudar, ¿sabes?

Se levantó y se alejó unos pasos, volvió a dar una calada a su vapeador, sopló el vapor lejos de ellos y se volvió a sentar.

«Muy considerado», pensó Austin.

—Pero esos federales tenían planes más ambiciosos —continuó —. Querían que me infiltrara, una infiltración *profunda*. La idea era que me hiciera colega de los peces gordos, me integrara y luego ayudara a desmantelar toda la operación desde dentro. El problema fue que nunca *conocí* a ningún pez gordo.

—¿Solo a un par de mindundis? —preguntó Sy.

—Exacto. Un tipo llamado Manny se me acercó cuando oyó que yo estaba dispuesto a ciertos acuerdos y a partir de ahí fue sencillo. Durante tres años traje droga del este en latas del número diez. Ya

sabéis, las grandes llenas de tomate, o judías o lo que fuese. *El Hombre de las Diez Latas*, me llamaban. Nunca llegué a ver ni un grano del polvo yo mismo. Cuando atracábamos en cualquier lugar del sudeste asiático, yo me encargaba de supervisar el reabastecimiento de comida. Y siempre había unas treinta latas de judías blancas o maíz o lo que fuera marcadas con un pequeño trébol en el fondo. Eso me indicaba que no debía cocinarlas. Yo dirigía la cocina, así que no era gran cosa. Cuando volvíamos a casa, tres meses o seis meses después, un tipo venía a recogerlas.

—¿Qué tipo? —preguntó Sy—. ¿Manny?

—Qué va. Un blanco, pero ni italiano ni judío. Era de la Marina, o al menos llevaba uniforme. Parecía, no sé, un tipo de los que hacen surf. Pero esa es la cuestión. Sé que él también trabajaba para La Pesadilla, pero nunca hablamos de ello. Mi trabajo consistía simplemente en no usar esas latas y asegurarme de estar allí para la descarga. Como he dicho, yo era un mindundi. Manny también. Siempre tuve la sensación de que había cien Mannys por ahí, cien Joey Greens. Y no solo en la Marina. Contrabandeaban el producto de cien maneras diferentes.

—¿Has dicho un pequeño trébol en las latas? —preguntó Austin.

—Sí, un sello pequeño justo al lado de la fecha de caducidad. Había que saber dónde mirar.

—¿Y Manny? —preguntó Sy—. ¿Qué fue de él?

—Murió al cabo de un año, lo atropelló un conductor borracho, o eso oí. Recibí una carta diciendo que nada cambiaría, así que seguí buscando esas latas y dándoselas al tipo surfero.

—¿Y cómo te pagaban? —preguntó Austin.

—Ah, sí, se me olvidaba. Una de las latas siempre estaba marcada con un trébol junto con una especie de florecita, no sé. Difícil de explicar. Curiosamente, esa lata siempre pesaba un poco más que las demás. Veinte mil pavos en efectivo. Siempre igual. Aunque no pesaba más por el dinero. Llenaban el fondo con hormigón para que no se notase que no estaba llena de comida. Pero sí, esas pesaban más. —Soltó una risita—. Los federales hasta me dejaron quedarme con la mitad del dinero para que no pareciera que estaba demasiado pelado, esos cabrones. En fin, al final me

pillaron. Alguien se chivó. La policía local me detuvo y pensé que estaba a salvo. Los federales no son unos payasos, pensé, darán la cara y arreglarán las cosas. Pero los federales no informaron a los de la local, y esos fiscales pensaron que habían atrapado a un auténtico barón de la droga. —Sonrió—. Al pobre Joey Green de Jersey.

—¿Entonces qué pasó? —preguntó Sy.

—Silencio administrativo. Me dejaron en leído, como dicen los chavales. Yo era como el portero de los Devils con la red vacía y sin defensas a la vista. Me licenciaron con deshonor y los federales me soltaron de la mano para mantener mi tapadera; no les importaba que estuviera cumpliendo condena.

—Pero solo has acabado cumpliendo un par de años de una sentencia de diez —dijo Sy—. ¿Quizá los federales intervinieron en tu favor?

—Esa es la parte rara —dijo Joey—. No tengo ni idea de *cómo* me conmutaron la pena.

—El gobernador firmó la orden —dijo Austin.

—Bueno, sí, pero él es un hombre de negocios —dijo Joey—. ¿Quién mueve los hilos? Podrían haber sido los federales corrigiendo un antiguo error. O podría haber sido La Pesadilla, pensando que yo había demostrado que no era un chivato.

Austin consideró esto. Claro, era posible que el gobernador estuviera haciéndole un favor a alguien, pero también era posible que el favor fuera para sí mismo. Después de todo, era una de las cinco personas en la lista de Fiona.

—Entonces —dijo Sy—, has mencionado a La Pesadilla...

—Era el jefe, al menos eso me dijo Manny. Y creo que el surfero también lo mencionó una vez.

—¿Estás seguro de que era un «él»? —preguntó Sy.

Joey lo consideró y luego negó con la cabeza. —Supongo que soy un poco machista. Podría haber sido una mujer.

—¿Has oído alguna vez otro apodo para esa persona? —preguntó Austin.

Joey arrugó la cara. —Los federales me preguntaron eso una vez, cuando les estaba pasando un informe. Nunca oí ningún otro

nombre para el jefe, pero ellos dijeron que quien estuviera dirigiendo esto tenía dos nombres. Uno era La Pesadilla. El otro era El Mago.

Austin escuchó cómo el viento agitaba los árboles sobre él. Era un dato interesante, pero la verdad era que tener otro apodo para la mente maestra no les acercaba mucho más a descubrir quién era.

Se levantó y caminó trazando un pequeño círculo. El dolor en su hombro se estaba volviendo tan intenso que tenía que moverse para mantenerlo a raya. —¿Tuviste alguna vez la sensación de que la cosa llegaba más arriba en la Marina?

—Eso puedo decirlo con seguridad: no. Puede que trabajáramos para un profesional, pero lo nuestro era de aficionados, tío. Nadie en la Marina lo sabía, excepto un par de curritos de bajo nivel como yo. —Negó con la cabeza—. No, quienquiera que estuviera detrás de esto estaba fuera.

—Voy a ser directo —dijo Austin—. La alcaldesa McKinley. El vicegobernador Mark Richardson. El director del FBI Walter Perkins. ¿Alguno de esos tres tiene alguna conexión que tú conozcas?

Joey no dijo nada.

—¿Podría alguno de esos tres ser La Pesadilla, El Mago?

—Nueva York es corrupta de narices. *Cualquiera* de esos tres podría serlo, pero no tengo ni idea de cuál de ellos, o si es alguien totalmente distinto.

29

El hedor a pescado empezaba a superarlo.

La soga áspera le rozaba las muñecas a Jorge mientras giraba y maniobraba las manos lentamente.

Le había llevado una hora recuperar el conocimiento tras la paliza. Estaba magullado, apaleado y ensangrentado, pero no estaba *muerto*. Y no les había dicho ni una maldita palabra.

Por ahora, con eso bastaba.

Su entrenamiento le había enseñado a trabajar metódicamente con las ataduras, incluso bajo un dolor atroz. Así que giró y tiró, aflojando milímetro a milímetro las cuerdas que le oprimían. Las fibras estaban tensas, entrelazadas con pericia por sus captores en capas de nudos intrincados.

Jorge se concentró en encontrar cualquier debilidad en el nudo, alguna minúscula holgura o un lapso en la tensión. Mantuvo sus movimientos sutiles, imperceptibles por si acaso lo estaban vigilando.

Parecía que una tormenta pasaba sobre él mientras Jorge trabajaba. Con cada pequeño movimiento de sus manos, sentía que los nudos cedían muy ligeramente. Un milímetro aquí, un milímetro allá. La huida sería un proceso lento y penoso, y eso suponiendo que no lo mataran primero.

La mente de Jorge voló a la noche en que conoció a María, hacía más de veinte años. Acababa de empezar en el FBI y aún se estaba acostumbrando a la ciudad. Aquella fría tarde de otoño, se había refugiado en un acogedor club de jazz tras un largo día en la oficina. Una cantante sensual subió al escenario y Jorge quedó cautivado al instante tanto por su voz como por su belleza. Entablaron conversación entre pases y, más tarde, pasearon por las calles de la ciudad hasta el amanecer. María se movía con tal elegancia, con los ojos chispeantes mientras compartía sus sueños de cantar en escenarios más grandes. Cuando la luz de la mañana asomó entre los rascacielos, Jorge supo que había encontrado a alguien especial. Se convirtió en su esposa poco después, y el recuerdo de su mágica primera noche permaneció vívido a lo largo de todos los años. Nunca llegó a los escenarios más grandes, pero seguía cantando dos veces por semana en el mismo club de jazz. ¡Qué no daría por estar sentado de nuevo entre el público, escuchando su voz!

Concentrado en su tarea, se abstrajo del trueno e ignoró la lluvia que goteaba por las grietas del tejado del viejo almacén. Tenía un único objetivo: seguir aflojando, seguir progresando, sin importar cuánto tiempo le llevara, sin importar lo poco que avanzara.

Suponiendo que fueran a pegarle un tiro, tarde o temprano la policía encontraría su cuerpo. Cuando lo hicieran, quería que descubrieran que había logrado aflojar las ataduras, aunque fuera un poco.

Quería que pudieran decirle a María que había empleado sus últimas horas intentando escapar. Que no se había rendido. Que había hecho todo lo posible por volver a casa con ella.

30

—Creo que me he equivocado viniendo aquí —dijo Austin mientras Joey desaparecía de nuevo en el ferry—. Me he equivocado totalmente al involucrarte a *ti*. Lo siento.

Sy se giró hacia él. —Yo no. Por muy loco que parezca, me lo estoy pasando bien.

Una lluvia ligera empezó a caer, poniendo fin a la racha de buen tiempo que habían tenido.

Austin estiró las piernas frente a sí y se reclinó; la lluvia le enfriaba la piel y la profundidad de su dolor y agotamiento le golpearon de lleno. —No estamos en ninguna parte. Esa es la verdad.

—¿A qué te refieres? Tienes la lista de sospechosos de Fiona, has eliminado a dos de ellos y...

Austin se puso en pie de repente. —Tenemos tres sospechosos, y eso asumiendo que Fiona tuviera razón. También podría ser otra persona. Y no tenemos forma real de averiguar nada sobre ellos. Sin mencionar que son tres de las personas más poderosas del estado, del país. No sé en qué demonios estaba pensando.

Austin empezó a caminar en dirección al ferry, que estaba embarcando para el viaje de vuelta a la ciudad de Nueva York. Sy se levantó y trotó unos pasos para alcanzarlo.

—Nunca te había oído sonar tan desanimado —dijo Sy—. No es propio de ti, esa autocompasión.

La frase le dolió, pero no lo suficiente como para sacarlo de ese estado. Se metió las manos en los bolsillos y levantó la vista hacia la Estatua de la Libertad. En cualquier otro momento, se habría maravillado de su tamaño, de su belleza estoica. Habría reflexionado sobre lo que representaba, se habría sentido inspirado para leer un libro sobre su creación y sobre cómo y por qué los franceses la construyeron y se la regalaron a Estados Unidos.

Pero, para su vergüenza, mientras subían al ferry se sorprendió buscando un pensamiento, una frase para intentar justificar su autocompasión. Entonces sonó su teléfono. Era un número con el prefijo 360, el código de área de gran parte del condado de Kitsap, de su hogar. Solo le había dado ese número a dos personas: a Kendall y al veterinario.

—¿Diga?

—¿Hablo con Thomas Austin?

—Sí, soy Austin. ¿Es por Run?

—Por la corgi, sí, y lo siento mucho, pero no tenemos muy buenas noticias, Sr. Austin.

El estómago de Austin se hizo piedra. Fue como si su cuerpo estuviera anticipando lo peor y sintió un sabor a hielo. Pero no un hielo normal, frío y neutro. Era como el hielo que se deja al descubierto en el congelador durante años, quemado por el frío hasta el punto de poder arruinar cualquier bebida en la que se introduzca.

—Pensábamos que estábamos fuera de peligro tras la cirugía, pero por desgracia Run ha empeorado —dijo el veterinario—. Sus niveles de amilasa y lipasa se han vuelto a disparar, lo que indica que su pancreatitis ha vuelto a brotar. Esto también ha causado otras complicaciones. Ha desarrollado neumonía y sus valores renales muestran signos de una lesión renal aguda. Básicamente, su páncreas está inflamado y los vómitos han provocado la aspiración de comida o líquidos, causándole neumonía. Sus riñones están bajo estrés por la deshidratación.

La boca de Austin estaba fría y seca, pero oyó que de ella salían palabras. — ¿Qué significa eso ahora mismo? ¿Necesita otra operación? ¿Se recuperará?

—No necesitaremos más cirugía. Pero es probable que tenga que quedarse unos días más para recibir líquidos intravenosos, antibióticos y medicación para controlar el brote de pancreatitis. Le daremos cuidados de apoyo con sueros y la vigilaremos de cerca. La mayoría de los perros se recuperan bien con este tratamiento más conservador una vez que la inflamación inicial se reduce quirúrgicamente. Soy optimista dada su mejoría inicial, pero quería que fuera consciente de que puede ser una recuperación más larga de lo que anticipamos al principio. Hay que esperar lo mejor y prepararse para lo peor. Le daremos los mejores cuidados posibles.

Las siguientes palabras salieron de su boca antes de que llegara a registrarlas como un pensamiento. —Estoy en Nueva York, pero volaré de vuelta esta misma noche. Estaré allí lo antes posible.

31

La cabeza de Austin golpeó contra la ventanilla y, durante medio segundo, estuvo despierto. Al abrir los ojos brevemente, vio cómo Nueva York desaparecía tras él. — ¿Cuánto falta?

El taxista habló con un marcado acento ruso. — JFK, diez minutos.

Echó un último vistazo a Manhattan, brumosa, lluviosa, gris y desolada. «Buen viaje», pensó.

Había pasado por el hotel para recoger algunas cosas, se había despedido torpemente de Sy —momento en el que probablemente se había disculpado demasiadas veces por haberla involucrado en esto— y luego se había subido al primer taxi que había encontrado. Se había quedado dormido a los pocos minutos; el dolor del hombro se había combinado de algún modo con su dolor de cabeza punzante para dejarlo fuera de combate.

Ahora, a diez minutos del aeropuerto, lo único que quería era dormir. Y mientras volvía a sumirse en el sueño, esta vez soñó.

Caminaba por la playa de Hansville, preocupado porque Run no estaba allí. A medida que avanzaba, su inquietud crecía. ¿Por qué la

arena era blanca y roja? ¿Dónde estaba Run? Sus juguetes estaban allí. Su pequeño frisbee amarillo, tres o cuatro pelotas de tenis en diversos estados de destrucción, incluso un juguete de goma para masticar que creía haber perdido.

Pero ¿dónde estaba Run?

Empezó a apresurarse por la playa. Pero la arena estaba húmeda y se volvía toda de color rojo, y él no dejaba de hundirse; perdió los zapatos, pero siguió corriendo y corriendo, buscando y buscando.

De repente estaba a gatas buscando a Run debajo de los troncos, dentro de los arbustos y detrás de las rocas. Pero no estaba en ninguna parte. Se hundía en la arena roja y húmeda y no podía respirar.

De pronto estaba en otro lugar. En un refugio de perros del Upper West Side con Fiona, y hablaban de tener un bebé; ella no dejaba de proponer nombres absurdos como Pinesol, Armario y Helado.

Y ella también estaba comiendo helado. De menta con chocolate, su favorito.

Pero ¿por qué estaban en un refugio de perros y por qué la conversación no dejaba de oscilar entre adoptar un perro y tener un bebé? No lograban decidirse, y todos los perros empezaron a ladrar a la vez, cada vez más fuerte, recorriendo todos los tonos, todas las notas, hasta que Austin dejó de oír a Fiona. Y ella seguía sonriendo y comiendo su helado y enumerando nombres de bebés aunque Austin ya no pudiera oírla.

Luego estaba en el trabajo, era un hombre joven y seguía buscando a Run por su antigua oficina del NYPD. Ya no llevaba zapatos y tenía los pies cubiertos de arena roja.

Buscó a Run debajo de una mesa en la sala de descanso. Detrás del mostrador de recepción. En la sala de pruebas.

Y luego buscaba a Fiona, y luego otra vez a Run, y luego otra vez a Fiona, y seguía descalzo. Buscó en viejos archivadores y en los cajones de los escritorios y detrás del dispensador de agua, y siguió buscando y buscando. Se golpeaba repetidamente el hombro contra puertas y paredes, así que cuanto más tiempo buscaba, más le dolía. Y mientras tanto, se iba haciendo más joven hasta ser solo un

niño, de unos diez años, deambulando solo por una sala de pruebas del NYPD, a altas horas de la noche, perdiéndose entre las altas estanterías apiladas con cajas.

Y su amigo David estaba allí. Su amigo que había muerto. Su problemático y brillante amigo del NYPD.

Y David empezó a citar libros y películas, intentando decirle a Austin qué hacer. Algo sobre que necesitaba descubrir cuál era su catedral y construirla. Pero los perros ladraban de nuevo, y Fiona intentaba decirle nombres de bebés y él no podía oír ni a Fiona ni a David ni a nadie. Solo los ladridos de los perros.

Estudió la extraña expresión del rostro de David como si fuera capaz de leerle los labios. Empezó a distinguir palabras.

El
Lo
Poesía
Ascensor
Mortal
Similar

Todas las palabras individuales tenían sentido, pero no lo tenían juntas, no formaban una frase coherente, y entonces Austin se dio cuenta de que David no tenía la respuesta. David ni siquiera conocía la pregunta. David solo estaba gesticulando palabras al azar. Se estaba burlando de él.

Y entonces el rostro de David se convirtió en el rostro del padre de Austin, que seguía hablando mientras Austin seguía estudiando sus labios.

Muerte
Occidental
Madre
Miedo

Vio las palabras formándose en los labios de su padre, pero seguía sin poder extraer ningún significado de ellas.

Silencio
Muerte
Gráfico
Muerte

Muerte

Muerte

La cabeza de Austin golpeó contra la ventanilla y se despertó.

Cerró los ojos con fuerza de inmediato, intentando que el sueño continuara, intentando unir las palabras en algo coherente, en algo con significado.

¿Qué intentaban decirle David y su padre?

—Ya casi hemos llegado —dijo el taxista, ajeno a los mundos perturbadores de los que acababan de arrancar a Austin.

Buscó su cartera, sacudió la cabeza de un lado a otro y se presionó las mejillas con las palmas de las manos. Sacó sesenta dólares y agarró su bolsa de lona del asiento de al lado, colocándosela en el regazo.

Austin no soñaba mucho, o al menos rara vez recordaba sus sueños. Mientras hacía cola para el billete, todavía estaba aturdido.

Una vez había leído unos capítulos de un libro de psicología popular sobre los sueños, y la mayor parte le había parecido una sarta de tonterías. Pero un consejo se le había quedado grabado a pesar de su cinismo: *Al pensar en tus sueños, no te centres solo en lo que ha pasado; céntrate, en cambio, en cómo te has sentido. ¿Cuál era el estado emocional en el que te encontrabas mientras veías cómo se desarrollaba la historia del sueño?*

Parte del sueño tenía sentido, los significados eran obvios. Buscar a Run, buscar a Fiona. Saltar entre su nuevo hogar y su antiguo hogar. No recordaba haber ido nunca a un refugio de perros con Fiona. En el sueño se había sentido como un recuerdo, pero no creía que hubiera ocurrido jamás. Se acordaría de algo así. Habían hablado de adoptar un perro y de tener hijos, pero nunca habían hecho ninguna de las dos cosas. Pero la menta con chocolate era, en efecto, su favorita. Y una vez ella había sugerido una serie de nombres de bebés ridículos.

Pensó en cómo David se había transformado en su padre. Aunque nunca había considerado a David como una figura paterna, sentía que le había fallado a David de la misma manera que le había fallado a su padre. Su padre, cuya demencia empeoraba cada vez más, y al que no llamaba tanto como debería.

No creía que todas las palabras que David y su padre habían gesticulado significaran realmente algo. Intentó centrarse en cómo se había sentido durante esa parte del sueño, no en el significado. Todo lo que había sentido era confusión, como un niño al que preguntan en clase, un niño que no sabe la respuesta y que, para empezar, ni siquiera había levantado la mano. Lo único que quería era saber la respuesta.

Saber la respuesta.

Se dio cuenta de que eso era todo lo que siempre había querido. Que había una especie de ardor en su interior. Cuando su sinestesia se activaba, a veces venía acompañada del destello de un sabor a cereza ácida que prendía fuego a su mente. Eso era lo que le impulsaba.

A veces pensaba que no tenía ningún código moral. Se había distanciado de su religión a una edad temprana y sabía tan bien como cualquiera que algunas leyes eran justas y otras injustas. Y que algunos agentes de la ley eran íntegros y otros no tanto. Era como si hubiera perdido todo norte, como si no tuviera nada a lo que aferrarse excepto a su deseo de saber la respuesta.

Entonces comprendió que nada de eso importaba.

Si encontrar la respuesta era lo que le entusiasmaba, *eso* era suficiente, y tenía que seguir buscando.

Mientras esperaba un taxi fuera, llamó a Kendall. Su teléfono fue directo al buzón de voz.

—Soy yo, Austin —avanzó unos pasos en la cola—. No volveré en al menos un par de días. O puede que no vuelva en absoluto. He hablado con el veterinario y me han dicho que Run ha empeorado.

Probablemente también te habrán llamado a ti. Casi decido volver, pero necesito llegar hasta el final de esto.

Era el siguiente en la cola y un taxi se detuvo frente a él. —Al distrito financiero —dijo al entrar. Luego, retomando el teléfono, continuó— No sé con seguridad si volveré. Probablemente debería limitarme a admitirlo. Si no lo hago, por favor, haz tres cosas por mí. Ve a buscar a Run y deja que viva contigo y con Ralph. Y si quieres, puedes quedarte con mi apartamento. Dale mi tienda y la cafetería a Andy. Ha sido mi número dos allí durante un tiempo y, de todos modos, ha estado haciendo la mayor parte del trabajo. Se le da bien. Díselo de mi parte. Y el chaquetón rojo de Fiona... era su favorito. Por favor, asegúrate de que le llegue a su sobrina Olive. Solo espero que siga de moda para cuando le sirva, aunque creo que es el tipo de prenda que es atemporal. Ya os organizaréis con los detalles. Pero si no vuelvo, considera esto mi última voluntad y testamento.

32

El cajero le dedicó una sonrisa falsa a Sy; luego la miró un poco más de cerca y, cuando por fin logró apartar la vista de su escote, le ofreció una de verdad. —¿Qué te pongo? Aparte de mi número.

Sy estudió el menú, escrito con tizas de colores en una pizarra gigante detrás de la cafetera exprés. Le devolvió al cajero una sonrisa irónica. —En primer lugar, ¿qué tienes, veinte años? Soy demasiado mayor para ti. Y ponme un latte con leche de avena, mitad descafeinado, mitad normal, con una rodaja de lima y el borde con sal.

El joven puso cara de confusión y miró con vacilación hacia la pizarra del menú. —Yo... esto... no sé si tenemos eso.

—Broma mala, lo siento. Un cappuccino triple.

Él se dio un golpe en la frente con la palma de la mano. —Ah, vale. Pero hablaba en serio con lo de darte mi número. Y tengo veintidós. ¿Tú cuántos tienes, veintinueve?

Sy le lanzó su mejor mirada de *ni de coña, chaval*. —Tengo cuarenta. En realidad, se sentía un poco halagada. Él tenía más o menos la mitad de su edad, pero era un joven apuesto y nunca le había molestado que los hombres fueran directos, siempre y cuando aceptaran un «no» por respuesta cuando ella lo daba.

Él frunció el ceño. —Vale —dijo tras esforzarse durante un buen rato por encontrar las opciones correctas en su pantalla de pedidos

—. ¿Nombre para el pedido?

—Symone.

—Tardará un minuto. Estamos limpiando la máquina.

—No te preocupes. Pagó y echó un vistazo al vestíbulo del hotel. Ya había recogido sus cosas y pensó que podría hacer el registro de salida mientras esperaba el café.

Había intentado la misma broma del *latte con leche de avena, mitad descafeinado y borde con sal* con Austin cuando se conocieron en su pequeña cafetería. Él, al menos, soltó una risita de cortesía. Era un buen tipo en ese sentido. Incluso ante un chiste tan malo, te regalaba una risita. No era que estuviera fingiendo; sabía tan bien como cualquiera que no tenía gracia y no pretendía lo contrario. Era como si quisiera mantener una conexión con ella. Y reírse era más un reconocimiento que un intento de convencerla de que el chiste fuera bueno.

En realidad, él era mucho más su tipo que un cajero veinteañero. Al menos, eso era lo que había pensado. Quizá tuviera una conmoción cerebral, quizá estuviera preocupado por su perro o quizá pasara algo más. Pero le había sorprendido y decepcionado que hubiera decidido marcharse.

Miró de reojo al barista y al cajero, que por fin parecían haber hecho funcionar la cafetera de nuevo, y luego dejó que su mirada se posara en los amplios ventanales que daban a la calle. Una furgoneta plateada había aparcado en doble fila frente a la entrada. No había nada inusual en eso en la ciudad de Nueva York, excepto que un hombre mayor parecía estar apoyado en ella, jadeando en busca de aire.

Se sostenía a duras penas y parecía casi como si estuviera sufriendo un ataque al corazón.

Sy salió deprisa y se acercó al hombre. —¿Se encuentra bien, señor?

Él tosió y jadeó. Sy le puso una mano en el hombro para intentar que se girara hacia ella. —Voy a llamar al 112. Señor, intente respirar.

La puerta trasera de la furgoneta se abrió de golpe y, en ese mismo instante, sintió unas manos grandes y carnosas sobre sus

hombros desde atrás.

Siguiendo su entrenamiento, lanzó una patada fuerte hacia atrás con el talón, golpeando al hombre que la había agarrado en la entrepierna. Intentó girarse, pero el hombre que había estado ahogándose y jadeando se recuperó de repente.

La inmovilizó por el cuello con el brazo y le estampó la cabeza contra la puerta de la furgoneta.

Se le nubló la vista y, antes de que se diera cuenta de lo que estaba pasando, la habían empujado al interior de la furgoneta. Alguien la estaba sujetando, rebuscando en sus bolsillos. Apenas podía ver a través de los ojos llorosos. Soltó puñetazos y arañazos, pero ya le habían quitado el móvil. La puerta se cerró de un portazo y se bloqueó tras ella.

Momentos después, la furgoneta se puso en marcha.

Un separador metálico dividía la parte trasera de la furgoneta de la delantera.

Estaba en una jaula.

33

Austin llamó a Sy por segunda vez desde el taxi, pero ella no respondía. Cuando él se había marchado al aeropuerto, ella le había dicho que se quedaría un rato por el hotel, que luego dejaría la habitación y regresaría a Connecticut. Le envió un mensaje de texto. En caso de que tuviera el móvil en silencio, quizá viera iluminarse la pantalla con su mensaje. Tal vez seguía enfadada con él. Y tenía todo el derecho a estarlo. La había arrastrado a todo aquello para luego darle el plantón en el último momento.

Además, ella tenía una vida que recomponer. Por lo que le había contado, le perdonarían haber consultado el historial de Joey Green. Al fin y al cabo, no había intentado acceder a información restringida a sabiendas. En todo caso, tenía derecho a estar molesta porque, por alguna razón, su expediente había sido clasificado de una forma que no seguía el procedimiento estándar.

Austin pagó el taxi y volvió a entrar en el vestíbulo del hotel. Se detuvo ante el ascensor y luego se dirigió al mostrador de recepción. Decidió que debía confirmar si ella ya se había marchado. Después de todo, ella esperaba que él estuviera ya en un vuelo de regreso a Washington. Probablemente se llevaría una buena sorpresa si aparecía en la puerta de la habitación sin avisar.

—Hola —dijo cuando el hombre tras el mostrador le preguntó en qué podía ayudarle—. Soy el señor Jackson. Mi esposa, la señora

Jackson, ¿ha dejado ya la habitación?

El hombre tecleó en su pantalla. —No, señor. Nos consta que se quedan una noche más.

—¿Podría llamar a la habitación? No responde al móvil.

Austin observó cómo el hombre llamaba, esperaba y colgaba. —No responde al teléfono de la habitación, señor Jackson.

Austin lo consideró por un momento. Posiblemente habría decidido hacer alguna otra cosa por la ciudad. —¿Podría intentarlo una vez más?

El hombre lo hizo. —No hay respuesta en su extensión, señor.

—Tal vez todavía esté fuera de paseo —dijo Austin, aunque no estaba convencido. Algo iba mal.

El hombre añadió: —Creo recordar haber visto a la señora Jackson en el vestíbulo hace, tal vez, una hora.

—¿Y vio hacia dónde se dirigió?

Negó con la cabeza. —Lo siento, señor.

—Gracias de todos modos —dijo Austin, pero su preocupación no hacía más que aumentar.

Sentado en una de las mesitas de la cafetería del vestíbulo, estiró sus largas piernas y reflexionó. Quizá Sy había ido a buscar más información sobre el caso por su cuenta. Pero, de ser así, ¿por qué no respondía al teléfono?

—¡Cerramos en cinco minutos! —gritó un joven tras la caja registradora.

Austin se acercó al mostrador. —Un café solo, por favor.

El chico le sirvió el café; Austin pagó y regresó a su asiento.

O quizá había decidido marcharse directamente de vuelta a Connecticut. Después de todo, no tenía gran cosa en la habitación. Tal vez había decidido lavarse las manos y olvidarse de todo el asunto. Y bien hecho, si así fuera.

—¡Symone!

Austin levantó la cabeza de golpe hacia donde procedía el grito. Era el camarero, que sostenía un vaso de papel blanco y parecía confuso. —Symone, su capuchino triple.

Austin se apresuró hacia el mostrador, donde el cajero le explicaba algo al camarero. —Tío, creo que se ha ido, macho. Eso

fue hace como una hora.

—La mujer que lo pidió —dijo Austin a toda prisa—. ¿Era algo alta, de pelo negro?

El rostro del joven se enrojeció. —Y atractiva, además. Iba a soltarle mi mejor frase de ligue cuando volviera a por su bebida, pero nunca regresó.

—¿Vio hacia dónde se fue?

Negó con la cabeza. —Quizá fuera, o...

Si Sy había pedido un café pero no lo había recogido, cabía la posibilidad de que se hubiera olvidado de él. Pero esa posibilidad era tan remota que ni siquiera la consideró seriamente.

Algo le había pasado.

Austin regresó a toda prisa a la recepción. —¿Dónde está la oficina de seguridad?

—Está, esto, en el sótano, junto a la sala de *fitness*, pero...

Austin ya se dirigía hacia las escaleras. Bajándolas de dos en dos, estuvo a punto de tropezar. Cuando llegó al final, miró a ambos lados, siguió las señales hacia el gimnasio y aporreó la puerta marrón sin placa que había al lado.

La puerta se abrió lentamente, revelando una oficina de seguridad diminuta —más bien un armario trastero— y a un hombre que parecía estar más aburrido que nadie que Austin hubiera visto jamás. Parecía fuera de lugar con su uniforme de seguridad azul marino mal ajustado, probablemente una talla por encima para su delgada complexión. Unos mechones de pelo gris y áspero asomaban bajo su gorra y su rostro curtido estaba inclinado hacia abajo, con los ojos recorriendo las páginas de una revista abierta sobre el escritorio.

—Necesito ver tus grabaciones de seguridad —dijo Austin.

El guardia estaba sentado, recostado en una silla de oficina con ruedas que crujía ligeramente con cada movimiento. El tenue resplandor de los monitores de vídeo alineados sobre la mesa proporcionaba la mayor parte de la escasa iluminación del angosto espacio. —Yo... yo no puedo hacer eso, señor. Lo siento, ¿es usted...?

—Una mujer ha sido secuestrada —posiblemente en su propio vestíbulo— en los últimos sesenta o noventa minutos. Soy investigador privado y necesito ver las grabaciones. Ahora. Créeme cuando te digo que no querrás tener esta conversación con el Departamento de Policía de Nueva York después de que yo les diga que estabas leyendo una revista en lugar de vigilar los vídeos.

El hombre se aclaró la garganta y se incorporó, deslizando la silla hacia atrás y encorvándose sobre un vaso de café de poliestireno. —Me llevará un momento, unos minutos. ¿Noventa minutos atrás, dice? ¿Las del vestíbulo?

Austin asintió. —Vuelvo enseguida.

Saliendo al pasillo, frente a la sala de *gimnasio* y fuera del alcance del oído del guardia de seguridad, marcó el número de Samantha. Cuando ella respondió, Austin dijo: —¿Hay alguna forma de localizar a alguien a través de su teléfono móvil?

—A mí también me alegra oír tu voz, Austin.

—No tengo tiempo para bromas.

—Amigo, estás hablando *conmigo*. Por supuesto que la hay —dijo Samantha—, pero depende de muchas cosas. Cuéntame qué está pasando.

—Sy, mi amiga. Creo que se la han llevado. —Hizo una pausa, inspirando profundamente el aire viciado del centro deportivo mientras alguien salía de allí.

—Si se la han llevado, es poco probable que el móvil siga encendido.

Austin maldijo entre dientes. —Desde luego, pero ¿puedes comprobarlo de todos modos?

—Oficialmente, no. Es ilegal a más no poder y llevará un momento, pero sí, mi novio puede ver si su teléfono ha conectado con alguna antena recientemente.

Austin le dio el número de Sy y luego regresó rápidamente a la angosta oficina de seguridad.

34

El proceso de revisar las grabaciones de seguridad fue desesperantemente lento e ineficiente.

Por un momento, Austin deseó estar en una de esas series de crímenes de la televisión donde un atractivo experto tecnológico de veintipocos años aporreaba las teclas a la velocidad del rayo y hacía zoom fotograma a fotograma para obtener un primer plano nítido del villano sin perder ni un ápice de resolución.

Estar sentado en una oficina diminuta y maloliente con un guardia de seguridad maleducado y desinteresado resultaba mucho menos dramático.

Y le dio tiempo para considerar algo: ¿cómo habían encontrado a Sy en el hotel? Y en cuanto se hizo la pregunta, dio con la respuesta: Mara Graves. Aunque cabía la posibilidad de que los hubieran rastreado de alguna otra forma, la explicación más sencilla era que Mara los había vendido.

Había sido un estúpido al confiar en ella, pero no tenía tiempo para lamentarse por ello.

—Bueno —dijo finalmente el guardia con un suspiro—, esta es la franja horaria, pero no veo nada que pueda servir de ayuda.

El monitor mostraba un plano general del vestíbulo tomado desde detrás del mostrador de recepción. Al parecer, esta era la cámara diseñada para vigilar quién entraba y quién salía, y mostraba

claramente a Sy entrando por la puerta principal y dirigiéndose luego a la cafetería para pedir un café. Aunque no era un primer plano, Austin podía ver su larga y lacia melena negra; incluso levantó la vista hacia la cámara un momento, como si supiera que estaba allí.

Luego se la veía caminando hacia la entrada principal del hotel, pero después desaparecía cuando la grabación la perdía de vista.

—¿Qué otras cámaras tienes? —preguntó Austin.

—Tenemos una en la cafetería, que añadimos después de un atraco hace unos años. —Se giró a medias en su silla para mirar a Austin. Su aliento olía a vino y café, y Austin intentó ignorar el hecho de que aquel hombre podría haber estado bebiendo en el trabajo—. Un vagabundo drogado entró por la fuerza, robó un par de cientos de pavos en efectivo. Ni siquiera llevaba pistola. Amenazó al camarero con una botella rota.

Austin le hizo volver a mirar la pantalla con suavidad. — ¿Puedes poner esa? La de la cafetería.

Austin deseó que Samantha estuviera allí al ver con qué lentitud el guardia de seguridad pinchaba en los pequeños fotogramas de su ordenador. Pero, finalmente, encontró otro clip y, tras unos minutos, dio con el periodo de tiempo correcto.

—¡Ahí! —dijo Austin, demasiado alto para aquel espacio tan reducido—. Es eso.

El vídeo mostraba a Sy saliendo a toda prisa por la puerta de cristal y acercándose a un hombre que estaba apoyado en el lateral de una furgoneta.

—¡Oh, no! —susurró. Había visto este tipo de cosas antes. Había trabajado en múltiples casos de robos y secuestros en los que los perpetradores actuaban en tándem: uno fingía estar herido o indispuesto, mientras el otro intervenía para cometer el delito cuando la víctima se distraía en su intento de ayudar.

Le sorprendió que hubiera funcionado con Sy, pero ella era una persona dispuesta a ayudar, generosa. Quizá se había relajado, pensando que su investigación había terminado.

En la pantalla, todo sucedió exactamente como él temía. El hombre que fingía estar enfermo tenía unos sesenta años, con un

aspecto vagamente europeo. Era de complexión menuda y llevaba un sombrero oscuro y gafas gruesas.

—Oh, no —dijo el guardia cuando las puertas de la furgoneta se abrieron.

Austin contuvo el aliento.

El hombre que saltó fuera y secuestró a Sy era más difícil de identificar porque solo mostraba su espalda a la cámara. En cuestión de segundos, la habían empujado al interior de la furgoneta.

Pero al menos estaba viva.

—¡Páralo! —dijo Austin de repente—. Vuelve atrás, rebobina. —La furgoneta había hecho un giro en U rápido cruzando dos carriles, dejando ver su matrícula brevemente—. Vuelve atrás un par de segundos.

El guardia de seguridad retrocedió demasiado, luego avanzó demasiado rápido y volvió a retroceder demasiado, obligando a Austin a presenciar el secuestro de Sy una vez más.

Pero finalmente se detuvieron en el punto exacto.

Un plano nítido del número de matrícula de la furgoneta.

Austin lo anotó en un trozo de papel que cogió del desordenado escritorio del hombre y luego dijo: —Llama a la policía. Cuéntales lo que ha pasado. Dales el número de matrícula. Dales la grabación. Haz todo lo que puedas.

Para su asombro, el hombre parecía confundido o, lo que era peor, indiferente. Austin se levantó, le agarró por el cuello de la camisa y se le acercó a la cara. —Acaban de secuestrar a esta mujer mientras estabas de guardia. Esto ya es grave, pero podría ponerse mucho peor para ti. O bien, podrías ser el héroe. El que *sin duda* estaba vigilando las grabaciones, como dice tu contrato, y llamó a la policía en cuanto notó que algo iba mal. Tómate un café, masca un chicle de menta y haz que la policía venga aquí inmediatamente.

35

Samantha se reclinó en el asiento y se quedó mirando las transacciones financieras en su pantalla con los ojos como platos. —Eso no es posible —se dijo a sí misma.

No se consideraba una persona paranoica, pero echó un vistazo alrededor del pequeño despacho improvisado en el cuartel general de la campaña de Ridley, preocupada por si alguien la estaba observando.

Estaba completamente sola, como lo había estado durante horas.

Había estado trabajando para rastrear las donaciones y transferencias bancarias del multimillonario tecnológico Talus Aaron Ockley, y lo que había descubierto la había dejado en shock. Siempre había dado por hecho que la política era bastante corrupta, pero lo que tenía delante era un nivel que ni siquiera se había planteado.

Encontrar la información había sido todo un reto. Había empezado rastreando bases de datos públicas y registros financieros en busca de transacciones anómalas vinculadas a Ockley. Después, con la ayuda de su novio, había desarrollado algoritmos para identificar patrones en el comportamiento financiero de Ockley que el ojo humano pasaría por alto. Juntos, habían utilizado sus conocimientos de seguridad de redes para acceder a docenas de bases de datos cifradas, y luego habían cruzado meticulosamente los

datos con los nombres de políticos, sus familiares y socios conocidos. Había sido un proceso laborioso, pero su pericia en la minería de datos, la seguridad de redes y la informática forense había acabado desenterrando la red de corrupción de Ockley.

En el transcurso de los últimos doce meses, Ockley había desviado cientos de millones de dólares a políticos de ambos bandos. Era un donante político muy conocido, en eso no había nada nuevo. Pero, además de todas sus contribuciones *legales*, había realizado decenas de transferencias bancarias a sociedades en paraísos fiscales propiedad de terceros vinculados a políticos en docenas de países.

La variedad de las contribuciones ilegales de Ockley la dejó atónita. Había cinco tipos principales de fraude, cada uno más impactante que el anterior.

En primer lugar, hacía donaciones a sociedades pantalla en el extranjero a nombre de familiares de políticos u otros confidentes. Esto ocultaba el rastro del dinero que llevaba hasta él.

En segundo lugar, contrataba a políticos como «consultores» para sus empresas, pagándoles honorarios ingentes por un trabajo mínimo como tapadera para los sobornos.

Lo siguiente era su manipulación del sector inmobiliario, comprando propiedades pertenecientes a políticos a precios inflados para canalizar la riqueza. Luego estaban las donaciones a organizaciones benéficas fraudulentas controladas por los políticos, meras fachadas para sus negocios.

Y finalmente, utilizaba criptomonedas para transferir fondos a los monederos digitales de los políticos, haciendo que el origen fuera irrastreable una vez reconvertidos en efectivo.

Miró hacia la pared, donde el reloj de la cuenta atrás para el cierre de las votaciones marcaba catorce horas. Descubrir la red de engaños de Ockley la llenaba de pavor. En parte porque su trabajo consistía en encontrar los trapos sucios más jugosos relacionados con el sheriff Grayson Daniels y utilizarlos para hundir su campaña hasta el último segundo. Y en parte porque las donaciones de Ockley también conectaban con algunas de las personas sobre las que Austin le había pedido investigar. No sabía exactamente *por qué*,

pero Austin le caía bien. Era un cliché, desde luego, pero aun así. Era un buen tipo. Y odiaba el hecho de que su investigación rozara a Ockley, un hombre más poderoso que la mayoría de los países.

En las últimas encuestas internas, Carter había caído aún más, pero una serie de anuncios pagados de gran repercusión habían hecho que Daniels subiera. Ridley también había recibido un ligero impulso, probablemente causado por sus últimos días de campaña, que le habían llevado en un viaje relámpago por la mayoría de los condados del estado de Washington.

Había besado a bebés, probado la sidra de manzana local, visitado campus universitarios, montado en un barco de pesca, asistido a una ceremonia organizada por una de las tribus locales e incluso llamado a las puertas para presentarse a los votantes en Seattle y Tacoma.

Por lo que Samantha podía decir, él había hecho todo lo posible. Seguía estando ligeramente por detrás, pero con suficientes votantes indecisos como para tener una oportunidad.

Grayson Daniels: 35 %
Ridley Calvin: 33 %
Jeremy Carter: 26 %
Indecisos: 6 %

Su teléfono sonó y reconoció el nuevo número de Austin. —Oye —dijo—, tengo malas noticias. El teléfono de Sy o bien está apagado o ha sido destruido.

Su novio había tardado una hora en entrar en el sistema que rastreaba la ubicación de los teléfonos móviles, pero solo unos segundos en determinar que el teléfono de Sy no se había conectado a ninguna antena de telefonía desde hacía bastante tiempo. No era una sorpresa, suponiendo que Austin tuviera razón en que había sido secuestrada.

Oyó a Austin soltar un largo suspiro, pero lo que dijo a continuación la sorprendió.

—¿A qué velocidad puedes conseguirme información de una matrícula?

—Cuestión de minutos —dijo Samantha, abriendo una ventana nueva en su ordenador portátil—. ¿Tienes el coche que se la llevó?

—Una de las ventajas de que hoy en día haya cámaras de vigilancia por todas partes.

Austin le leyó el número.

—Dame tres minutos —dijo ella—. Si consigo una dirección, te enviaré un mensaje por Signal.

—Genial, gracias.

—Y, Austin, hay algo más. Sobre esas personas por las que me pediste que mirara, yo...

—No tengo tiempo para eso ahora —la interrumpió Austin—. Solo consígueme cualquier información sobre esa furgoneta.

36

Austin actualizó su aplicación Signal por quinta vez. Seguía sin haber noticias de Samantha.

Apoyado en un parquímetro a la vuelta de la esquina del hotel, mientras las bocinas atronaban a su alrededor y empezaba a caer una lluvia gélida, el tráfico parecía detenido en todas direcciones. Y él vigilaba como un halcón. Había cogido el táser de la habitación y lo llevaba enfundado en la cadera izquierda tras familiarizarse de nuevo con su mecanismo de funcionamiento. Entre eso y su pistola, se sentía… bueno, no a salvo, pero sí tan seguro como le era posible estarlo.

Ya se había apresurado a bajar de nuevo al sótano para asegurarse de que el guardia de seguridad se hubiera puesto en contacto con la policía de Nueva York. Lo había hecho, y estaban en camino. Austin había decidido no estar presente cuando llegaran. Lo más probable era que no les hiciera ninguna gracia su implicación en el caso, pero con las grabaciones de vídeo era probable que tomaran medidas. Al mismo tiempo, no se fiaba de que trataran el secuestro con la misma urgencia con que lo haría él.

Él lo investigaría por su cuenta.

Finalmente, su teléfono vibró con un mensaje de Samantha.

Furgoneta registrada a nombre de:

Rosalyn Abramowitz, Apartamento 5C

112 Orchard Apple Avenue
Nueva York, NY 10003
Sin antecedentes penales. Residente de toda la vida del Lower East Side de Manhattan, con historial laboral como camarera y artista en locales nocturnos. Ha vivido en esa dirección durante más de 40 años.

Austin tecleó la dirección en la aplicación de mapas de su teléfono. Estaba a solo un par de kilómetros y, con el tráfico tal como estaba, pensó que llegaría antes yendo a pie.

Veinte minutos después, empapado por la lluvia y el sudor, Austin llamó a la puerta del apartamento 5C. El edificio era uno de esos escasos bloques de cinco plantas sin ascensor, el tipo de construcción que abundaba en los años setenta y ochenta, pero que en su mayoría se habían renovado o demolido por completo.

Una mujer de pelo canoso abrió la puerta, vestida con una bata sobre el pantalón y el jersey.

—¿Rosalyn Abramowitz? —preguntó Austin.

—¿Michael, eres tú? —ella lo miró con los ojos entornados, negando con la cabeza, en lo que parecía ser una especie de tic nervioso. Quizá un efecto secundario de algún tipo de medicación a largo plazo que estuviera tomando.

—No, me llamo Thomas Austin. Busco a una mujer desaparecida a la que se llevaron en una furgoneta registrada a su nombre. ¿Puedo pasar?

La mujer pareció desconcertada. —¿Una furgoneta? —El olor que emanaba del apartamento —combinado con su voz ronca— le indicó a Austin que probablemente ella llevaba muchos, muchos años fumando dos cajetillas al día.

—Sí, registrada a su nombre. Señora, esto es muy grave.

—Está bien, está bien —dijo ella—. ¿Quieres una taza de té, joven?

Diez minutos después, Rosalyn estaba en su estrecha cocina, oteando entre dos cortinas el callejón de abajo, esperando a que el hervidor de té se calentara. Austin pensó que las cortinas debieron de ser en su día de un blanco inmaculado. Ahora eran de un marfil mate y estaban cubiertas de motas negras que eran moho o restos de comida a punto de enmohecerse.

Austin había intentado cinco formas distintas de preguntarle por la furgoneta y, o bien no sabía nada al respecto, o era la mejor mentirosa que jamás había conocido. Por muy ida que pareciera, era muy posible que alguien hubiera utilizado su nombre y dirección en el registro. Y si ese era el caso, necesitaba averiguar si se trataba de alguien a quien ella conocía.

El problema era que estaba confundida y no se mostraba especialmente comunicativa.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó Austin, señalando una fila de cinco fotos pequeñas en la pared de la cocina.

Esto pareció captar su atención.

Apoyándose en su bastón ortopédico, Rosalyn suspiró; el sonido crepitó a través de unos pulmones desgastados por toda una vida respirando aire de ciudad a través de filtros de cigarrillos. Luego se alisó suavemente el cárdigan de color oliva, con un rastro de su aplomo juvenil todavía evidente en el sencillo gesto, y señaló las fotos.

Cada una estaba en un fino marco dorado y todas necesitaban una buena limpieza. Años de grasa de cocina y polvo habían dejado una fina película sobre ellas, pero Austin aún podía distinguir los rostros de las personas que supuso que eran sus parientes.

—Mis nietos. —Se acercó lentamente y señaló la de más a la izquierda—. Ese es el pequeño Joey, tiene ocho años y está obsesionado con las piedras. —Se movió de izquierda a derecha mientras continuaba—. Y aquí está Katie con el uniforme de fútbol, tiene doce años y le pega al balón más fuerte que cualquier chico

del equipo. Mi Jamie acaba de cumplir quince; él, bueno, no sé qué es lo que hace, pero desde luego es guapo. Como mi marido.

—¿Y dónde está su marido?

Ella frunció el ceño. —En una caja en el Bronx. Cementerio Cedarwood.

Austin se aclaró la garganta. —Lo siento.

—Y este —continuó ella— es Michael, aquí con el ceño fruncido. Tiene dieciocho años y últimamente se mete en líos. Y la última es mi Sarah, tiene veinte años y está estudiando historia del arte en alguna universidad elegante del norte. —Se acercó y le susurró en plan conspirador—. Sale con otra mujer, a lo que antes me oponía hasta que conocí a su último novio, Chaz. ¡Menudo perdedor!

—Háble me más de Michael —dijo Austin.

Ella negó con la cabeza. —Es un buen chico en el fondo.

Austin la vio pensativa y eligió sus siguientes palabras con cuidado. —¿Y no tiene *ni idea* de por qué una furgoneta podría estar registrada a su nombre?

—¿Eres de la policía, verdad?

—No exactamente —admitió Austin.

—Entonces probablemente no podrás ayudarme con esto, ¿verdad? —Agitó unos sobres frente a él y luego los apretó contra su pecho—. Multas de aparcamiento —dijo—. Como te he dicho, ni siquiera tengo coche, y hace años que no voy a Brooklyn.

Austin intentó contener su emoción, que oscilaba entre el entusiasmo y la ira. Si había recibido una serie de multas de aparcamiento que no entendía, ¿cómo era posible que no hubiera relacionado eso con sus preguntas sobre la furgoneta?

—¿Puedo verlas? —preguntó Austin.

Ella se las entregó y volvió a su hervidor. —Vamos, vamos —le decía al agua.

Austin las extendió sobre la mesa. Había cinco en total y las colocó de modo que todas las direcciones fueran visibles.

Todas las multas se habían puesto en Brooklyn y, aunque no reconocía todos los nombres de las calles, reconoció dos de ellos. No estaban lejos del hotel donde se alojaba en Manhattan Beach.

A continuación sacó el teléfono y tomó una serie de fotos, asegurándose de que cada dirección se viera con claridad. Segundos después, mientras Rosalyn seguía hablando con su hervidor, la foto de las multas iba camino de Samantha con la siguiente nota.

Urgente: Por favor, mira estas cinco direcciones y dime algo: ¿cuál es el lugar más probable al que se dirigía esta persona cuando le pusieron estas cinco multas? Es decir, suponiendo que la misma persona recibió las cinco multas de aparcamiento y que cada vez se dirigía al mismo sitio, ¿dónde estaría ese lugar?

Después, Austin se levantó de un salto y le hizo una foto al retrato de Michael en el marco dorado.

El hervidor silbó y Rosalyn se dio la vuelta, sujetándolo con un trapo de cocina. —Sabes —dijo ella—, él me dijo que nadie vendría nunca a preguntar por ello, que todo estaba bien. —Suspiró y vertió el agua en el fregadero. Parecía que se había olvidado del té—. Es un buen chico en el fondo.

37

—Eres un auténtico pedazo de basura —le dijo Sy al hombre que había fingido estar enfermo para atraerla hacia la furgoneta—. Y me pregunto: ¿has sido siempre así o es algo reciente?

—¡Cállate! —ladró el hombre.

—Quiero decir, no puedes haber nacido así, ¿verdad? Y desde luego no naciste oliendo de esta manera.

El hombre no dijo nada.

Con la ayuda del hombre más joven y corpulento, la habían atado a una silla en lo que olía a pescadería o almacén de pescado. Le habían tapado los ojos en la furgoneta, así que no podía estar segura, pero creía que había otro cautivo cerca. Podía oír a alguien respirando con dificultad y gimiendo suavemente de vez en cuando. Supuso que debía de ser Jorge. Pero no dijo nada. No quería que los hombres supieran que percibía su presencia allí.

Podía situar a los dos hombres por la forma en que se movían y el sonido de sus pasos. En su mente los llamaba el Viejo y el Gordo. No era especialmente creativa, pero no le importaba.

Lo más probable era que muriera pronto, así que no tenía sentido inventar apodos más amables. Además, no pensaba marcharse de este mundo sin luchar.

Oyó al Viejo susurrarle algo al Gordo, luego una puerta rechinó al abrirse y entró otro par de pasos. Eran pasos más rápidos y ligeros.

Pies Ligeros, decidió.

Entonces oyó una voz nueva. —Casi tenemos esto zanjado —dijo la voz—. Y creyó que podía reconocerla. Era un hombre, ni joven ni viejo, pensó, con un acento neutro y extraño. —Y, señora Aoki, no tenemos ningún interés en usted. De verdad. Sabemos que, si se lo pidiéramos, dejaría esto y regresaría a Connecticut. Pero Austin... —el orador hizo una pausa y Sy casi pudo oírlo negar con la cabeza— simplemente no quiere dejarlo correr. Supongo que cree que puede traer el espíritu de su mujer de entre los muertos o algo así.

Tres pasos y olió algo familiar. Especias mezcladas con limón o lima. Una colonia, probablemente.

—¿Dónde está? —exigió el hombre.

Ella escuchó el pesado silencio, abrió la boca, pero no dijo nada. Había planeado soltar algún sarcasmo, pero el miedo se había apoderado de ella.

Conocía a esa persona. Estaba segura. No lograba ubicarlo, pero lo conocía. De una cosa estaba segura: si este era El Mago, La Pesadilla, el que estaba detrás de todo, definitivamente podía descartar al alcalde McKinley.

Tras un largo silencio, los pasos de los hombres volvieron a resonar, la puerta rechinó. Esta vez, el Viejo y el Gordo siguieron a Pies Ligeros hacia fuera.

De inmediato, volvió a oír la voz del hombre, esta vez gritando a los otros dos. Solo alcanzaba a distinguir alguna palabra suelta, pero estaba claro que la habían fastidiado y él no estaba nada contento.

Luego, se hizo el silencio, y en el silencio oyó un sonido de rascado. —¿Jorge, eres tú?

—¿Quién eres? —preguntó él.

—Symone Aoki, del NCIS. Estaba ayudando a Austin. Nos enviaron un vídeo tuyo. ¿Estás intentando aflojar la cuerda?

—Llevo horas en ello.

—¿Falta mucho?

—Sí, otra hora, quizá dos. Pero imagino que no tienes un arma de fuego.

—Carraspea cuando lo consigas —dijo ella—. Solo lo suficiente para que yo te oiga. Tengo un plan. Toseré cuando llegue el

momento de que te liberes de golpe.

—Si me libero así, me van a pegar un tiro en la cabeza. ¿Qué vas a hacer?

—Voy a hacer que me pegue.

La puerta rechinó y los hombres entraron de nuevo. Dos pares de pasos. Sy pudo notar que solo eran el Gordo y el Viejo.

El Viejo ya estaba cabreado con ella, y si no la mataban a tiros, se iba a divertir un poco a su costa.

38

La lluvia salpicaba contra el parabrisas del taxi mientras Austin se bajaba; el aire húmedo del mar se le pegaba a la piel como una capa empapada.

Samantha le había dado un radio de tres manzanas, utilizando las cinco direcciones para identificar la ubicación más probable del conductor de la furgoneta. Echó a correr a paso ligero, buscando cualquier cosa que pudiera activar su memoria, algo que encajara con cualquiera de los dos vídeos de los rehenes que había visto.

Sabía que estaba a pocas manzanas de la playa por la que había caminado hacía solo unos días, y también a pocas manzanas del hotel donde se había alojado. Apostaba a que Michael, el nieto de Rosalyn, formaba parte del grupo que estaba detrás de todo esto, probablemente como un miembro de bajo nivel y no especialmente brillante. Lo más seguro era que hubiera matriculado la furgoneta a nombre de su abuela, pensando que ella nunca se daría cuenta o que, si empezaba a sospechar, podría convencerla para que no dijera nada.

Una bruma neblinosa desdibujaba los bordes de los edificios mientras pasaba trotando por delante de casas, bodegas y otras tiendas. Un aroma salino llegaba desde el Atlántico, mezclándose con el tenue olor a pescado y algas.

A su derecha, al doblar una esquina, apareció una pescadería de dos plantas hecha de ladrillo y madera. La pintura se desprendía de las paredes en escamas curvas. Lo que antaño fue un azul vibrante era ahora un recuerdo desgastado y lavado por el océano. Las ventanas de cristal estaban opacas por la sal y la mugre, su brillo turbio era la prueba de años de abandono. El letrero de madera de la entrada se mecía con el viento, con las letras borradas hasta resultar casi irreconocibles.

De todos los edificios de la zona, era el lugar más probable para servir de tapadera de drogas o un antro de bandas.

Austin cruzó trotando la calle desierta, con las botas chapoteando en los charcos aceitosos. Llegó a la entrada y sintió una punzada de inquietud al comprobar que la puerta estaba cerrada a cal y canto. La pescadería no estaba cerrada solo por hoy, sino que parecía haberlo hecho para siempre. Rodeó el edificio, con el corazón latiéndole con fuerza mientras la lluvia arreciaba sobre él y a su alrededor.

La parte trasera del mercado estaba prácticamente oculta en un callejón lleno de basura, con el suelo cubierto de cajas rotas y redes desechadas. Probó las cerraduras de la puerta trasera y luego las ventanas, pero comprobó que todas estaban selladas.

Miró hacia arriba y reparó por primera vez en una vieja escalera de incendios metálica, oxidada por años de aire salino y abandono. Terminaba a unos dos metros y medio de altura, fuera de su alcance. Tras echar un rápido vistazo a la ventana del segundo piso, un plan tomó forma en su mente. Miró a su alrededor para confirmar que seguía solo y cogió una pila de cajas de madera que había al fondo del callejón.

Arrastró dos de las cajas más resistentes bajo la escalera de incendios. Subiéndose a la plataforma improvisada, saltó y sus dedos apenas rozaron el último peldaño. Cayó con estrépito en el callejón y una punzada de dolor le recorrió el hombro.

Haciendo una mueca, volvió a subir a las cajas y saltó de nuevo; esta vez logró agarrarse con firmeza a la escalera.

Soltando un gruñido, se impulsó hacia arriba mientras el metal crujía bajo su peso. Subió con paso constante, con el viento y la

lluvia amenazando su equilibrio. Al llegar al segundo piso, pisó con cuidado la estrecha plataforma y se acercó a la ventana.

Era una vieja ventana de guillotina, con la pintura desconchada y desgastada por la intemperie. Sacó la cartera y extrajo una vieja tarjeta plastificada. Deslizándola entre el marco y la hoja, la agitó un poco, aplicando presión donde debía de estar el cierre. Con un suave clic, el pestillo cedió y levantó la ventana con cuidado.

Ya estaba dentro.

La habitación en la que entró Austin estaba sumida en la oscuridad; la única luz provenía de una bombilla que se mecía débilmente colgada de una cadena oxidada. El aire estaba cargado del acre aroma a pescado viejo, sal y podredumbre, un olor nauseabundo y rancio que se había filtrado en los suelos y paredes de madera con el paso de los años.

Arma en mano, avanzó por el mercado con los pasos amortiguados por la vieja y húmeda alfombra. Pasó por una sala llena de aparejos de pesca y sus ojos se posaron en un gran anzuelo que colgaba de una clavija. El extraño silencio solo se veía interrumpido por el goteo ocasional de agua del techo.

Finalmente, encontró una habitación que parecía ser una oficina. Era una estancia separada del resto y su puerta estaba entreabierta. La empujó y el chirrido de las bisagras resonó en el silencio. En lugar de alfombra, la habitación tenía un suelo de linóleo azul. También había un ambientador con olor a pino, que, combinado con el hedor a pescado, creaba un olor extraño y horroroso. En el escritorio había papeles humedecidos. La pintura de esmalte, antes muy brillante, del archivador de la esquina estaba mate y desconchada, y su cajón superior permanecía ligeramente abierto.

Austin enfundó su arma y empezó a rebuscar entre los papeles del cajón. Viejas facturas, albaranes de entrega, recibos. El rastro documental de un negocio que un día existió. Sus dedos recorrieron la tinta desteñida, con el corazón palpitándole en el pecho mientras buscaba cualquier pista.

Entonces, lo encontró. Un albarán de entrega de Brooklyn Seafood Packers. La tinta apenas era legible, pero la dirección estaba clara.

Era un almacén justo al borde del agua, a solo un par de manzanas de Manhattan Beach. Cerca del lugar donde Javier había sido asesinado.

La mente de Austin trabajaba a toda velocidad.

Los informes decían que un niño pequeño había visto a dos hombres corriendo por la playa. El cuerpo de Javier había sido encontrado en una pizzería no muy lejos de allí.

¿Y si Javier hubiera estado retenido en el almacén y hubiera escapado, y por eso corría por la playa, para empezar?

Y, lo que es más importante, ¿y si Sy y Jorge estuvieran allí ahora?

39

Jorge se aclaró la garganta.

La señal.

Sy respiró hondo un par de veces e inclinó la cabeza en dirección al Viejo. —Oye, tú —dijo—. Parece que acaban de darte un buen repaso. Dejó la frase suspendida en el aire un momento. Como no oyó pasos, supo que tenía que intentarlo de nuevo. —Sí, viejo cabrón, hasta tu jefe parece saber que eres un inútil. —Respiró hondo otra vez. Ya no había vuelta atrás. Tenía que funcionar—. Eres, sin ninguna duda, la persona más incompetente que trabaja en el tráfico de drogas de Nueva York. ¿Qué tienes, sesenta y cinco? Espera, ¿no es esa la edad de jubilación? ¿Y a esto es a lo que te ha llevado la vida? ¿A que te reprenda un jefe más joven? Por no mencionar que huele mejor y es mucho más guapo. Hizo una pausa. —Sí, llevo los ojos vendados y me doy cuenta de que es más atractivo que tú.

Oyó sus pasos. —¡Cállate, zorra!

Ella soltó una risita y, poniendo voz de niña pequeña, dijo: —Oh, qué miedo —le puso todo el sarcasmo que pudo—. ¿Cuánto pesas? ¿Cincuenta kilos empapado? Y al menos uno de ellos es por esa barba tuya tan estúpida y fea. Es un milagro que los neoyorquinos aún puedan colocarse si alguien como *tú* es el responsable del

tráfico de drogas en la Costa Este. —Sacudió la cabeza con fingida decepción.

Los pasos del hombre se acercaban más y más, y ya podía olerlo. —Di una palabra más. *Una. Sola. Palabra.*

—Oh, me quedan *muchas* más palabras... —Sintió la bofetada apenas un segundo después. La mejilla le ardía, pero no podía estar más contenta—. ¿Eso es lo mejor que sabes hacer? Que venga el Gordo, quizá él tenga peso suficiente para que una mujer sienta su contacto. Ah, y por cierto, por muy gordo que esté, también es más guapo que tú.

—Corta ya —dijo el Gordo—. Para ya, Sammy. Al jefe no le gustaría que...

—No uses mi nombre —dijo el Viejo.

—¿Sammy? Qué nombre más estúpido —dijo Sy—. Parece nombre de niño pequeño, y supongo que tienes la inteligencia de uno de seis años, aunque eso podría ser subestimar a un niño de seis años normal.

—¡Basta ya! —gritó el Viejo, con la voz quebrada.

—¿Vas a dejar que ese gordo cabrón te diga lo que tienes que hacer, o es que no eres un hombre de verdad? —continuó Sy.

El Viejo volvió a abofetearla, esta vez en la otra mejilla. Su anillo se le clavó en el pómulo. Eso le iba a dejar marca.

Respiró por última vez antes de toser en dirección al Viejo y escupirle a propósito en la cara al mismo tiempo.

Lo que ocurrió a continuación sucedió deprisa, pero ella lo había ensayado mentalmente tantas veces durante las últimas horas que le pareció estar viendo una película escrita por ella misma.

Sintió que el Viejo echaba el cuerpo hacia atrás para golpearla de nuevo y, justo cuando lanzaba el puñetazo, ella se dejó caer. El puño del Viejo pasó de largo y, al chocar contra el suelo, oyó a Jorge saltar. Luego oyó un forcejeo.

No alcanzaba a distinguir exactamente qué pasaba después, pero oyó al Viejo aullar de dolor.

Arrugando la frente y empujando la venda con el hombro, consiguió desplazarla una fracción de centímetro sobre el ojo izquierdo, lo justo para ver. Jorge estaba de rodillas, golpeando la

cabeza del Viejo contra el suelo con una furia tan eficiente como brutal.

Por el rabillo del ojo, vio que el Gordo buscaba a tientas su pistola. —¡Jorge!

Un segundo después, Jorge le arrebataba una pistola de la cintura al Viejo.

Bang, bang.

Dos disparos rápidos al pecho y el Gordo se desplomó pesadamente en el suelo, con el arma aún enfundada en el cinturón.

Con los ojos recorriendo la habitación, todavía en alerta máxima, Jorge jadeó. —Madre mía —se puso en pie—. No *creía* que eso fuera a funcionar.

—Yo tampoco —dijo Sy.

Jorge encontró un trozo de cristal, corrió hacia ella y cortó las cuerdas que le ataban las muñecas.

Ya libre, Sy se levantó de un salto, con la adrenalina corriendo por sus venas. Le buscó el pulso en el cuello al Viejo, que yacía ensangrentado en el suelo. Estaba muerto.

Apresurándose hacia el muerto, encontró su teléfono móvil y mantuvo pulsado el botón lateral durante cinco segundos, activando una llamada de emergencia.

Cuando respondieron del 112, dijo: —Soy Symone Aoki. Estoy con Jorge Díaz López. Creo que llevan unos días buscándolo. Estamos en un almacén de pescado en algún lugar de Brooklyn. Un captor muerto, el otro crítico. ¿Puede rastrear esta llamada?

40

Austin corrió por un callejón y giró hacia la playa. No había podido encontrar un taxi y ya llevaba más de un kilómetro y medio corriendo. Había llamado a la policía de Nueva York e incluso a la oficina de la alcaldesa para darles la ubicación del almacén. No estaba seguro de que fuera allí donde tenían retenida a Sy, pero estaba dispuesto a arriesgarse al ridículo en caso de que pudieran llegar antes que él.

Pero no lo hicieron.

Al final del callejón, el viejo almacén se alzaba de forma ominosa. La lluvia le calaba la ropa y golpeaba el exterior desgastado por el tiempo, dejando que riachuelos de agua bajaran por sus costados y se estancaran en las grietas y fisuras del hormigón desmoronado.

Un viento azotaba desde el Atlántico Norte, trayendo consigo el toque salino del mar y el leve y persistente aroma a pescado. Aullaba a través del esqueleto del almacén, gimiendo por las ventanas rotas y añadiendo una banda sonora inquietante a la cacofonía de la tormenta.

Avanzando sigilosamente por un lateral, encontró una vieja ventana reventada. No vio a nadie. No oyó nada excepto su propia respiración y el pesado repiqueteo de la lluvia.

Entonces oyó voces; bajas al principio, luego cada vez más fuertes. Echó mano a su arma. La empuñó con fuerza.

Las voces se dirigían directamente hacia él. Se agachó bajo la ventana, escuchando.

—Por aquí —dijo una voz de hombre.

Espera, ¿esa era la voz de Jorge?

—Tenemos que asegurar esta zona, por si alguien vuelve —y esa era Sy.

—¿Jorge? —llamó Austin—. ¿Sy? ¿Sois vosotros? Soy Austin.

Dando un paso atrás, Austin abrió la vieja puerta de madera de una patada y entró corriendo en una esquina iluminada del almacén. En medio de la sala estaban Sy y Jorge.

Sy tenía la cara roja y un pequeño tajo en la mejilla, pero parecía estar bien. Jorge tenía mucho peor aspecto. Tenía la cara amoratada y ensangrentada, y parecía que apenas podía mantenerse en pie. Pero estaba vivo.

Austin se apresuró hacia Sy y la abrazó, y luego se apartó y la inspeccionó. —Estás bien —dijo—. Siento haberme ido, yo...

—Oye —dijo Jorge—, ¿y qué hay de mí? A mí también me han dado una paliza de muerte.

Austin sonrió y lo abrazó a él también. —Lo siento. Tienes una pinta horrible, tío. ¿Cuál es la situación aquí?

—Dos matones abatidos por allí —Jorge señaló hacia una zona contigua—. Acabo de terminar una inspección y no hay nadie más, pero eso podría cambiar.

—He dado esta dirección —dijo Austin—. La policía debería de estar en camino.

Como si fuera una señal, unas luces destellaron a través de la ventana.

Jorge dejó el arma y le cogió el teléfono a Sy. —Voy a llamar a María.

Sy y Austin salieron juntos para explicar la situación y luego observaron cómo las autoridades inspeccionaban el edificio.

—Ya viene de camino —dijo Jorge al volver con ellos.

—Es un alivio —dijo Austin.

Mientras observaban a los agentes asegurar las secciones del almacén una a una, Jorge explicó cómo se las había apañado para quitarle el arma a uno de los dos hombres que los tenían retenidos.

Le había partido el cuello, matándolo al instante. Al otro hombre le había disparado en el pecho y había muerto poco después. Sy explicó que otra persona también había estado allí brevemente, alguien de quien estaba bastante segura de que era El Mago, La Pesadilla.

Y mientras hablaba, tenía una expresión extraña en el rostro, como si estuviera intentando recordar algo, un hecho, un nombre o un número que estaba a un paso, justo en el borde de su mente.

Una hora más tarde, Jorge estaba al otro lado del aparcamiento sentado en la parte trasera de una ambulancia, recibiendo curas mientras prestaba declaración ante un par de detectives que se protegían bajo un gran paraguas.

Austin estaba a punto de unirse a él cuando llegaron la alcaldesa y su equipo. Sin perder un instante, ella se acercó a Austin y Sy, que estaban bajo una entrada de madera que daba a la playa. —Debería meterlos en la cárcel —empezó la alcaldesa.

Austin se le encaró de inmediato. —Tiene a matones en su distrito financiero sacando a inocentes de la calle y metiéndolos en furgonetas, almacenes de criminales a plena vista, y usted ni siquiera estaría aquí si yo no hubiera llamado. Una parte de mí piensa que usted podría estar detrás de toda esta operación. Porque si no lo está, está claro que no sabe cómo dirigir un departamento de policía.

Austin sintió la mano de Sy en su antebrazo. —Austin, ella *no* es quien buscamos.

La alcaldesa apartó a Sy de un empujón y le hundió un dedo a Austin en el pecho.

—¿De verdad se cree que todo gira en torno a usted, Thomas Austin? —Su voz goteaba desdén—. Llevamos investigando a *El Mago* más de tres meses. Estábamos cerca. Y entonces llega usted con sus payasadas de vaquero del oeste de Washington y lo fastidia todo. —Hizo una pausa, clavándole una mirada incisiva—. La ha

pifiado, Austin. —Su risa fue cortante como el filo de un cuchillo—. Ha interferido en una investigación en curso y ha puesto en peligro meses de duro trabajo. Debería meterle a *usted* en la cárcel. —Se inclinó hacia él, con la mirada endurecida—. Pero le dejaré marchar con una condición. Deje este caso y vuele de vuelta a Washington inmediatamente. Nada de más intromisiones. Nada de investigaciones por cuenta propia. Coja su complejo de héroe y váyase a casa.

—En cuanto a usted, señora Aoki —la alcaldesa dirigió su atención a Sy, con la voz aún cargada de vitriolo—, lamento por lo que ha pasado. Pero usted tampoco está exenta de esto. Según tengo entendido, es una agente del NCIS suspendida. ¿No es cierto? —No esperó a que Sy respondiera—. Esto no es ningún tipo de "reality show" televisivo. —La alcaldesa sacudió la cabeza, con una sonrisa sardónica en los labios—. Esto es la ciudad de Nueva York. Tenemos leyes y tenemos orden. No necesitamos que agentes renegados de otros estados vengan a enturbiar nuestras investigaciones. —Se echó hacia atrás, cruzándose de brazos—. Considere esto como su último aviso.

Austin encajó el asalto verbal, observando por el rabillo del ojo cómo llegaba la familia de Jorge y corría a saludarlo. Jorge apartó a los sanitarios para abrazar a su mujer, María, y a sus hijos. Era el tipo de abrazo que más le gustaba a Austin. El tipo que le decía que ninguno de los presentes volvería a dar nada por sentado.

—Austin, ¿me está escuchando siquiera? —preguntó la alcaldesa.

Austin cogió la mano de Sy. —No mucho —dijo, alejándola de la alcaldesa.

Cuando estuvieron fuera del alcance del oído, Sy lo detuvo. —El Mago. Estaba allí, en el almacén. Me preguntó por ti. Sentí que reconocía su voz.

Austin observó cómo se le contraía el rostro por el esfuerzo de pensar. Ella ladeó la cabeza y se llevó la mano a la nuca.

—No —continuó—, creo que me lo he imaginado. Era un hombre. Aunque definitivamente no era la alcaldesa.

—¿Cómo sonaba?

—Hombre, de entre treinta y cincuenta años. Un acento más bien neutro, pero podría estar fingiendo la voz. ¿Por qué estás tan seguro de que no te arrestará? ¿De que no nos arrestará?

—Porque somos los únicos que sabemos lo mal que la ciudad ha gestionado este caso.

PARTE III

CAVAR DOS TUMBAS

41

Cuando Austin consultó su teléfono, vio que tenía un mensaje de voz nuevo del veterinario.

—Hola, señor Austin, tenemos buenas noticias. Run se va a poner bien. Todo se ha estabilizado en las últimas ocho horas. No nos hemos separado de su lado. Kendall está de camino para llevársela a casa de nuevo. Tendrá que tomárselo con calma durante unos días, pero esperamos una recuperación del cien por cien.

Austin se metió el teléfono en el bolsillo y se quedó mirando hacia la playa, hacia el Atlántico, sumido en la oscuridad. Tenía ganas de llegar a casa, darle un abrazo a Run y dejar que le lamiera la cara todo el tiempo que ella quisiera.

Nada más tener ese pensamiento, sonó el teléfono. Samantha.

—Hola —dijo Austin—. Gracias. Pude encontrar la ubicación gracias a tu trabajo. Resultó que mis amigos sabían cuidarse solos, pero, bueno, gracias.

—¿Qué ha pasado?

—Te lo contaré todo si llego a casa.

—*Cuando* llegues a casa —le corrigió ella.

—Eso.

Samantha se aclaró la garganta. —Tengo algo importante que decirte. Es lo que intentaba decirte antes. Pero ahora sé aún más, y es importante. Hay un Super PAC con sede en Nueva York llamado

Justice Now. Ha estado donando dinero tanto a Daniels como a Carter, los oponentes de Ridley. Lo controla el multimillonario Talus Aaron Ockley.

—Vale —dijo Austin—, ¿y qué hay de nuevo en eso? Las donaciones turbias de grandes sumas en política no son precisamente una noticia de impacto.

Samantha suspiró. —Déjame terminar. Esa organización me llevó a una lista de otras organizaciones de grandes donantes, una de las cuales se llama *The American Leadership Committee*. Hace unos tres meses, donaron dinero a la alcaldesa de la ciudad de Nueva York, que sé que es una de las personas en las que has estado indagando. Un mes después, ella *devolvió* la donación, así que quise averiguar por qué. ¿Por qué iba un político a devolver dinero?

—¿Y? —preguntó Austin—. ¿Qué has descubierto?

—Bueno, investigué a fondo *The American Leadership Committee* y resulta que es una suborganización de una empresa más grande llamada *The Freedom First Coalition*. —hizo una pausa, riendo entre dientes—. A estos tipos les encantan los nombres genéricos, patrióticos y llenos de jerga. En fin, al principio pensé que no era más que otra gran organización política que canalizaba dinero hacia varios candidatos. Poco ético, pero no ilegal. Pero no es eso. *The Freedom First Coalition* es una de las vías que utiliza la familia criminal Namgung para canalizar su dinero tanto hacia la influencia política como hacia sus propios bolsillos. Es lo que han estado usando para sobornar a la gente durante años.

Austin reflexionó sobre ello. —Entonces, espera, ¿por qué crees que la alcaldesa devolvió la donación? —Pero al hacer la pregunta, obtuvo la respuesta. La alcaldesa acababa de decirle que llevaba meses investigando al Mago y al cártel. Lo más probable era que se hubiera enterado de que estaban conectados y hubiera devuelto la donación para evitar cualquier conflicto de intereses—. ¿Es posible que la alcaldesa recibiera una donación de ellos y la devolviera al descubrir quién los respaldaba realmente?

—Eso es lo que iba a decir —dijo Samantha—. *The Freedom First Coalition* también hizo muchas donaciones legítimas a políticos para cubrir sus huellas. Cuando eres corrupto, es importante repartir el

dinero ampliamente, tanto para implicar a más gente como para no implicar a las personas a las que envías la mayor parte de tus fondos.

—A ver si lo he entendido bien —dijo Austin, saliendo del soportal hacia la lluvia—. ¿*The American Leadership Committee* recibe millones de dólares de *The Freedom First Coalition* y utiliza ese dinero para sobornar a políticos?

—Exacto.

—¿Y *The Freedom First Coalition* es un brazo de la familia criminal Namgung?

—Correcto.

—¿Y *The Freedom First Coalition* se utiliza para canalizar dinero a miembros de la familia, hacia negocios legítimos? Básicamente, ¿para blanquear millones de dólares procedentes del narcotráfico?

—En efecto. Salvo que no son millones. Son más bien cientos de millones.

Austin se detuvo y se volvió hacia el almacén, donde Sy estaba ahora con Jorge y su familia. —Supongo que no podrás decirme a quién le están enviando la mayor parte de su dinero, ¿verdad?

—No puedo saberlo con seguridad —dijo Samantha—, pero una cantidad endiablada fue a parar a una sociedad de responsabilidad limitada con sede en Filipinas llamada Shamrock-Orchid Holdings.

Austin sintió que la lluvia le calaba la ropa. —¿Has dicho Shamrock-Orchid Holdings en Filipinas?

No esperó respuesta; tenía que hablar con Sy, y luego tendría que hacer la llamada más arriesgada de su vida.

42

Por suerte, Austin no se había cambiado la camisa desde que se fue de casa de sus suegros. Metió la mano en el bolsillo del pecho y sacó la tarjeta que el vicealcalde le había guardado allí unos días antes. Al marcar el número, sintió que le temblaba la mano.

Entonces alguien respondió: —Teléfono del vicealcalde Sullivan. ¿Quién llama?

—Soy Thomas Austin, llamo para hablar con el vicealcalde. ¿Podría ponerme con él, por favor?

—Un momento —dijo la voz al otro lado de la línea.

Al otro lado del aparcamiento, Austin vio a la alcaldesa, que acababa de salir de una entrevista televisiva frente al almacén. Lo más probable era que se estuviera atribuyendo el mérito de haber acabado con una parte de la notoria familia criminal Namgung. Ella lo miraba con suspicacia. Él estaba demasiado lejos como para que ella pudiera oírlo, pero estaba paranoico, así que le dio la espalda y caminó hacia la playa.

Le había pedido a Sy que investigara qué tipo de orquídeas se asociaban con Filipinas y que luego comprobara si encontraba algún registro del icono del trébol que Joey Green había descrito en las latas número diez que contenían sus pagos. También le había pedido que se pusiera en contacto con Patch Kellerman y le diera todo lo que habían descubierto. No sabía si sobreviviría a la hora siguiente y,

si no lo hacía, quería que todo lo que habían encontrado saliera a la luz.

—Tommy Boy, ¿qué pasa? Me han dicho que están ocurriendo cosas bastante feas. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar? —La voz del vicealcalde llegó a través del teléfono.

—Sí, he tenido un altercado. No pinta bien. Creo que tengo novedades. He estado trabajando en el caso de Fiona y creo que, de alguna manera, la alcaldesa puede formar parte de ello. Usted me dijo que no me fiara de ella, y creo que tenía razón. ¿Habría alguna forma de que nos reuniéramos solo un par de minutos? No me siento seguro hablando de esto por teléfono y no sé a quién más recurrir. Es usted de las pocas personas en la ciudad de Nueva York en las que confío en este momento.

Hubo un largo silencio al otro lado del teléfono; luego, Amelio dijo: —Por supuesto. Ahora mismo vuelvo a Manhattan desde Peter Luger. ¿Dónde puedo recogerte?

Quince minutos después, Austin estaba de pie junto a la limusina del vicealcalde mientras el chófer lo cacheaba.

Levantó los brazos, revelando la MR1911 en su funda. —Adelante. Con tal de que me la devuelva cuando me vaya.

—Faltaría más —dijo el hombre, tomando el arma—. No se siente cómodo con las armas, incluso cuando las empuñan las fuerzas del orden. Ya sabe qué opina sobre el control de armas.

—Cierto —dijo Austin.

El chófer dio unos golpecitos en la ventanilla y la puerta trasera de la limusina se abrió. Amelio Sullivan estaba sentado como un rey, reclinado con un whisky en una mano y un elegante iPhone en la otra. Vestía un traje azul oscuro y un reloj de oro que reflejaba las luces del techo.

A su lado, en el asiento, había una cajita marcada con el logotipo del famoso asador de Brooklyn: *Peter Luger, Establecido 1887*. —Chuletón con salsa bearnesa —dijo Amelio—. ¿Te apetece un poco?

Lo he acompañado con un cabernet Screaming Eagle pero, por desgracia para ti, nos lo terminamos en el restaurante.

—No —dijo Austin—, por ahora sigo la dieta del café solo.

Amelio se rió entre dientes y luego subió el separador entre el asiento trasero y el conductor. —Es una barrera insonorizada porque aquí atrás tengo que hacer muchas llamadas importantes de trabajo. —Su rostro mostró preocupación—. Lamento que haya tenido que cachearte. Recibo amenazas de muerte casi todos los días y, aunque ella me pidió que fuera su segundo, llevo meses preocupado por McKinley. Espero que lo que dices no sea cierto, pero me temo que lo es. Cuéntame qué pasa.

—Está bien —dijo Austin—. Permítame empezar desde el principio.

43

Mientras la limusina se abría paso por Brooklyn bajo la intensa lluvia, Austin pasó la mayor parte de los siguientes diez minutos contando la verdad, asegurándose de intercalar algunas mentiras creíbles según fuera necesario.

Le habló a Amelio de cómo Fiona había estado investigando al clan criminal de los Namgung, y cómo ciertos elementos dentro del NYPD y el FBI podrían haber estado implicados en un encubrimiento.

Le contó al vicealcalde cómo había rastreado cuatro nombres gracias a su implacable investigación, con la ayuda del ya fallecido detective del NYPD David Min Jun. Le explicó cómo había llegado a conocer a Jorge Díaz López y cómo se enteró de que este no formaba parte del crimen, sino que había estado intentando resolverlo con Fiona. Compartió cómo había pasado los últimos días a la caza de la verdad, cómo había conocido a Joey Green y cómo, finalmente, se había enterado de que la alcaldesa McKinley había sido el cerebro de la trama desde el principio.

—Se la conoce como *La Maga* —concluyó Austin—. Algunos la llaman *La Pesadilla*. Por lo que he podido averiguar, ha estado recibiendo millones de dólares de la familia criminal Namgung, canalizados a través de una organización llamada *The Freedom First Coalition*. Los ha utilizado para enriquecerse y para sobornar a miembros del NYPD y del FBI para permitir que el tráfico de drogas

prospere. Christopher Palini, Gretchen Voohrees y Jackson Baker. Esos son tres de ellos, pero puede que ya estén muertos. Y puede que haya otros también. Cuando Fiona estuvo a punto de derribar a la alcaldesa, esta ordenó que la mataran. Sigo sin saber quién efectuó el disparo, pero sí sé quién dio la orden.

Amelio parpadeó despacio y se pasó una mano por su cabeza calva, como si estuviera asimilándolo todo.

Y en ese momento Austin supo que lo tenía.

Cuando él y Fiona jugaban a las cartas con él hace años en los eventos benéficos para agentes caídos, Amelio había sido un jugador empedernido. Y Fiona había descubierto su «tic». Cada vez que estaba a punto de marcarse un farol, se pasaba una mano por la cabeza y parpadeaba más despacio, casi como si se estuviera concentrando intensamente para no perder el hilo de su historia.

Amelio abrió la boca, pero Austin lo interrumpió levantando un solo dedo. —Espere un segundo —dijo—, tengo que hacer una llamada. —Llamó a Sy y, cuando ella respondió, preguntó—: ¿Has encontrado algo?

—Vaya que sí. —Austin bajó el teléfono y puso el altavoz para que Amelio pudiera oír—. Como ya sabes —estaba diciendo Sy—, el trébol se utiliza a menudo como icono de los irlandeses y los irlandeses estadounidenses. La orquídea waling-waling es una de las flores más importantes de Filipinas. Ha sido bastante fácil sacar el expediente del caso de Joey Green. El logotipo que describió en esas latas del número diez se parece mucho a un trébol entrelazado con orquídeas waling-waling. Si estás donde creo que estás, corres peligro. Pero dime solo una cosa, ¿a qué huele su colonia?

Austin inhaló profundamente. —Especias y quizá cítricos.

—Es él —dijo Sy—. Es el hombre que estaba en el almacén cuando me tenían atada. Dime dónde estás.

La mano de Amelio se movió hacia el compartimento situado junto al estante de los decantadores en el lateral de la limusina. Cuando la retiró, estaba apuntando con una pistola Cabot Guns Black Diamond al estómago de Austin.

Él observó los ojos de Amelio con atención. —Sy, deberías investigar una sociedad de responsabilidad limitada con sede en

Filipinas llamada Shamrock-Orchid Holdings. Es la...

Antes de que Austin pudiera terminar, Amelio le había arrebatado el teléfono y lo había lanzado al otro lado del coche.

Con una calma escalofriante, se recostó de nuevo en el mullido asiento de cuero. La tenue luz del interior se reflejaba en la fría superficie metálica de la pistola que sostenía con naturalidad, casi con desdén, en su regazo. No blandía el arma con jactancia, sino que descansaba frente a su estómago, con el cañón ligeramente inclinado hacia arriba y el dedo listo en el gatillo.

Frente a él, Austin permanecía inmóvil, con el pecho subiendo y bajando con respiraciones cortas y controladas. —¿Y ahora qué?

44

Austin se quedó mirando la pistola, una pieza de artillería letal de una belleza impresionante. La Cabot Guns «Black Diamond» estaba forjada a partir de una única pieza de acero y lucía un acabado en obsidiana sumamente elegante. Sus detalles intrincados y las empuñaduras con diseño de diamante daban pistas sobre el desorbitado precio del arma, mientras que su diseño compacto la convertía en una compañera mortal en manos del vicealcalde.

—¿Cuánto te contó Fiona sobre cómo era nuestra relación cuando salíamos? —lanzó la pregunta como si fuesen viejos amigos poniéndose al día tras mucho tiempo sin verse. La sonrisa en su atractivo rostro asqueó a Austin.

—Muy poco —dijo Austin.

—Siempre había algo en ella. Algo que me gustaba. Pero sabía que lo nuestro nunca iba a funcionar porque era demasiado... no sé, *algo*. ¿Alguna vez tuviste esa sensación? ¿De que era simplemente demasiado *algo*?

—No —respondió Austin—. Era rematadamente inteligente. Más lista que cualquiera de nosotros dos. Pero Fiona no era *demasiado* nada. Era perfecta. Al menos para mí.

Amelio sacudió la cabeza. —Bueno, para mí no terminaba de encajar.

—Sé quién eres —dijo Austin—. Sé que eres el Mago. La Pesadilla. Todo lo que he dicho sobre la alcaldesa McKinley se te puede aplicar a ti. Tú movías los hilos. Has sido tú todo este tiempo. Y *tú* mandaste matar a Fiona.

Amelio sonrió.

Por supuesto, no iba a admitirlo así como así. De modo que Austin continuó: —Sabes, una vez Fiona te llamó el «único político honrado». Y creo que fuiste bueno, al menos en algún momento, hace mucho tiempo. Mi apuesta es que empezaste con la mirada llena de ilusión, optimista, creyendo que podrías arreglar las cosas. Que podrías mejorar la ciudad, mejorar a la gente, quizá mejorarte a ti mismo. Pero en cuanto viste que las cosas estaban bastante podridas por aquí, en cuanto viste cómo esa primera pizca de corrupción podía mantenerte, fuiste lo bastante débil para decidir que tú también querías tu parte del pastel. Y la cogiste. Y después seguiste cogiendo, y cogiendo, y cogiendo.

Austin se recostó y bajó la ventanilla, dejando que la lluvia le golpeara el rostro. La noche se había vuelto más fría y sentía como si diminutas partículas de hielo se abalanzaran contra su cara. —A estas alturas me da igual lo que me hagas —dijo—. Un amigo me dijo una vez que, cuando emprendes el camino de la venganza, debes cavar dos tumbas. Una para tu transgresor. Otra para ti mismo. —Se volvió hacia Amelio—. Aunque solo sea una tumba, y aunque sea la mía, no importa. Te tenemos. Aunque me mates. Te tenemos. Amigo, tu tumba ya está cavada. —Volvió a apartar la mirada y se quedó mirando los edificios de Brooklyn mientras se aproximaban al famoso puente que conducía al Lower Manhattan.

Sabía lo que Sy estaría haciendo en ese preciso instante. Estaría contándole a la alcaldesa, al NYPD y a cualquiera que estuviera dispuesto a escuchar que Amelio Sullivan era el Mago. La Pesadilla. El hombre detrás del mayor caso de corrupción en la ciudad de Nueva York en años, quizá décadas. El hombre que permitió que un flujo incesante de drogas inundara Nueva York desde el sudeste asiático.

Estaría diciéndoles que había olido su colonia cuando estaba cautiva; que él estaba detrás de una sociedad limitada llamada

Shamrock-Orchid Holdings, que había recibido cientos de millones de dólares procedentes del narcotráfico de la familia criminal Namgung. También estaría contando todo esto a Patch Kellerman, a quien Austin le había confiado la historia solo porque publicarla le daría la fama que siempre había ansiado.

A Austin se le ocurrió que había una cosa más que necesitaba saber. —¿Y qué pasó con los hombres que dispararon?

Amelio no dijo nada.

—A mí me dispararon cuatro veces y sobreviví. A Fiona le dispararon una vez y murió. ¿Pero qué pasó con ellos?

Austin oyó sirenas que venían por detrás. Quizá Sy había actuado incluso más rápido de lo que esperaba.

Austin no creía que Amelio fuera a huir.

Los hombres como él hacían que otros mataran en su nombre y pagaban mucho dinero para que otros libraran sus batallas en los tribunales. Al fin y al cabo, las pruebas contra él eran todas circunstanciales a estas alturas, y los delitos financieros eran mucho más difíciles de demostrar. Además, Austin imaginaba que el dinero que tendría para defenderse sería prácticamente ilimitado. Como mínimo, podría permanecer en libertad bajo fianza durante años mientras sus abogados empleaban cada táctica de dilación de su arsenal. Creía que acabarían atrapándolo, pero la verdad era que no estaba seguro.

De modo que, cuando el coche de policía se encajonó tras ellos, Austin supuso que Amelio le pediría al conductor que se detuviera.

Pero no lo hizo.

En su lugar, golpeó el cristal de separación y gritó: —Sácanos del estado, ahora mismo.

45

Austin estuvo a punto de abalanzarse sobre el arma, pero había perdido su oportunidad. Con la misma rapidez con la que había golpeado el panel de separación y dado órdenes al conductor, Amelio volvía a apuntar a Austin con la pistola.

—¿La has disparado alguna vez? —preguntó Austin.

Amelio sonrió. —Sabías que ibas a ser mi rehén.

—Pensé que era probable —dijo Austin.

—¿Qué tienen contra mí? —preguntó Amelio.

Austin le sostuvo la mirada. —Lo tienen todo.

—¿Todo? Mientes. Del mismo modo que Austin conocía el tic de Amelio, este supo que Austin iba de farol.

El conductor giró y entró con suavidad en la rampa del puente de Brooklyn. Las luces de la policía perdieron intensidad. Parecía que habían detenido a otro coche.

—Tenemos a Joey Green —dijo Austin—. Tenemos a dos personas secuestradas por tus matones; una de ellas puede identificarte.

—Llevaban los ojos vendados.

—Tengo a un chico llamado Michael. Quizá podamos hacer que se vuelva contra ti. Estoy seguro de que lo conseguiremos.

—No he oído hablar de él en mi vida —dijo Amelio con calma.

—El chaval tiene una abuela de lo más encantadora; quizá podamos lograr que ella lo presione. Le ofreceremos instalarla en el mejor centro de cuidados de la memoria que el dinero del gobierno pueda pagar.

Aquella era una de las conversaciones más extrañas que Austin había tenido jamás: un intercambio racional sobre las pruebas contra un hombre al que preferiría ver muerto. Era como si Amelio quisiera sopesar las pruebas para decidir su siguiente movimiento.

El caso era que Amelio no le daba la impresión de ser un asesino sanguinario. Era algo incluso peor.

Era un hombre de negocios capaz de cualquier cosa con tal de ganar. Austin dudaba que hubiera disparado aquel arma alguna vez. Y Austin sabía que estaba haciendo un cálculo. Intentaba decidir qué le ofrecía las mejores probabilidades. A menos que hubiera pruebas abrumadoras contra él, Amelio probablemente sabía que su control sobre la ciudad y la prensa le daba una oportunidad de salir impune. Pero una parte de él, pensó Austin, también quería apretar el gatillo. Quería vengarse de Austin.

—La cosa está así —dijo Austin—. Tenemos mucho. A Joey Green. El trébol y la orquídea de las latas. Representan tu herencia irlandesa y filipina, ¿verdad? Pero más que eso, tenemos un rastro de dinero. El NYPD y el FBI están realizando análisis forenses digitales ahora mismo para conectarte con una red de corrupción que llenará los periódicos durante meses.

Austin *esperaba* que eso fuera cierto, del mismo modo que esperaba que acabaran localizando a Michael, el joven que le había buscado a su abuela todas aquellas multas de aparcamiento. Pero la verdad era que no lo sabía.

Estaban a mitad del puente de Brooklyn, y la lluvia caía con tanta fuerza ahora que al golpear el techo del coche sonaba casi como disparos.

—Como he dicho —repitió Austin—, tenemos mucho. Suficiente. Más que suficiente. ¿Por qué crees que me sentí tan seguro como para subirme a este coche sin un arma? Sabía que podía convencerte de que te teníamos y de que matarme solo empeoraría las cosas para ti. No querrás cargar también con un asesinato.

Menudo *cobarde* de mierda estás hecho. Le escupió la última palabra, desatando años de ira, frustración y dolor.

Amelio pareció considerar las palabras de Austin, y Austin supo que estaba a punto de recibir un disparo.

Vio el brillo en los ojos de Amelio mientras apretaba el gatillo.

En ese mismo instante, Austin se lanzó hacia la derecha y agarró la licorera de cristal llena de lo que, estaba seguro, era un whisky carísimo.

46

La bala rozó el costado de Austin, desgarrándole la carne pero sin causar daños permanentes antes de alojarse en el asiento de cuero. Austin aulló de dolor, pero agarró el decantador de cristal y lo estampó contra el rostro de Amelio con todas sus fuerzas.

La mandíbula del hombre crujió; un sonido tan hermoso como nauseabundo. Una pequeña cantidad de whisky se derramó por el pitorro vertedor integrado, impregnando el vehículo con su olor.

Pero Amelio no se rindió fácilmente. Se echó hacia atrás y volvió a apuntar, pero en un segundo Austin se lanzó al otro lado de la limusina, agarrándole las muñecas. Logró desarmarlo, pero, en el forcejeo, se le quedó el pie atrapado bajo el asiento, dejándolo vulnerable.

Amelio lanzó un rodillazo ascendente que impactó en su pecho, golpeándolo contra una hilera de vasos sujetos a un pequeño estante.

De repente, la limusina se detuvo. Los cláxones atronaban por todas partes. El tráfico se había detenido tras un accidente más adelante.

Amelio abrió la puerta y salió disparado de la limusina. Echó a correr a toda velocidad por los carriles bloqueados del puente.

Austin salió tras él a trompicones y se agachó, sacando el pequeño táser de su bota, donde había estado escondido todo el

tiempo. Corriendo a toda prisa, sus pasos crujieron sobre cristales rotos al pasar junto al accidente de coche. Amelio viró a la izquierda, hacia el borde del puente, y pasó bajo una farola. Tenía la cara surcada de sangre y los ojos encendidos de malicia.

Austin salió disparado, acortando rápidamente la distancia entre ambos y siguiéndolo junto a la barandilla. Cuando estuvo a tres metros, disparó el táser a la espalda de Amelio, pero el aguacero caía de lado, golpeándolos a pesar de que había una pasarela peatonal por encima de ellos. La lluvia desvió su puntería; las gotas chocaron con los dardos del táser. En lugar de clavarse en la espalda de Amelio, se incrustaron inofensivamente en el pavimento empapado, con chispas bailando sobre la superficie mojada.

Los hombres chocaron sobre una estrecha viga de hierro en un torbellino de puños y salvajismo. Amelio lanzó el primer golpe, un mandoble salvaje que Austin esquivó. Austin activó el táser, presionándolo contra el costado de Amelio.

Amelio dio un fuerte respingo hacia atrás y lanzó un manotazo hacia abajo, tirando el táser de la mano de Austin.

Austin contraatacó con un directo preciso en las costillas de Amelio, justo donde le había dado con el táser. Su pelea se acercó cada vez más al borde, con las revueltas aguas del East River a cuarenta metros de profundidad. Amelio lanzó una patada salvaje, pero Austin la esquivó y le asestó un rodillazo en las tripas, seguido de un cabezazo que le hizo vibrar el cráneo; el golpe mandó a Amelio contra el quitamiedos, cayendo de rodillas, y dejó a Austin con un pitido en los oídos.

Medio cegado, Austin se inclinó para atrapar a Amelio, pero las manos se le resbalaron en la cabeza calva del hombre. Entonces lo agarró por la boca, enganchándole el dedo en la mejilla como si fuera un anzuelo y estampándole la cara contra las implacables vigas de hierro que formaban la barandilla del puente.

Una, dos, tres veces; cada impacto resonaba por encima del estruendo de la lluvia y el sonido de las sirenas. —¿Qué pasó con los hombres que dispararon? —exigió Austin—. ¿Dónde están?

Amelio levantó la vista y su habitual mueca de desprecio desapareció por un momento. —Muertos. Los dos. Todo el mundo

está muerto. Menos yo.

Austin tiró de Amelio hacia delante por la solapa. —¿Cómo? —La palabra salió como un gruñido. Austin sintió la vibración de esa pregunta a través de todo su cuerpo.

—Los enterraron al día siguiente del trabajo. Limpieza.

¿Cómo podían estar muertos? ¿Cómo podía estar muerto todo el mundo?

Volvió a estrellar la cabeza de Amelio contra la viga.

¿Cómo podía estar muerta Fiona, para empezar? ¿Cómo había acabado él aquí?

La sangre manaba de la nariz de Amelio. Austin estaba tan cerca de él que podía ver la marca del patrón del decantador de whisky en la mejilla del hombre, donde le había golpeado.

Los pensamientos de Austin se aclararon de repente y bajó la vista hacia el rostro ensangrentado de Amelio, que aún mantenía una extraña sonrisa burlona. Una vez más, le estrelló la cabeza contra la viga con todas sus fuerzas.

Esta vez, supo que le había dado en la sien.

Amelio se quedó inerte por un momento, pero luego volvió a tensarse.

Podía saborear su propia sangre y olerla también, así como la sangre de Amelio y la lluvia gélida. Podía sentir todo Nueva York y el puente de Brooklyn y toda la historia de la grandiosa y terrible ciudad. Su sinestesia se activó, y olió y saboreó algo que no podía describir y que no comprendía. Era como si todo el dolor de toda la historia se hubiera apoderado de su interior. Todos los sabores y olores a la vez y, de algún modo, supo que estaba saboreando el sufrimiento mismo, la muerte misma.

Austin apretó el agarre de la solapa de Amelio, tirando de él hacia atrás.

Este sería el golpe final.

Se acordó de Franklin, el vagabundo que gritaba una angustia sin nombre hacía solo unos días. Y ahora sabía por qué gritaba Franklin. Le gritaba al mundo por todo el dolor que ofrecía, tanto el merecido como el inmerecido.

Miró a Amelio. Esta vez, dejó que su cuerpo se relajara. No veía sentido alguno en cavar más tumbas.

Por un instante, su concentración flaqueó y miró hacia atrás, distraído por un destello de luz: una mujer con un teléfono móvil grabándolo todo.

Zzzzzzzz

Austin sintió la descarga recorrerle el muslo y dio un respingo hacia atrás.

Amelio había aprovechado ese segundo de distracción para coger el táser.

Zzzzzzzz

Volvieron a darle una descarga, esta vez en el estómago. Austin se tambaleó hacia atrás, golpeándose la cabeza contra la viga.

Amelio se agachó y le agarró las piernas. Mientras empujaba a Austin por el hueco del quitamiedos, el mundo se inclinó: el puente, el cielo, el río revuelto, la mueca de Amelio.

Austin se aferró a la viga, colgando, agarrándose con fuerza. Se resbaló y cayó más, pero sus dedos ensangrentados se aferraron a uno de los cables de acero, con los pies colgando en el aire.

Arriba, Amelio lo miraba con regocijo, con su rostro ensangrentado contorsionado por una emoción salvaje.

—¡Amelio Sullivan, quieto! Aléjese. ¡Manos arriba!

47

Una serie de gritos. Austin cerró los ojos, aferrándose al cable con todas sus fuerzas.

Oyó pasos. —Cójame de la mano. Austin abrió los ojos. Un agente corpulento con el uniforme azul del NYPD le tendía la mano. Otro estaba haciendo girar a Amelio para esposarlo.

Austin se preparó, listo para alcanzarlo, pero Amelio se lanzó hacia delante, deslizándose como un jugador de béisbol que entra en segunda base. Sus zapatos de diseño impactaron contra los dedos de Austin, rompiendo su agarre.

El tiempo pareció detenerse.

El vacío bajo sus pies parecía no tener fin.

Austin cayó a plomo, con la cabeza alta, mirando hacia el puente mientras se precipitaba al vacío.

El viento pareció empujarle por la espalda, poniéndole en una posición más vertical. Pensó en sus padres y en cómo se sentirían cuando recibieran la noticia. También pensó en Ridley, Jimmy, Lucy, Samantha y en todos los demás que estaban en casa. Incluso pensó en Kendall. Habían tenido un comienzo difícil, pero él había esperado tener un futuro profesional mejor con ella.

El agente que había intentado esposar a Amelio disparó, alcanzándole en la espalda. Amelio tropezó con la barandilla y Austin

supo que, aunque él iba a morir, Amelio Sullivan moriría segundos después, suponiendo que el disparo no lo hubiera matado ya.

Casi sonrió entonces, viendo el cuerpo de Amelio siguiéndole en la caída hacia las corrientes heladas del East River. Y sintió que había hecho lo necesario en esta vida para demostrarle a Fiona que la quería.

Y entonces pensó en Run. Ella corriendo por la playa como un cruce entre un conejo y un zorro con exceso de cafeína. Llena de ganas de jugar, entusiasmo y alegría. La quería más de lo que creía posible querer a un animal. Y deseó haber sido más como ella en vida.

Nada de esto fue pensamiento. No exactamente. Fueron revelaciones simultáneas e instantáneas que se presentaron como un conocimiento completo en los tres segundos que duró la caída.

Entonces cerró los ojos y relajó todo el cuerpo.

Había hecho suficiente y estaba listo para morir.

48

Austin se despertó desorientado. Pestañeó varias veces; la brillante luz del techo le quemaba los ojos. No fue hasta que intentó moverse cuando se dio cuenta de que tenía la pierna escayolada y de que todo el cuerpo le dolía de una forma que nunca habría imaginado posible.

Estaba en una cama de hospital con una muñeca esposada a la barandilla lateral. ¿Qué demonios?

Era como si cada parte de su cuerpo hubiera sido molida a palos individualmente y luego pegada con cinta por un borracho. Le dolía la piel, los músculos, los huesos, incluso las uñas de los pies. Estaba claro que se había roto la pierna derecha y que lo habían operado mientras estaba inconsciente.

Pero se dio cuenta de que estaba vivo. Eso fue lo más impactante de todo.

Lo último que recordaba era la caída. Estaba seguro de que sería lo último que experimentaría. Pero no fue así. Seguía aquí.

Miró por la ventana. Estaba en el mismo hospital de Manhattan en el que estuvo cuando le dispararon. Cuando dispararon a Fiona. El cielo exterior estaba gris y nublado, y casi podía oler los gases que subían de los extractores de los edificios circundantes.

Una enfermera con un uniforme rosa brillante entró. —Sr. Austin, ¿cómo se encuentra?

—Yo... —Austin apenas podía hablar. Le dolían los labios. Le dolían las mejillas. Le dolían los ojos. Le dolía todo.

—Como probablemente habrá deducido, tiene la pierna rota y está lleno de magulladuras —dijo ella—. Bueno, más que magulladuras. Pero debería estar muerto. Solo tres personas han sobrevivido a una caída desde el puente de Brooklyn. Si no hubiera habido tormenta, actualmente no tendría el honor de ser el cuarto.

—No... entiendo. —Austin tomó aire con cautela y se encogió de dolor, y luego continuó—. ¿Cómo es que no lo estoy?

—Debería estarlo —dijo la enfermera mientras le cogía la mano y movía la esposa, lo que alivió parte de la presión en su muñeca—. ¿Siente algún dolor punzante u hormigueo en el brazo?

—No.

—Es ridículo que tengamos que mantenerle esposado. Son sus piernas las que no le van a llevar muy lejos, Sr. Austin, y esta esposa de aquí podría causarle daños en los nervios si no le hacemos ejercicios de movilidad con la frecuencia suficiente. Cuando un paciente está detenido, se supone que debe haber un oficial presente para quitarle las esposas cuando lo necesitemos. —Chasqueó la lengua audiblemente y luego continuó evaluando el resto de su cuerpo, comprobando los pulsos y pidiéndole que apretara sus dos manos antes de iluminarle los ojos con una linterna.

—Pero ¿cómo es que estoy vivo?

—He tenido que investigarlo yo misma. —La enfermera se desplazó hasta el final de la cama, pellizcándole los dedos de los pies y palpando el pulso en el empeine mientras hablaba—. Al parecer, cuando el agua está tranquila, es una superficie más dura al impactar, tiene menos flexibilidad. El hecho de que las olas estuvieran agitadas disminuyó la tensión superficial y le mantuvo con vida. Además, dio la casualidad de que cayó de pie. Incluso con esa suerte, si ese barco no hubiera estado pasando por allí, se habría ahogado en cuestión de minutos. En resumidas cuentas —señaló hacia el techo, indicando dónde creía que estaba el cielo—, alguien ahí arriba no le quiere muerto. Y me alegro, porque la forma

en que estampó la cabeza de ese bastardo contra el puente me hizo levantarme y aplaudir. Siempre supe que ese tipo era turbio.

—¿Qué?

—Su vídeo se ha hecho viral. Su pelea con Amelio Sullivan. Ese tipo está más que muerto, pero desde entonces ha salido a la luz que era el cabecilla del mayor cártel de la droga de la ciudad. Patch no sé qué... la noticia más importante en años, aunque yo solo he escuchado la versión en podcast. Gracias por darle esa paliza primero. Egoístamente, no quiero tener que atender a más víctimas de sus drogas en mi turno, ¿sabe lo que quiero decir?

Austin no sabía qué decir.

—Pulse el botón del dolor, cielo, no tiene sentido sufrir. Ahora mismo tiene mucho que curar. —Marcó algunas cosas en una carpeta, anotó algo en un iPad, empujó la mesita de Austin hacia él y se marchó.

Austin tanteó en su cama con la mano libre hasta que encontró el extremo de un cable eléctrico. Siguió el consejo de la enfermera y pulsó el botón. *Menos mal que existe la analgesia controlada por el paciente,* pensó mientras el dolor se adormecía ligeramente.

Cerró los ojos y, de nuevo, todo se volvió negro.

La siguiente voz que Austin oyó fue la de Ridley. —Maldita sea, tío, tienes un aspecto espantoso. A mí me falta media pierna y me veo mejor que tú. Acabo de pasar por una campaña política y no he dormido más de un par de horas en un mes, y me veo mejor que tú. Pareces haber peleado doce asaltos contra el East River y haber perdido. Por mucho.

Un dolor comenzó en su estómago y se extendió por su pecho cuando Austin soltó una risita. Intentó abrir los ojos, pero parecían estar pegados. Muy lentamente, forzó la boca para abrirla y dijo: —¿Qué... haces tú aquí?

Austin escuchó los pasos de Ridley caminando por la habitación del hospital. No estaba seguro de si estaba soñando, pero creía que

no. Había tenido pequeñas tormentas de sueños durante el último... ¿qué era? ¿Un día? ¿Una hora? No sabía cuánto tiempo había pasado desde que la enfermera estuvo allí, pero en sus sueños no sentía tanto dolor. El dolor le recordaba que esto era real.

—He venido a ayudar —dijo Ridley—. El vídeo en el que estampas la cara del vicealcalde contra el puente de Brooklyn dio la vuelta al mundo. A pesar de que Sullivan era quien era, uno no puede tomarse la justicia por su mano y darle una paliza a un tipo hasta dejarlo al borde de la muerte.

—Defensa propia.

—Lo sé, pero has acabado en el hospital y te han acusado de intento de asesinato. Algún fiscal listillo quiere dar ejemplo. El caso es que, un día después de que aterrizaras aquí, tu amiga Symone le filtró la noticia del año a Patch Kellerman. Luego siguió con el *The New York Times*, el *The Washington Post*, *Fox News*, *CNN*, la *BBC* y cualquier otra persona en el mundo que quisiera escuchar.

—En resumidas cuentas, la historia hunde a Amelio Sullivan. Sy y tú habéis acabado con Amelio Sullivan. Él está muerto, pero ya han trincado a unas seis personas de bajo nivel. Vendrán más, e incluso podría llevar hasta algunos de los proveedores del sudeste asiático. El FBI también está siguiendo el rastro del dinero.

Austin sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Se alegraba de no estar viendo las noticias ni los periódicos. Se alegraba de estar aquí para poder evitar a los reporteros. Pero lo habían conseguido. Y si Austin tenía que pasar el resto de su vida en la cárcel, le parecía bien.

—Entonces, ¿por qué... por qué estás aquí?

—Bueno, ahora soy el gobernador electo del estado de Washington y...

—¿Ganaste?

—*Ganamos*. Samantha tuvo mucho que ver. Mucha gente lo hizo. Pero de todos modos, hacemos muchos negocios con el estado de Nueva York. Con la ciudad de Nueva York. He venido para ver si había algo que pudiera hacer para evitar que fueras a la cárcel. La alcaldesa va a trabajar en ello, y creo que puede conseguir que retiren todos los cargos dadas las circunstancias.

—Gracias —logró decir Austin—. Y felicidades.

—Hay alguien más que también quiere verte. Voy a ir a por un café y volveré en un rato.

Austin abrió los ojos despacio y parpadeó ante la luz borrosa. Una mujer vestida toda de blanco se inclinaba sobre él. Era Sy, y parecía un ángel. —Quizá sea la morfina, o cualquier narcótico que me estén metiendo en el sistema por esa bolsa de ahí, pero estás increíble. —Austin dio unas palmaditas en la cama, animándola a sentarse. Le dolía mantener los ojos abiertos, así que dejó que se cerraran. Podía oler su pelo, a jazmín y cítricos, y también su capuchino.

Sy se sentó en el borde de la cama. —No hablemos de nada de lo que pasó —dijo—. Quizá en algún momento, pero no ahora y no en mucho tiempo. No sé tú, pero yo necesito un descanso. Necesito hacer algo que me guste. Necesito divertirme. No sé cuándo vas a salir de esta, pero cuando lo hagas, hagamos algo divertido juntos.

Austin podía notar el cansancio en su voz.

Extendió la mano lentamente y, tanteando, puso la suya sobre la de ella. —De acuerdo. Cuando salga de aquí, haremos algo divertido.

49

Coney Island
Dos semanas después

Olive ya se había montado dos veces en la Wonder Wheel, y Austin observaba cómo corría de nuevo a la cola para una tercera vuelta. Sy iba unos metros por detrás, intentando seguirle el ritmo.

Desde donde estaba sentado en su silla de ruedas —con la pierna fracturada estirada ante él—, podía ver la alegría que irradiaba la niña mientras daba vueltas y vueltas, con su risa resonando por encima del zumbido del parque.

Había pasado la mayor parte del día explorando el recinto, con una energía que parecía inagotable. Había puesto a prueba su puntería en las casetas de juegos, lanzando dardos a globos y derribando botellas de leche, y había ganado un oso de peluche casi tan grande como ella.

Austin soltó una risita al recordar cómo había devorado dos perritos calientes de Nathan's, dejando apenas tres bocados, con la cara embadurnada de kétchup y mostaza.

Le había prometido a Sy que se divertiría un poco y, aunque había tenido que quedarse sentado la mayor parte del tiempo, esto era lo más parecido a la diversión que había experimentado en

mucho tiempo. Y al mismo tiempo, estaba cumpliendo la promesa que Fiona le había hecho de traer a su sobrina a Coney Island.

Solo había hecho una cosa que no fuera divertida, e incluso esa había resultado bastante satisfactoria. Había leído el reportaje que Patch Kellerman había escrito sobre el caso y, aunque seguía sin caerle bien, tenía que admitir que había hecho un gran trabajo. Había descubierto que Jackson Baker, Gretchen Voohrees y Christopher Palini estaban, efectivamente, muertos. Había incluido una larga entrevista con Jorge en la que él explicaba su papel, el de Fiona e incluso el de Austin en la investigación.

Patch incluso había conseguido que Joey Green declarara oficialmente, relatando su pequeño papel en la operación.

Pero —quizás lo más importante— había obtenido cientos de páginas de archivos de manos de Samantha y había pasado días rastreando la corrupción financiera de Amelio durante la última década. Quedaban elementos de la familia criminal Namgung en libertad, por supuesto, pero habían cortado una de las cabezas y mil pequeñas serpientes se arrastraban ahora de vuelta a sus cuevas.

La única pieza que había dejado fuera de su historia era la corrupción de Talus Aaron Ockley. Tenía sentido. Al fin y al cabo, aunque Samantha había hallado pruebas de una corrupción asombrosa, Ockley no estaba conectado con los Namgung ni con los elementos corruptos de la ciudad de Nueva York que les permitían operar. Austin supuso que Samantha filtraría la información en internet y se la enviaría a otros periodistas, pero dudaba que tuviera mucha repercusión. Ockley controlaba la red lo suficiente como para suprimir historias, y la mayoría de los periodistas estaban aterrorizados de cruzarse en su camino. Así que, por mucho que a Austin le hubiera gustado verle recibir su merecido, eso tendría que esperar para otro día.

Su teléfono sonó y vio que tenía un nuevo mensaje de voz de un número con el prefijo (212). Manhattan.

Señor Austin, habla Andrea, de la oficina de la alcaldesa. Se acuerda de mí, ¿verdad? Lamentamos sinceramente lo

ocurrido y, como puede deducir, ha habido bastantes movimientos entre bastidores. Como ya sabe, su amigo Ridley es muy persuasivo. Sería un honor para nosotros que nos acompañara en una aparición pública mañana por la tarde, donde podremos reconocer y elogiar su trabajo ejemplar. También le hacemos llegar una invitación para que regrese a la policía de Nueva York. Entendemos que hubo complejidades que propiciaron su marcha, pero creemos que esas dificultades pertenecen al pasado. Es evidente que lleva el trabajo policial en la sangre; de lo contrario, no estaríamos donde estamos hoy. Nueva York es un lugar más seguro gracias a usted. Citando las palabras de la alcaldesa: «Ese Austin es un investigador de primera».

Le ofrecemos un puesto con el mismo rango que tenía al irse, con una trayectoria clara para convertirse en el detective principal de la ciudad de Nueva York, y potencialmente incluso en el jefe de policía dentro de una década. La alcaldesa quiere colaborar, Austin. Hacerle famoso. Apariciones en televisión. Contratos para libros. Todo. Ella cree que usted podría hacer un bien real aquí. Por favor, llámeme y considere nuestra oferta.

Unos minutos más tarde, Olive y Sy salieron de la montaña rusa con el pelo alborotado por el viento y amplias sonrisas.

—Sy ha prometido que te hará escuchar algo de Taylor Swift —dijo Olive, sonriendo de una forma que a Austin le pareció genuina. Aunque tenía que admitir que, con los chavales de hoy en día, no sabía cuándo se estaban burlando de él y cuándo no.

—No es que sea una experta —dijo Sy—. Pero soy muy seguidora de los últimos proyectos acústicos que ha hecho. Tienen un aire de cantautora que me gusta.

Esto despertó un recuerdo en Austin. En los primeros días de su matrimonio, Fiona escuchaba a veces a una cantante llamada Lady Gaga. Austin no distinguía un cantante de otro, pero Fiona le había

dicho que era la nueva sensación y luego se había vuelto muy popular.

Había una canción que a Fiona le encantaba especialmente, que decía algo sobre una niña que guardaba sus muñecas en cajas de diamantes. Austin había oído a Fiona cantarla en la cocina muchas veces, sin entender nunca realmente la letra.

Pero ahora sentía que *sí* sabía lo que significaba guardar tus muñecas en cajas de diamantes. Toda la vida de Fiona, su aspecto, su forma de actuar, su carrera y todo lo relacionado con ella era como una caja de diamantes. Perfección. Clase alta. Precisión. Brillantez. Pero había momentos en los que Austin intuía a la niña de su interior, la muñequita que vivía dentro de la caja de diamantes.

Ahora lo veía en Olive. Bajo esa apariencia de niña sarcástica de doce años, había un entusiasmo, una curiosidad y una pasión que también habían estado en Fiona, bajo su exterior de caja de diamantes.

—Prometo que la escucharé —dijo Austin—. Voy a estar bastante inmóvil durante un tiempo, así que tendré mucho tiempo para sentarme en el sofá a escuchar CDs.

—¿Qué porras es un CD? —preguntó Olive. Se puso las manos en las caderas y puso cara de enfado—. Es broma. Incluso *yo* sé lo que es un CD, aunque personalmente nunca escucharía uno. —Se dio la vuelta en dirección a la montaña rusa—. Voy a subir otra vez.

—Yo en esta me quedo fuera —dijo Sy, sentándose en el banco junto a él.

—Ridley lo ha conseguido —dijo Austin—. He recibido un mensaje hace un rato. La alcaldesa necesita tapar el hecho de que su adjunto era un asesino y un capo de la droga, y me está usando para quedar bien.

—Lo he visto —dijo Sy—. Ya hay noticias sobre cómo te dio autoridad para ayudar a derribar a unos cuantos elementos corruptos del Departamento de Policía. Es asqueroso. —Sacudió la cabeza—. Pero me alegro de que no vayas a la cárcel.

Se quedaron sentados un largo rato, hasta que Sy rompió finalmente el silencio.

—Pareces bien. Mejor.

—La pierna va curando un poco.

—No, me refiero a mejor que antes, emocionalmente, o algo así.

Austin reflexionó sobre ello.

—Supongo que estoy sanando en más de un sentido.

Sy se volvió hacia él.

—Todo esto me ha hecho pensar en mi marido y, ya sabes, no creo que uno deje de sentir nunca el duelo por una pérdida como la que hemos sufrido. El dolor nunca desaparece del todo. Pero aunque el duelo nunca se vaya, *sigues* viviendo. Encuentras nuevas melodías que tararear, nuevos sabores que saborear. Quizás te compras un CD de Taylor Swift y encuentras un momento de alegría. Hay días en los que te das cuenta de que el peso sobre tu pecho se ha aliviado, aunque sea solo un poco. O quizás es solo que el tiempo amortigua el aguijón punzante de las heridas recientes. No sé si «estar bien» es un destino al que volveré alguna vez. Pero estar aquí contigo, alguien que ha navegado por las mismas aguas, me hace creer en la posibilidad de una existencia llevadera. En que podemos encontrar un propósito, un rumbo en medio de la tormenta.

Su pelo negro ondeaba con la suave brisa y, aunque ella no le miraba, él sentía que estaba allí para apoyarle.

—Tal vez lo mejor a lo que podemos aspirar —continuó ella— es a recorrer este camino con alguien que lo comprenda. A encontrar consuelo en nuestros silencios compartidos. Ambos hemos soportado la oscuridad más absoluta y, por la razón que sea, seguimos aquí. —Le miró—. Caíste desde el puente de Brooklyn y solo estás vivo porque la caída ocurrió en mitad de una tormenta violenta. No sé qué significa eso, pero significa algo.

Austin observó unas cuantas hojas dispersas que el viento arrastraba por el paseo.

—En fin —dijo Sy—. He presentado los papeles. Dejo el NCIS. Y no me importaría pasar más tiempo contigo si te apetece, y solo cuando estés preparado.

Austin la miró.

—En cuanto salga de esta silla de ruedas voy a volar de vuelta a Washington. Una vez que me instale un poco y me ubique, serás la primera persona a la que llame.

50

Seattle
Otras dos semanas después

Austin bajó del avión cojeando, deteniéndose en el túnel que conducía a la terminal. Había dejado la silla de ruedas el día anterior y reservó el billete tras caminar sus primeros cinco metros en un mes.

Respiró hondo. Aunque la temperatura no era distinta a la de Nueva York, el aire aquí tenía un aroma único. «Deben ser las coníferas», pensó. Incluso dentro de los confines de hormigón del aeropuerto de Seattle, su fragancia impregnaba la atmósfera.

Equilibrando una pequeña maleta de mano en una mano y un bastón en la otra, deambuló despacio por el aeropuerto, deteniéndose ante una tienda de regalos repleta de salmón ahumado, tótems tallados en miniatura y camisetas de talla grande que todavía publicitaban *Algo para recordar*.

No tenía equipaje que recoger, ya que lo había dejado todo, salvo el teléfono y la cartera, en la habitación de hotel que abandonó en Manhattan. No volvería a ver su fiel MR1911. Había desaparecido en el caos, pero no pasaba nada. Sy lo había ayudado a reponer el móvil mientras estaba en el hospital. Llevaba una identificación nueva, un par de cientos de dólares y eso era todo.

Para cuando salió del edificio, el sol se había puesto, tiñendo el cielo del color de un moratón profundo. Pero no llovía. Y aquello lo hizo feliz.

Por capricho, decidió prescindir del taxi—su plan original y el severo consejo del médico de reducir las caminatas al mínimo—. En su lugar, buscó el camino hacia el metro ligero. Le llevaría al centro de Seattle por solo unos pocos dólares.

El vagón estaba poco concurrido, con unas pocas almas solitarias dispersas por los asientos. Eligió un sitio cerca de la parte trasera, acomodándose mientras el tren comenzaba su baile rítmico hacia el centro de Seattle.

La vía se abría paso a través de las ciudades, ofreciendo vistazos de la expansión industrial de Tukwila, un mosaico de almacenes y fábricas salpicado por el ocasional local de comida rápida. Pasaron por las paradas de Rainier Beach, Columbia City y Mount Baker; los edificios se volvían más altos, las luces más brillantes, el pulso de la ciudad más fuerte. Aquí, la aspereza de los suburbios daba paso al imponente brillo de los rascacielos, con sus exteriores de cristal reflejando el latido de neón de la urbe.

Y cuando los estadios del centro de Seattle quedaron plenamente a la vista, Austin se percató por primera vez de que realmente estaba casi en casa.

Austin salió de la estación de tren y caminó hacia Pike Place unas cuantas manzanas antes de girar al oeste hacia el puerto, pisando con tiento en las empinadas cuestas que caían verticalmente hacia Alaskan Way. El frío mordaz del aire vespertino contrastaba con la calidez del vagón de tren que acababa de dejar. Comenzó el descenso, con su bastón marcando un ritmo constante sobre el

hormigón. Mientras caminaba, la ciudad se desplegaba a su alrededor con toda su desordenada vitalidad.

Pasó junto a grupos dispersos de personas sin hogar, acurrucados en portales o callejones, con sus escasas pertenencias amontonadas a su alrededor.

Más adelante, la basura ensuciaba la acera, restos de las actividades del día desechados sin pensar. Sin embargo, en medio de la sordidez, había vida. Jóvenes vibrantes y llenos de energía salían de bares y restaurantes. Parejas paseaban de la mano, regresando de cenar o quizás empezando su noche. Las calles zumbaban con el rugido de los motores, vehículos de lujo ronroneando junto al gruñido de coches más viejos y destartalados.

Era una sinfonía caótica, y se alegraba de escucharla.

Austin se sentó en la cubierta superior del ferry, dejando que el viento frío le despeinara. Miró en dirección a Bainbridge Island mientras las brillantes luces de Seattle retrocedían gradualmente tras él.

Le había dicho a la alcaldesa que consideraría su oferta de volver a la Policía de Nueva York. Después de todo, ser detective era para lo que había nacido. Pero ahora sabía que su deliberación había terminado.

Regresaba a su hogar definitivo.

Podían ofrecerle el puesto de Jefe de Policía, riqueza ilimitada, cualquier cosa en el mundo, pero no iba a volver a la ciudad de Nueva York. Ese capítulo de su vida estaba cerrado.

Había empezado a darse cuenta de ello el día después de su viaje al parque de atracciones cuando, por primera vez desde el funeral, visitó la tumba de Fiona. Llevó un sencillo ramo de girasoles y fue solo, usando una ambulancia-taxi y una silla de ruedas eléctrica de alta gama que la alcaldesa le había proporcionado: un «gracias» y un «te perdono». Se quedó allí horas, con la intención de preguntarle qué pensaba sobre la idea de que se mudara de

nuevo a Nueva York, sobre terminar lo que habían empezado juntos allí.

Pero no le había preguntado nada de eso.

En su lugar, se limitó a sentarse en silencio, a veces sonriendo, a veces llorando, mientras se despedía de la mujer que cantaba aquella canción sobre guardar sus muñecas en una caja de diamantes.

Su apartamento estaba frío y silencioso. No había sabido cuándo llegaría a casa, así que Run pasaría la noche con Kendall. Sabía que la había echado de menos, pero no supo exactamente cuánto hasta que entró en la casa sin ella allí para recibirlo. Pero la vería mañana. Esta noche, tenía una cosa más que hacer antes de desplomarse en la cama.

Sacó el móvil y se dirigió a la habitación de invitados, donde la máquina de escribir de Fiona seguía sin usarse sobre el escritorio. Buscando en la web de la Policía del Estado de Washington, descargó el formulario para solicitar una exención de la academia de policía basada en servicios previos. Pulsó «imprimir» en su teléfono y la impresora cobró vida con un zumbido.

Iba a convalidar su placa caducada de la Policía de Nueva York en el Estado de Washington. Cuando el formulario salió impreso, lo metió en la máquina de escribir de Fiona y, con calma y método, empezó a introducir sus datos.

Iba a solicitar una plaza de detective en el Departamento del Sheriff del Condado de Kitsap.

No tenía sentido seguir postergando su destino.

A primera hora de la mañana siguiente, Austin se encontraba sentado al fondo de la pequeña iglesia comunitaria situada a unas

pocas puertas de su tienda de ultramarinos, cafetería y tienda de cebos. Como de costumbre, había entrado por la puerta lateral.

Desde hacía un par de años, iba allí porque era el único lugar donde sentía presente a Fiona. Algo en el olor del sitio activaba su sinestesia y le devolvía recuerdos cuyo origen desconocía. Por la razón que fuera, su extraño cruce de cables sensoriales la traía de vuelta cada vez que estaba allí.

Pero esta mañana, por primera vez, ella se había ido.

La estancia estaba tranquila y en calma, y el aire guardaba un olor neutro; quizá un toque cargado y polvoriento, con un rastro de limpiador de lavanda.

Pero Fiona no estaba allí.

Entonces comprendió que ella *nunca* había estado allí. Todo ese tiempo, solo había sido su necesidad de tenerla cerca.

La había estado proyectando en el presente en un intento desesperado por no perderla. Y ahora, por primera vez, se había ido de verdad.

Pero la revelación no llegó acompañada de dolor.

Era solo su necesidad de ella lo que había desaparecido, su desesperación.

Aún podía mirar atrás con afecto, y siempre lo haría, pero algo había cambiado. Sabía que todavía sería un proceso largo, pero por primera vez, sentía que quizá fuera capaz de pasar página.

Cruzando la calle hacia su pequeña cafetería, que abriría en media hora, vio a su mano derecha, Andy, entrando por la puerta trasera.

Seguro que se estaba preparando para hacer la masa de las tortitas, poner a freír el beicon, picar patatas, rallar queso, picar cebollas para las tortillas y hacer todas esas otras cosas que a Austin le encantaba hacer él mismo pero que no había hecho mucho últimamente.

Se detuvo frente a su tienda al oír el portazo de un coche.

Kendall estaba allí, con un aspecto mucho más relajado que las últimas veces que la había visto, y vistiendo su característica chaqueta de cuero negro.

Miró alrededor del aparcamiento. Al no ver vehículos en movimiento, abrió la puerta trasera de su coche y dijo:

—A ver quién anda por aquí.

Run saltó al asfalto. Olfateó el aire en todas direcciones, lo localizó y soltó un único ladrido exuberante. Luego salió disparada hacia Austin a una velocidad que le recordó al primer día que la llevó a casa.

Austin sonrió mientras se sentaba en una silla Adirondack frente a su tienda, con la pierna maltrecha estirada ante él y los brazos abiertos todo lo que daban de sí.

—Fin—

¡Gracias por leer! Si estás disfrutando de la serie, no te pierdas el libro 8 de la serie Thomas Austin: El silencio en Mystery Bay.

NOTA DEL AUTOR

¡Gracias por leer!

Thomas Austin y yo tenemos tres cosas en común. Primero, ambos vivimos en un pequeño pueblo costero no muy lejos de Seattle. Segundo, a los dos nos encanta cocinar. Y tercero, probablemente pasamos más tiempo del que deberíamos hablando con nuestros corgis.

Muy pronto habrá más traducciones al español, así que te invito a descubrir la serie completa de misterios de Thomas Austin. Aunque cada libro puede leerse como un misterio independiente, recomiendo leerlos en orden, ya que los personajes y las situaciones evolucionan a lo largo de la serie.

Si disfrutas de mi serie de Thomas Austin, puede que también te guste mi otra serie, **FBI Task Force S.W.O.R.D.**, una trepidante serie de misterio ambientada en el noroeste del Pacífico. Esta serie también estará disponible en español muy pronto.

No dudes en visitar mi página web, donde encontrarás fotos de los lugares reales que aparecen en los libros, una sección de preguntas frecuentes y mucho más. También publico a diario en redes sociales, donde comparto vídeos, fotos entre bastidores y, por supuesto, fotos de mi corgi.

Cada día tengo la suerte de poder crear personajes y escribir historias, y todo esto es posible gracias a lectores como tú. Así que,

una vez más, te agradezco de corazón que hayas descubierto mis libros. Te deseo cientos de horas de apasionante lectura por delante.



MÁS NOVELAS DE D.D. BLACK

Si has disfrutado de este libro, otros títulos de las series Thomas Austin y FBI Task Force S.W.O.R.D., así como otras novelas independientes, estarán disponibles muy pronto en español.

La serie de thrillers criminales de Thomas Austin
Libro 1: *Los huesos de Point No Point*
Libro 2: *Las sombras de Pike Place*
Libro 3: *Los caídos de Foulweather Bluff*
Libro 4: *El horror en Murden Cove*
Libro 5: *El terror en la Ciudad Esmeralda*
Libro 6: *El ahogamiento en Dyes Inlet*
Libro 7: *La pesadilla en Manhattan Beach*
Libro 8: *El silencio en Mystery Bay*
Libro 9: *La oscuridad en Deception Pass*
Libro 10: *La desaparición en Opal Creek*
Libro 11: *Los secretos de Second Beach*
Libro 12: *Los cuerpos en Horse Heaven Hill*
Libro 13: *Un final en Elliott Bay*
Libro 14: *La confesión en Friday Harbor*

Serie FBI Task Force S.W.O.R.D.
Libro 1: *La quinta víctima*
Libro 2: *Nada olvidamos*

Libro 3: *Las viudas de Medina*
Libro 4: *Bajo cielos de cicuta*
Libro 5: *Susurros a medianoche*
Libro 6: *El club de los corazones rotos*

Títulos independientes
Silas West: Misterio psicológico — El Quebrantador de Mentes
La crónica del crimen
Lo que ella robó

SOBRE EL AUTOR



D.D. Black es el autor de los *thrillers* criminales de Thomas Austin, de la serie *FBI Task Force S.W.O.R.D.* y de otras novelas policíacas ambientadas en el noroeste del Pacífico. Cuando no está escribiendo, se le puede encontrar paseando por las playas del noroeste del Pacífico, preparando la cena para su esposa y sus hijos, o lanzando la pelota a su corgi una y otra vez. Descubre más en **ddblackauthor.com** o en las páginas siguientes.

facebook.com/ddblackauthor
instagram.com/ddblackauthor
tiktok.com/@d.d.black
amazon.com/D-D-Black/e/B0B6H2XTTP